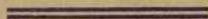


J. J. ROUSSEAU

CIENCIAS, ARTES
Y COSTUMBRES



EDITORIAL «MUNDO LATINO».—MADRID



Ridmepo
1931

CIENCIAS, ARTES Y COSTUMBRES

1169222
DR.
2169

J. J. ROUSSEAU

== LAS CIENCIAS Y LAS ARTES ==
EN RELACIÓN CON LAS COSTUMBRES

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO

Anotada y revisada conforme
á la última edición francesa.



Fondo bibliográfico
Dionisio Ridruejo
Biblioteca Pública de Soria

2469

MADRID
TIPOGRAFÍA DE JOSÉ YAGÜES
Plaza del Conde de Barajas, 5.
TELÉFONO 4.499

J. J. ROUSSEAU

— LAS CIENCIAS Y LAS ARTES —
EN REACCIÓN CON LAS COSTUMBRES

VISIÓN ESPAÑOLA

N.º 1

ES PROPIEDAD

O GONZÁLEZ-BLANCO

Impreso y publicado en Madrid
y en otras ciudades de España.



En venta en las librerías
de Madrid y en las de
las principales ciudades de España.

1884

MADRID
IMPRESORÍA DE JOSÉ VARELA
CALLE DE CALERÓN, 10
TELÉFONO 218

DISCURSO

sobre el siguiente tema, propuesto por la Academia de Dijón:

*Si el restablecimiento
de las ciencias y de las artes ha contribuído
á depurar las costumbres.*

*Barbarus hic ego sum, quia
non intelligor illis.*

OVIDIO, *Tristia*, V, elegia x,
verso, 37.

ADVERTENCIA DEL TRADUCTOR

Mi primer pensamiento, al empezar á traducir las obras sociales de Rousseau, principalmente las de carácter popular, fué hacer preceder la primera versión que apareciese de una introducción crítica que abarcase, en un juicio de conjunto, las doctrinas generales del célebre filósofo de Ginebra. Adversario yo de estas doctrinas, y no más afecto á la personalidad de su autor, el juicio no podía ser benévolo, pero me propuse, en cambio, que la versión fuese esmerada. A lo primero me movía mi imparcialidad como crítico, y á lo segundo mi dignidad como traductor; á ambas cosas, mi respeto á un escritor tan clásico é influyente, y mi admiración por la brillantez de su estilo.

Paréceme eficaz, para la difusión del sentido y orígenes de la sociología moderna, el libro, y el libro barato (pese al gran Ruskin), principalmente si ese libro está redactado por un pensador tan nítido y sincero como Rousseau. Todas sus producciones son reflejo fiel de su más íntimo sentir, y si muchas de sus páginas punzan, esto no es un mal: las frutas al tacto más ásperas son las al paladar más deleitosas. En Rousseau, las obras diríanse una efusión perpetua, y sea que tenga razón ó que se equivoque, es siempre su corazón quien habla.

La introducción crítica á que me referí anteriormente fué compuesta para la traducción del *Discours sur l'origine de l'inégalité parmi les hommes*, traducción ya hecha, pero cuya publicación me han obligado á retrasar exigencias editoriales muy atendibles. Aunque el asunto del presente *Discours* se halla íntimamente relacionado con el del anterior, la introducción crítica, sin embargo, cuadra y corresponde más derechamente á este último, y al principio ó al final de él será colocada. Y esta colocación es indiferente á causa precisamente de semejante íntima relación del discurso sobre las ciencias y las artes con el discurso sobre la desigualdad entre los hombres.

Conocida es la historia de ambos discursos. El mismo Rousseau nos la explica en breves términos: «Compré un día (1749) el *Mercure de France*, y paseando y recorriendo sus líneas, tropecé con el anuncio de la cuestión propuesta por la Academia de Dijón para el premio del año siguiente, conviene á saber: si el progreso de las ciencias

y de las artes ha contribuido á corromper ó á depurar las costumbres. En el instante mismo de leerlo, ví un nuevo mundo y me convertí en otro hombre.» Su conversión se resolvió prontamente en una lluvia de tinta (por no decir de hiel), conversión legítima si se quiere, pero en extremo ponzoñosa. El autor, sin embargo, obtuvo el premio (1750), y esto no hizo más que confirmarle en su vesania. Poco después se presentó en concurso á disertar sobre la nueva cuestión propuesta por la misma Academia: cuál es el origen de la desigualdad entre los hombres y si está autorizada por la ley natural. Esta vez la Academia rechazó á Rousseau, dando el premio á un cierto abate Talbert, y aún la dedicatoria, dirigida á los prohombres de la república de Ginebra, fué acogida con frialdad por unos y con malevolencia por otros.

Por la biografía de Rousseau, que él mismo se encargó de hacer con una franqueza que enfada, se viene en conocimiento de las causas patológicas que convirtieron al sofista ginebrino en un Segismundo afeminado, análogo al anarquista creado por Calderón. Al escribir las *Confessions* y *Rousseau juge de Jean-Jacques*, exhibió el comentario de su filosofía, y nos demostró hasta qué punto es necesario conocer su vida para apreciar sus escritos y aún para comprenderlos. Y al poner al desnudo la tristeza de su vida, puso al desnudo en general la tristeza de la vida, mil veces más dolorosa que la tristeza de la muerte. En literatura, esta tristeza le llevó á un libertinaje desolador, idealista y espiritual. Tal se comprueba en la

Nouvelle Heloise, obra de la cual se ha dicho con exactitud que «es un libro pestífero, y, después de pensar quién lo ha escrito, muy empalagosamente asqueador.» Pero donde la crápula mental de Rousseau se muestra más señalada es en sociología.

El discurso sobre las ciencias y las artes es un ataque en regla contra la civilización, á la que acusa de todas las perversidades de los hombres. El discurso sobre la desigualdad es un ataque en regla contra la sociedad, á la que acusa de haber separado á los hombres de la naturaleza. Esta separación constituye, según Rousseau, la causa de todos los males, vicios, crímenes, guerras, revoluciones y calamidades que nos afligen. ¡Una vez vueltos á la naturaleza, nadaremos en un mar de leche, con tempestades de miel!

Con el anarquismo naturista, preconizado por Rousseau, el hombre civilizado y sociable, lleno de complicaciones, dotado de sensibilidad y pensamientos exquisitos, pronto á luchar con sus impulsos pasionales para vencerlos ó ser vencido por ellos, se convierte en un ser primitivo, falto de toda vida interior, que gesticula y reacciona ante la impresión, en virtud de simples movimientos reflejos. Nada más absurdo cabe concebir, y, no obstante, tan disparatada teoría social tuvo desde el principio muchos admiradores, y hoy día, con la difusión de las ideas anarquistas, cuenta, no por millares, pero por millones sus adeptos. Sin ir tan lejos como para apoyar la paradoja de Fontenelle: «Dadme cuatro hombres persuadidos de la opinión más absurda, y estoy seguro de persuadir de ella,

con su auxilio, á cuatro millones más», no hay duda que existe un gran fondo de verdad en el refrán popular que dice: «un loco hace un ciento.» ¡Cuántos locos estúpidos ha hecho aquel loco de genio que se llamaba Rousseau! No hay anarquista en nuestros días que no declare haberse iniciado en los dogmas filosóficos (¿) de su secta por la lectura y meditación (¿) del sofista ginebrino. Mientras que el pueblo, en sus masas sin instrucción científica ni moral pública, tenga por la anarquía el culto que debería tener por la civilización, adorará á un autor como Rousseau, que llevaba en sí un instinto de revuelta lo bastante poderoso para inducirle á preferir la ignorancia á la cultura y hacer la guerra á todo lo que no vivía más que por la tradición consagrada y por la disciplina social. Por eso sus libros, más que de razonamiento, son libros de sentimiento y de deseo, desbordamiento de emotividad, psicología de pasiones, fisiología de actos políticos y abominación de lo presente para exaltar lo pasado.

En su apasionamiento, Rousseau llegó á la paradoja. Por derivarse esta palabra de la preposición griega *pará* que indica lateralidad, lo que va de lado ó se desvía, y *doxa*, opinión, ha pretendido un aficionado á paradojear que entre paradoja y herejía apenas hay diferencia. No hay, en efecto, otra diferencia que la que va de la palabra herejía, cuyo significado propio y primitivo es el de *opinión* (1), y la palabra paradoja, cuyo significado propio y primitivo es el de *desviación* de toda opinión sana. La lógica de Rousseau, aunque muy potente, no le garantizó de desviaciones, porque su pa-

sión tenía más fuerza que su lógica, y nunca supo resistir á aquélla ni moderarla. La experiencia pudo acaso modificar, en el foro interno ó de su conciencia, sus optimistas ideas respecto á los hombres; pero si se ha de juzgar por las obras de todo género que siguió lanzando á la publicidad, desde el *Emile*, el *Contrat social*, las *Reveries*, la *Economie politique*, las *Melanges*, las *Lettres écrites de la montagne*, los *Opuscules politiques* y la *Correspondance*, hasta el *Théâtre*, las *Poésies*, la *Botanique*, el *Dictionnaire de musique* y el *Essai sur l'origine des langues*, en todas ellas los hombres permanecieron para él inmutables, es decir, que los juzgó como en su famoso discurso de 1749.

No trato en modo alguno de equiparar á Rousseau con sus discípulos del presente, con los fanáticos del anarquismo naturista, que saben tanto de ciencia política y de economía social como los caracoles de bacteriología comparada. Rousseau era un hombre competente en ambas disciplinas. Empero, por temperamento y por carácter, tendió siempre á una lógica radical y nunca se detuvo en los términos medios. Nada significaba para él el hecho establecido, y se esforzaba en remontarse, en todas las cuestiones, hasta los principios, sin que las consecuencias pareciesen arredrarle ni espantarle. Por eso sus continuadores de actualidad, lógicos y radicales también, pero con logicismo y radicalismo prácticos, si por un lado son doctrinarios irreductibles, arquitectos con irreprochable título de «castillos en el aire», por otro, pertenecen al número de los que, en frase de un

gran sociólogo, «hacen de la literatura un puñal, de la verdad un delito, del raciocinio sereno una ofensa á la humanidad y de la justicia un vaso de embriaguez, pérfida y degradante».

El presente discurso es una queja, una diatriba, una sátira, y contiene, no reflexiones sólidas, sino una serie de impresiones que Rousseau no quiso feneciesen con él. Apesarábale ver que la vida de la sociedad sacrificase á la práctica de la virtud el exquisito tacto de las relaciones; no comprendía que la actividad de la civilización tuviese sus leyes de etiqueta; nada, en su sentir, debía ser bello y ligero como un aroma; todo lo deseaba agudo y penetrante como un cuchillo. Por una serie de interpretaciones arbitrarias y de argumentos sofisticos, concebidos en el sentido iconoclasta de la anarquía más demoledora, negó Rousseau de plano la moralidad y la rectitud de los hombres aquietados por la sociedad y amaestrados por la civilización. A su juicio, no hay ética individual ni derecho común fuera del supuesto «estado de naturaleza.» Por sus defectos y por sus cualidades, Rousseau estaba hecho para ser á la vez, con la misma buena fe y el mismo éxito, el apóstol de la verdad y del error.

Bien será añadir que Rousseau, en todo su *Discours*, no ha hecho más que imitar, copiar y seguir el carácter adusto de Cornelio Agripa en su tratado *De vanitate scientiarum*. Fanático invertido como los filósofos del siglo XVIII, Cornelio Agripa no podía ver juntas la política y la ciencia, y alegaba en favor de su proposición los ejemplos de Sila, César y otros príncipes eruditos. Celio Rodi-

ginio se plantea por argumento de un capítulo entero esta tesis: *Los filósofos que entraron á reinar, administraron las cosas públicas con más crueldad que los no letrados*. Los ejemplos de los siete sabios, de Aristón, de Epicuro, de Cricias, de Atenión, de Lisias, de Dionisio, de Juliano y otros, le sirven al objeto de demostrar que la perversidad, la malignidad, la presunción, la avaricia, la tiranía y las más sórdidas pasiones sobresalieron en aquellos príncipes que se criaron como filósofos y se contaban entre ellos. Voltaire, en su *Dictionnaire philosophique* (en la palabra *Athées*), cayó en el mismo error, culpando á la filosofía de los vicios de las personas públicas. No fué, pues, en Rousseau una rara singularidad pensar lo que pensaba, pues también tenía quien le acompañase, pero él fué quien, con su apasionamiento, dió la nota aguda.

En el discurso sobre la desigualdad (ya traducido, como queda dicho, y que en breve saldrá á la luz), veremos á Rousseau levantar la puntería y generalizar el ataque contra las conveniencias sociales, la aristocracia, el altar, el trono y el sentido común, acabando, por si poco fuese, con una carga á fondo contra los fundamentos de la propiedad. Su palabra iba más lejos que su pensamiento, porque seguía su pasión y no su juicio. Creía entonces, como lo creían también una gran mayoría de personas que se llamaban cultas, que entre la teoría y la aplicación quedaba lugar para un contrato social, para un *compromis*, y que á los pueblos se les podía dotar de Gobiernos como á los asilados de los hospicios de zapatos. Segu-

ramente no preveía el 93, y hasta se ha supuesto como probable que habría tenido miedo de sus principios si hubiese visto de cerca su aplicación por aquellos jacobinos de la Revolución Francesa, que anegaron en sangre á su patria por haber confundido dos intereses: el de los organismos sociales, que han formado los siglos, y el de su progreso, que en su ensueño demente pretendían realizar sin los siglos.

Todo aparte, Rousseau es uno de los escritores que más merecen ser leídos, por la sorprendente originalidad de sus ideas. Fué favorecido con un gran sentido propio, que se dislocó á causa de su misantropía, de su orgullo personal, de su falsa manera de ver las cosas, á lo anarquista. Como no había sentido ni vivido como los demás hombres, casi nada conservó en su filosofía de sus lugares comunes. Y aún aparece más original, si cabe, con relación á su época. Los escritores del siglo XVIII, Voltaire y los enciclopedistas, ejercieron poderosa influencia sobre su centuria y sobre su nación. La influencia de Rousseau no sólo se ha extendido más en el tiempo y en el espacio, no sólo ha perdurado hasta nuestros días en todos los países del mundo, sino que hoy más que nunca tienen por Biblia sus obras cuantos profesan ideas anarquistas. No se me diga que entre el anarquismo naturista de Rousseau y el anarquismo moderno hay un mundo de diferencia, y que la pretensión de que el sofista ginebrino dió origen á la acracia novísima se parece á aquella otra que favorece al patriarca Abraham, haciéndole autor pel Sermón de la Montaña. En mi obra, próxima

á aparecer, sobre *El anarquismo y sus sectas*, demostraré muy por menudo que Rousseau fué, no sólo anarquista, sino el efectivo padre de la anarquía, por su doctrina de la «vuelta á la naturaleza». Esta doctrina es el *verdadero* anarquismo, el *único* anarquismo *posible*, el anarquismo *filosófico*, la *esencia* de la anarquía. Todo lo demás que actualmente se llama anarquismo no es sino un socialismo radical, un colectivismo revolucionario, un comunismo sindicalista.

Por ser, sin embargo, *filosófico*, el anarquismo de Rousseau nada tiene de común con el anarquismo de acción, con el practicismo libertario, antes constituye el más teórico é inofensivo de los anarquismos. Siguiendo la comparación antes hecha, recordaré, con Stead, á los controvertistas librepensadores, de los de más flaca condición entre los suyos, que se complacen perversamente en tratar de establecer que Jesucristo no tiene derecho á que se le considere como el fundador de la religión que lleva su nombre, probando con gran erudición que esta ó aquella doctrina, que este ó aquel rito, considerados hoy como distintivamente cristianos, existían muchos siglos antes de nuestra era. Pero hasta los más perversos de esos polemistas se abstienen de considerar á Nerón como uno de los fundadores del cristianismo. De igual modo no hay asimilación posible entre el anarquismo activo ó criminal y el anarquismo de Rousseau, que es un anarquismo general, aunque radicalísimo, é igualmente aplicable por ende á todas las variedades del anarquismo, sea pasivo como el de Tolstoj, comunista como el de Kro-

potkin, individualista como el de Stirner, intelectual como el de Nietzsche y aun aristocrático como el de D'Annunzio. En este concepto, y apesar de su carácter especulativo, el anarquismo de Rousseau no fué estéril, porque todo anarquista vió en la doctrina de la «vuelta á la naturaleza» la línea central, la «espina dorsal», de su propia doctrina.

EDMUNDO GONZALEZ-BLANCO.

Luanco (Asturias), 5 Agosto 1915.

ADVERTENCIA DEL AUTOR

¿Qué es la celebridad? La malaventurada obra á que debo la mía está en las manos del lector. Aunque esta obra me ha valido un premio y me ha creado un nombre, es, á lo sumo, mediana, y me atrevo á añadir que es una de las menos importantes de la presente colección (2). ¡Qué abismo de miserias habría evitado el autor si éste su primer escrito hubiese sido recibido como merecía serlo! Pero fué fatal que un favor, al principio injusto, me atrajese, por grados, un rigor, que lo es más todavía.

PREFACIO

Nos hallamos ante una de las más grandes y hermosas cuestiones que jamás hayan sido agitadas. No se trata, no, en el presente discurso, de esas sutilezas metafísicas que han invadido todas las partes de la literatura y de que no se hallan libres los mismos programas académicos: se trata de una de las verdades que atañen al bienestar del género humano.

Preveo que se me perdonará difícilmente el partido que me he atrevido á tomar. Rechazando de plano todo lo que atrae hoy día la admiración de los hombres, sólo puedo esperar universal vituperio; y no por haber sido honrado con la aprobación de algunos sabios debo contar con la del público: de aquí que no me haya cuidado de complacer á los que todo lo juzgan según la moda de la época. Habrá en todos los tiempos hombres hechos para ser subyugados por las opiniones de su siglo, de su país y de su sociedad. Tal sucede actualmente con el espíritu fuerte y el filósofo que, por la misma razón, no hubieran sido más que unos fanáticos en los tiempos de la Liga. Empero el que quiera vivir con el pensamiento más allá de su época, no debe escribir para tales lectores.

Una palabra aún, y termino. Desinteresándome del honor que había recibido, una vez premiado por la Academia, reformé y amplié mi discurso hasta el punto de convertirlo en otra muy diferente obra. Pero hoy día me he creído obligado á restablecerlo en su estado primitivo. Unicamente he intercalado algunas notas y hecho adiciones, fáciles de reconocer, y que la Academia tal vez no hubiera aprobado. Y estimo que la equidad, el respeto y el reconocimiento exigían de mí esta previa y franca declaración.

DISCURSO

Decipimur specie recti.
HORACIO, *De arte poética*, 25.

El restablecimiento de las ciencias y de las artes ¿ha contribuído á depurar ó á corromper las costumbres? Tal es lo que se trata de examinar. ¿Qué partido debo tomar en esta cuestión? El que conviene, señores, á un hombre honrado, que nada sabe, y que no por ello se estima menos.

Comprendo que es muy difícil apropiarse lo que voy á decir al tribunal ante el que comparezco. ¿Cómo atreverme á vituperar las ciencias en el seno de una de las más sabias sociedades de Europa, loar la ignorancia en una célebre Academia, y conciliar el desprecio al estudio con el respeto á los verdaderos sabios? He visto estas contrariedades, pero no me han arredrado. No maltrato la ciencia, y me limito á defender la virtud en presencia y compañía de los hombres virtuosos. Más cara que á los doctos la erudición es á los probos la honradez. ¿Qué he de temer, por tanto? ¿Las luces de la Asamblea que me escucha? Indudablemente, mas no por el sentir del orador, sino por la factura de la oración. Los soberanos equitativos jamás han vacilado en condenarse á sí mismos en las cuestiones dudosas, y la posición que

con más ventaja reclama el buen derecho es la de poder defenderse contra una parte íntegra y esclarecida, juez en su propia causa.

A este motivo que me envalentona, únese otro que me determina: es que después de haber sostenido, según mis luces naturales, el partido de la verdad, cualquiera que sea mi éxito, hay un premio que no puede faltarme y que encontraré siempre en el fondo de mi corazón.

PRIMERA PARTE

Grande y hermoso espectáculo es ver al hombre salir en cierto modo de la nada por sus propios esfuerzos; disipar, por las luces de su razón, las tinieblas en que la naturaleza le había envuelto; elevarse por encima de sí mismo; lanzarse por el espíritu hasta las celestes regiones; recorrer á paso de gigante, como el sol, la vasta extensión del universo; y, lo que es todavía más colosal y más difícil, entrar en sí, para en sí estudiar al hombre en general y conocer su naturaleza, sus deberes y su fin. Todas estas maravillas se han renovado desde hace pocas generaciones.

Europa había vuelto á caer en la barbarie de las primeras edades. Los pueblos de esta parte del mundo, tan ilustrado hoy, vivían hace algunos siglos en un estado peor que la ignorancia. Yo no sé qué jerga científica, más despreciable aún que la ignorancia, había usurpado el nombre del saber y oponía á su retorno un obstáculo casi invencible. Se necesitaba una revolución para traer á los hombres al sentido común, y al fin llegó del lado de donde menos se esperaba: del estúpido musulmán, del eterno azote de las letras; él fué quien las hizo renacer entre nosotros. La caída del trono de Constantino llevó á Italia los residuos inte-

lectuales de la antigua Grecia. Francia se enriqueció á su vez con estos preciosos despojos. Bien pronto las ciencias siguieron á las letras, al arte de escribir se unió el arte de pensar (gradación que parece extraña y que acaso es demasiado natural), y se comenzó á sentir la principal ventaja del comercio de las musas: la de hacer á los hombres más sociables, inspirándoles el deseo de agradarse unos á otros por obras dignas de su mutua aprobación.

El espíritu, como el cuerpo, tiene sus necesidades. Las del cuerpo son el fundamento de la sociedad, las del espíritu son su adorno. Mientras que el Gobierno y las leyes proveen á la seguridad y al bienestar de los hombres reunidos, las ciencias, las letras y las artes, menos despóticas y más poderosas tal vez, extienden guirnaldas de flores sobre las cadenas de hierro de que los hombres están cargados, ahogan en ellos el sentimiento de la libertad original para la que parecen haber nacido, les hacen amar su esclavitud y forman lo que se llama pueblos cultos. La necesidad levantó los tronos, y las ciencias y las artes los han afirmado. Poderes de la tierra: amad á los talentos y proteged á los que los cultivan (3). Pueblos civilizados: cultivadlos. Felices esclavos: les debéis ese gusto delicado y fino de que os preciais, esa dulzura de carácter y esa urbanidad de costumbres que hacen entre vosotros las relaciones tan íntimas y tan fáciles, en una palabra, las apariencias de todas las virtudes sin tener ninguna.

Per esta clase de civilización, tanto más amable cuanto menos gusta de mostrarse, fué por lo que

se distinguieron en otro tiempo Atenas y Roma, en los días tan alabados de su magnificencia y de su brillo, y por ella sin duda es por lo que nuestro siglo y nuestra nación la llevaron sobre todos los tiempos y sobre todos los pueblos. Un tono filosófico sin pedantería, maneras naturales y sin embargo, corteses, equidistantes de la rusticidad tudesca y de la pantomima ultramontana: he aquí los frutos del gusto adquirido por buenos estudios y perfeccionado en el comercio del mundo.

¡Qué dulce sería vivir entre nosotros, si el continente exterior fuese siempre la imagen de las disposiciones del corazón, si la decencia fuera la virtud, si nuestras máximas teóricas nos sirviesen de regla de conducta, si la verdadera filosofía fuera inseparable del título de filósofo! Pero tantas cualidades rara vez van juntas y la virtud casi nunca anda con tanta pompa. La riqueza del adorno puede anunciar á un hombre opulento y su elegancia á un hombre de gusto; el hombre puro y robusto se reconoce en otras señales: bajo el traje rústico del labrador, y no bajo el dorado del cortesano, es donde se encontrará la fuerza y el vigor del cuerpo. El adorno no es menos extraño á la virtud, que consiste en la fuerza y el vigor del alma. El hombre bueno es un atleta que se complace en combatir desnudo, despreciando todos esos viles adornos que le molestarían en el empleo de sus fuerzas y la mayoría de los cuales sólo han sido inventados para ocultar alguna deformidad.

Antes que el arte hubiese hecho sutiles nuestras maneras y enseñado á nuestras pasiones á hablar en lenguaje bien aderezado, nuestras cos-

tumbres eran rústicas, pero naturales, y la diferencia de los procedimientos anunciaba al primer golpe de vista la de los caracteres. En el fondo, la naturaleza humana no era mejor, pero los hombres encontraban su seguridad en la facilidad de penetrarse recíprocamente, y esta ventaja, cuyo precio nosotros no sentimos, les ahorra muchos vicios.

Hoy, que investigaciones más delicadas y un gusto más fino han reducido el arte de agradar á principios, reina en nuestras costumbres una vil y engañosa uniformidad, y todos los espíritus parece que han sido vaciados en un mismo molde; sin cesar la cortesía exige, el decoro ordena; sin cesar se siguen usos, nunca el genio propio. Nadie se atreve á parecer tal como es, y en esta violencia perpetua los hombres que forman el rebaño llamado sociedad, colocados en las mismas circunstancias, harán todos las mismas cosas, si motivos más poderosos no se lo impiden. No se sabe, pues, nunca lo que se tiene que hacer, siendo preciso para conocer al amigo esperar las grandes ocasiones, es decir, esperar á que no lo sea más tiempo, puesto que en esas ocasiones es cuando hubiera sido esencial conocerlo.

¡Qué cortejo de vicios no acompañan á esta incertidumbre! No más amistades sinceras, no más estimación real, no más confianza fundada. Las sospechas, los temores, la frialdad, la reserva, el odio, la traición, se ocultan sin cesar bajo este velo uniforme y pérfido de la civilización, bajo esta urbanidad tan alabada que debemos á las luces de nuestro siglo. No se profana con juramentos el

nombre del autor del universo, pero se le insulta con blasfemias, sin que nuestros escrupulosos oídos se ofendan. No se alaba el mérito propio, pero se rebaja el ajeno. No se ultraja groseramente al enemigo, pero se le calumnia con destreza. Los odios nacionales se extinguen, pero extinguiéndose á la vez el amor de la patria. A la ignorancia despreciada se la substituye por un peligroso pirronismo. Existen excesos proscritos, vicios deshonorosos, pero otros aparecen adornados con el nombre de virtudes, y hay que tenerlos ó afectarlos. Alabe quien quiera la sobriedad de los sabios del tiempo: por mi parte, no veo en ella más que un refinamiento de intemperancia, tan indigna de mi elogio como su artificiosa sencillez (4).

Tal es la pureza que nuestras costumbres han adquirido, y así es como hemos llegado á ser gentes de bien. A las ciencias, á las letras y á las artes es á quien pertenece reivindicar una obra tan beneficiosa. Añadiré solamente una reflexión, y es que un habitante de cualquier comarca lejana, que tratara de formarse una idea de las costumbres europeas, del estado de las ciencias entre nosotros, de la perfección de nuestras artes, de la decencia de nuestros espectáculos, de la urbanidad de nuestras maneras, de la afabilidad de nuestros discursos, de nuestras demostraciones perpetuas de benevolencia y del concurso tumultuoso de hombres de toda edad y de todos estados, que parecen empeñados, desde que el sol nace hasta que se pone, en obligarse recíprocamente, este extranjero, digo, pensaría de nuestras costumbres lo contrario de lo que son.

Donde no hay ningún efecto, no hay causa que buscar; pero aquí el efecto es cierto, la depravación real, y nuestras costumbres se han corrompido á medida que nuestras ciencias y nuestras artes han avanzado hacia la perfección. ¿Se dirá que ésta es una desgracia particular de nuestra edad? No, señores: los males causados por nuestra vana curiosidad son tan viejos como el mundo. El flujo y reflujo diario de las aguas del Océano no han estado más regularmente sujetas al curso del astro que nos alumbra durante la noche, que la suerte de las costumbres y de la probidad al progreso de las ciencias y de las artes. Se ha visto á la virtud huir á medida que su luz se eleva sobre nuestro horizonte, y el mismo fenómeno se ha observado en todos los tiempos y en todos los lugares.

Ved el Egipto, primera escuela del universo, clima tan fértil bajo un cielo tan plúmbeo, comarca celebrada de donde Sesostris partió en otro tiempo para conquistar el orbe. Pues Egipto se convirtió en la madre de la filosofía y de las bellas artes, y muy poco después sobrevino la conquista de Cambises, y más tarde la de los griegos, la de los romanos, la de los árabes y, en fin, la de los turcos.

Ved á Grecia, antes poblada de héroes, que vencieron dos veces al Asia, una delante de Troya y otra en sus propios hogares. Las letras nacientes no habían llevado aún la corrupción á los corazones de sus habitantes; pero el progreso de las artes, la disolución de las costumbres y el yugo del macedonio se siguieron de cerca, y la Grecia, siempre sabia, siempre voluptuosa y siempre es-

clava no experimentó en sus revoluciones más que cambios de dueños. Toda la elocuencia de Demóstenes no pudo reanimar un cuerpo que el lujo y las artes habían enervado.

En tiempo de los Ennio y de los Terencio, Roma, fundada por un pastor é ilustrada por labradores, comenzó á degenerar. Pero después de los Ovidio, los Cátulo, los Marcial y toda la multitud de autores obscenos, cuyos solos nombres alarman el pudor, Roma, en otro tiempo templo de la virtud, se convirtió en teatro del crimen, oprobio de las naciones y juguete de los bárbaros. Aquella capital del mundo cayó al fin bajo el yugo que había impuesto á tantos pueblos, y el día de su caída fue la víspera del en que se dió á uno de sus ciudadanos el título de árbitro del buen gusto (5).

¿Qué diré de esa metrópoli del Imperio de Oriente (que por su posición parecía debía serlo del mundo entero), de ese asilo de las ciencias y de artes, proscritas del resto de Europa, más tal vez por sabiduría que por barbarie? Todo lo que el desorden y la corrupción tienen de más vergonzoso, las traiciones, los asesinatos y los venenos, el concurso de los crímenes más atroces: he aquí lo que forma el tejido de la historia de Constantinopla: he aquí el origen puro de donde han emanado las luces de que nuestro siglo se glorifica.

¿A qué buscar en tiempos pasados las pruebas de una verdad de que tenemos antes nuestra vista testimonios subsistentes? Hay en Asia una comarca inmensa donde las letras conducen á las primeras dignidades del Estado. Si las ciencias purifica-

sen las costumbres, si enseñasen á los hombres á derramar su sangre por la patria, si animasen el valor, los pueblos de China deberían ser sabios, libres é invencibles. Pero si no hay vicio que no les domine ni crimen que no les sea familiar, y si ni la ilustración de los ministros, ni la supuesta filosofía de las leyes, ni la multitud de los habitantes de tan vasto Imperio han podido librarle del yugo del tártaro ignorante y grosero, ¿de qué le han servido todos sus sabios? ¿Qué fruto ha sacado de los honores de que ha colmado á los últimos? ¿Acaso el fruto de estar poblado de esclavos y de perversos?

Opongamos á estos cuadros el de las costumbres del pequeño número de pueblos que, preservados del contagio de los vanos conocimientos, han logrado, por obra de sus virtudes, su propia felicidad y sido el ejemplo de las otras naciones. Tales fueron los primeros persas, nación singular en la que se enseñaba la virtud como entre nosotros se enseña la ciencia, y que subyugó el Asia con tanta facilidad, habiendo alcanzado la gloria de que la historia de sus instituciones haya pasado por una novela de filosofía. Tales fueron los escitas de los que toda la antigüedad nos ha dejado tan magníficos elogios. Tales también los germanos, con motivo y con relación á los cuales una pluma (6) dejó de trazar los crímenes y las negruras de un pueblo instruído, opulento y voluptuoso, para complacerse en pintarnos su sencillez, su inocencia y sus virtudes. Tal había sido la misma Roma en los tiempos de su pobreza y de su ignorancia. Tal, en fin, se mostró hasta nuestros

días esa nación rústica, tan elogiada por su valor, que la adversidad no ha podido abatir, y por su fidelidad, que el ejemplo no ha podido corromper (7).

Los pueblos á que me refiero no han preferido otros ejercicios á los del espíritu por estupidez; no han ignorado que en otras comarcas hombres ociosos pasaban su vida en disputar sobre el soberano bien, sobre el vicio y sobre la virtud, y que orgullosos razonadores, dirigiéndose los mayores elogios á sí mismos, confundían á los demás pueblos bajo el nombre despreciativo de bárbaros; pero han considerado sus costumbres y han aprendido á desdeñar su doctrina (8).

¿Olvidaremos que fué en el seno mismo de Grecia donde se vió levantarse aquella ciudad, tan célebre por su feliz ignorancia como por la sabiduría de sus leyes, aquella república de semidioses más bien que de hombres, tan superiores parecían sus virtudes á la humanidad? ¡Oh, Esparta, oprobio eterno de una vana doctrina! ¡Mientras que los vicios traídos por las bellas artes se introducían en Atenas, mientras que un tirano reunía en ella con tanto cuidado las obras del príncipe de los poetas, tú arrojabas de tus muros á las artes y á los artistas, á las ciencias y á los sabios!

El acontecimiento señaló esta diferencia. Atenas se convirtió en la morada de la civilización y del buen gusto, en el país de los oradores y de los filósofos: la elegancia de los edificios respondía en ella á la del lenguaje: por todas partes se veía el mármol y el lienzo animados por las manos de los maestros más hábiles. De Atenas salieron aquellas

obras sorprendentes que sirvieron de modelos en todas las edades corrompidas. El cuadro de Lacedemonia es menos brillante. «Allí (decían los otros pueblos) los hombres nacen virtuosos, y el aire mismo del país parece inspirar la virtud.» No nos queda de sus habitantes más que la memoria de sus acciones heroicas; pero tales monumentos ¿valdrán menos para nosotros que los mármoles curiosos que Atenas nos ha dejado?

Es cierto que algunos sabios han resistido al torrente general y se han librado del vicio en la morada de las musas. Empero atendamos al juicio que el primero y el más desgraciado de ellos emitió sobre los sabios y de los artistas de su tiempo en general.

«He examinado (dice) á los poetas, y los miro como gentes cuyo talento se impone á sí mismos y á los demás, que se tienen por sabios y se toman por tales, y que son todo lo contrario á ello». «De los poetas (continúa Sócrates) he pasado á los artistas. Nadie era más profano en artes que yo, y nadie, empero, estaba más convencido que yo de que los artistas poseen hermosos secretos. Sin embargo, he observado que su condición no es mejor que la de los poetas, y que unos y otros viven en el mismo prejuicio. Porque los más hábiles de ellos, por brillar en su especialidad, se miran como los más sabios de los hombres. Esta presunción ha empañado todo su mérito, á mis ojos, de suerte que, poniéndome en el lugar del oráculo y preguntándome qué me gustaría más ser, si lo que soy ó lo que ellos son, saber lo que ellos han aprendido ó saber que no sé nada, he respon-

dido á mí mismo y al dios: Quiero quedar lo que soy.» Y concluye así: «Ni los sofistas, ni los poetas, ni los oradores, ni los artistas, ni yo sabemos lo que es bello, verdadero y bueno; pero hay entre nosotros una diferencia, y es que ellos, aunque no sepan nada, creen saber algo, mientras que yo, si nada sé, al menos no dudo de que no sé nada. De suerte que toda esta superioridad de sabiduría que me concede el oráculo se reduce simplemente á estar bien convencido de que ignoro lo que no sé».

¡He aquí, pues, el más sabio de los hombres á juicio de los dioses y el más sabio de los atenienses en sentir de Grecia entera, Sócrates, haciendo el elogio de la ignorancia! ¿Creéis que si resucitase ahora, nuestros sabios y nuestros artistas, le harían cambiar de opinión? No, señores: aquel hombre justo continuaría despreciando nuestras vanas ciencias y no ayudaría á engrosar esa multitud de libros en que se nos inunda por todas partes, ni dejaría, como hizo, por todo precepto á sus discípulos y á nuestros descendientes, otra cosa que el ejemplo y la memoria de su virtud. Así es como resulta hermoso instruir á los hombres.

Sócrates había comenzado en Atenas, y el viejo Catón continuó en Roma, la protesta contra aquellos griegos artificiosos y sutiles que corrompían la virtud y debilitaban el valor de sus conciudadanos. Pero las ciencias, las artes y la dialéctica prevalecieron aún. Roma se llenó de filósofos y de oradores, se descuidó la disciplina militar, se despreció la agricultura, se abrazaron sectas y se olvidó á la patria. A los nombres sa-

grados de libertad, de desinterés y de obediencia á las leyes, sucedieron los nombres de Epicuro, de Zenón, de Arcesilao. «Desde que los sabios han comenzado á aparecer entre nosotros (decían sus propios filósofos) las gentes buenas están eclipsadas» (9). Hasta entonces los romanos se habían contentado con practicar la virtud; todo se perdió cuando comenzaron á estudiarla.

Oh, Fabricio ¿qué hubiese pensado tu grande alma si por tu desdicha hubieses vuelto á la vida y hubieses visto la faz pomposa de aquella Roma salvada por tu brazo é ilustrada por tu nombre respetable más que por todas sus conquistas? «Dioses, hubieses dicho: ¿qué se hizo de aquéllos tejados de paja y aquéllos hogares rústicos donde habitaban en otro tiempo la moderación y la virtud? ¿Qué esplendor funesto ha sucedido á la sencillez romana? ¿Qué es este extraño lenguaje que oigo? ¿Qué son estas costumbres afeminadas? ¿Qué significan estas estatuas, estos cuadros, estos edificios? Insentatos, ¿qué habéis hecho? ¡Vosotros, los dueños de las naciones, os habéis hecho esclavos de los hombres frívolos á quienes habéis vencido! ¡Son los retóricos quienes os gobiernan! ¡Para enriquecer á los arquitectos, á los pintores, á los escultores y á los histriones, es para lo que habéis derramado vuestra sangre en Grecia y en Asia! ¡Los despojos de Cartago son presa de un flautista! Romanos, derribad esos anfiteatros, destrozad esos mármoles, quemad esos cuadros, expulsad á esos esclavos que os subyugan y cuyas funestas artes os corrompen. Ilústrense otras manos por vanos talentos: el único talento digno de Roma es

el de conquistar el mundo y de hacer reinar en él la virtud. Cuando Cineas tomó nuestro Senado por una asamblea de reyes, no fué porque le desvaneciese una pompa vana ni una elegancia rebuscada; no oyó, cabe su recinto, los tonos de esa elocuencia frívola, que constituye el estudio y el encanto de los hombres fútiles. ¿Qué vió, pues, Cineas de majestuoso? ¡Oh ciudadanos: vió un espectáculo que no ofrecerán jamás vuestras riquezas ni todas vuestras artes, el más hermoso espectáculo que jamás haya aparecido bajo el cielo: la asamblea de doscientos hombres virtuosos, dignos de mandar á Roma y de gobernar la tierra!»

Pero franqueemos la distancia de los lugares y de los tiempos, y veamos lo que ha pasado en nuestras comarcas y ante nuestra vista, ó mejor aún, evitemos pinturas odiosas que herirían nuestra delicadeza y ahorrarémonos el trabajo de repetir las mismas cosas bajo otros nombres. No en vano evoqué los manes de Fabricio; pues ¿qué hice decir á este grande hombre que no hubiese podido poner en boca de Luis XII ó de Enrique IV? Es cierto que entre nosotros Sócrates no hubiera bebido la cicuta, pero hubiera bebido en una copa aún más amarga la burla insultante y un desprecio peor cien veces que la muerte.

He aquí como el lujo, la disolución y la esclavitud han sido en todo tiempo el castigo de los esfuerzos orgullosos que hemos hecho para salir de la feliz ignorancia en que la sabiduría eterna nos había puesto. El velo espeso con que ha cubierto todas sus operaciones parece advertirnos suficientemente que no nos ha destinado á inves-

tigaciones vanas. Pero ¿hay alguna de sus lecciones de que hayamos sabido aprovecharnos ó que no hayamos descuidado impunemente? Pueblos: sabed, una vez más, que la naturaleza ha querido preservaros de la ciencia, como una madre arranca un arma peligrosa de las manos de su hijo; que todos los secretos que os oculta son otros tantos males de que os libra, y que el trabajo que encontráis en instruiros no es el menor de sus beneficios. Los hombres son perversos, y serían peores aún si tuvieran la desgracia de nacer sabios.

¡Que humillantes son estas reflexiones para la humanidad! ¡Qué castigado queda con ellas nuestro orgullo! Ahora bien: la probidad ¿será hija de la ignorancia? La ciencia y la virtud ¿serán incompatibles? ¿No podrían sacarse funestas consecuencias de prejuicios semejantes? Para conciliar estas contradicciones aparentes, hay que examinar de cerca la vanidad de los títulos orgullosos que nos desvanecen y que nos dan tan gratuitamente los conocimientos humanos. Consideremos, pues, las ciencias y las artes en sí mismas, veamos lo que debe resultar de su progreso y no titubemos en confesar nuestra decepción en todos los puntos en que nuestros razonamientos se hallen de acuerdo con las inducciones históricas.

SEGUNDA PARTE

Según antigua tradición, que de Egipto pasó á Grecia, el inventor de las ciencias había sido un dios enemigo del reposo (10). ¿Qué opinión era preciso que tuviesen de las ciencias los egipcios, entre quienes las ciencias habían tenido comienzo? Sin duda, los egipcios pensaban así porque habían visto de cerca las fuentes de que las ciencias habían manado. En efecto: sea que se hojeen los anales del mundo, sea que se suplan crónicas inciertas por investigaciones filosóficas, no se encontrarán en los conocimientos humanos un origen que responda á la idea que gustamos formar de ellos. La astronomía nació de la superstición; la elocuencia, de la ambición, del odio, de la adulación, de la mentira; la geometría, de la avaricia; la física, de una vana curiosidad; todas y la moral misma, del humano orgullo. Las ciencias y las artes deben, pues, su origen á nuestros vicios, y dudáramos menos de sus ventajas si las debiésemos á nuestras virtudes.

Y el defecto de su origen resalta no menos claramente en los objetos á que están destinadas. ¿Qué haríamos de las artes sin el lujo que las alimenta? ¿De qué serviría la jurisprudencia sin las injusticias de los hombres? ¿A qué se se reduciría

la historia si no hubiese ni tiranos, ni conspiradores, ni guerras? ¿Quién querría, en una palabra, pasar su vida en estériles contemplaciones, si cada uno, no consultando más que á los deberes del hombre y á las necesidades de la naturaleza, no emplease su tiempo más que en servir á la patria, á los desgraciados, á sus amigos? Estamos, pues, hechos para morir asomados á los bordes del pozo de donde se ha marchado la verdad (11). Esta sola reflexión debería repugnar desde el primer momento á todo hombre que tratara seriamente de instruirse por el estudio de la filosofía.

¡Qué de peligros, qué de falsos caminos, en la investigación de las ciencias! ¡Por cuántos errores, mil veces más peligrosos que la verdad, no es preciso pasar para llegar á esta! La desventaja es visible, porque lo falso es susceptible de una infinidad de combinaciones, mientras que la verdad no tiene más que una manera de ser. ¿Quién es, además, el que la busca sinceramente? Aun con la mejor voluntad, ¿en qué señales está uno seguro de reconocerla? En medio de la gran multitud de sentires diferentes, ¿cuál será nuestro *criterium* para juzgarla bien? (12). Y lo que es más difícil, si por fortuna la hallamos al fin ¿quién de nosotros sabría hacer de ella buen uso?

Si nuestras ciencias son vanas por los objetos que se proponen, son aún más peligrosas por los efectos que producen. Nacidas en la ociosidad, la alimentan á su vez, y la pérdida irreparable del tiempo es el primer perjuicio que causan necesariamente á la sociedad. En política, como en moral, es un gran mal no hacer bien, y todo ciuda-

dano inútil puede ser mirado como un hombre pernicioso. Responedme, pues, filósofos ilustres, vosotros por quienes sabemos en virtud de qué razones el vacío atrae los cuerpos, cuáles son, en las revoluciones de los planetas, las relaciones de los espacios recorridos en tiempos iguales, qué curvas tienen puntos conjugados, puntos de inflexión y de retroceso, cómo el hombre lo ve todo en Dios, cómo el alma y el cuerpo se corresponden sin comunicación á manera de dos relojes que siempre marcasen la misma hora, qué astros pueden ser habitados, qué insectos se reproducen de una manera extraordinaria: responedme y decidme vosotros de quiénes hemos recibido tan sublimes conocimientos: aun cuando no hubiéramos aprendido ninguna de estas cosas ¿seríamos menos numerosos, estaríamos peor gobernados, resultaríamos menos terribles, menos florecientes ó más perversos? Volved, pues, sobre la importancia de vuestras producciones, y si los trabajos de los más ilustrados de nuestros sabios y de nuestros mejores ciudadanos nos procuran tan poca utilidad, decidnos lo que debemos pensar de esa multitud de escritores oscuros y de letrados ociosos, que devoran y echan á perder la substancia del Estado.

¿Qué digo ociosos? ¡Pluguiese á Dios que lo fuesen en efecto! Sus costumbres serían más sanas y la sociedad más pacífica. Pero estos vanos y fútiles declamadores van por todas partes armados de sus funestas paradojas, minando los fundamentos de la fe y aniquilando la virtud. Sonríen con desdén al oír pronunciar las viejas palabras de pa-

tria y de religión, y consagran sus talentos y su filosofía á destruir y envilecer todo lo que hay de sagrado entre los hombres. En el fondo no odian ni la virtud ni nuestros dogmas: son sencillamente enemigos de la opinión pública; y para llevarlos al pie de los altares bastaría relegarlos entre los ateos. ¡Oh furioso afán de distinguirse, cuánto es tu poder!

Gran mal es, sin duda, el abuso del tiempo; pero otros males peores aún siguen á las letras y á las artes. Tal es el lujo, nacido como ellas de la ociosidad y de la vanidad de los hombres. El lujo rara vez deja de acompañar á las ciencias y á las artes, ni éstas de acompañar al lujo. Nuestra filosofía, siempre fecunda en máximas singulares, pretende, contra la experiencia de todos los siglos, que el lujo constituye el esplendor de los Estados; pero después de haber olvidado la necesidad de las leyes suntuarias, ¿se atreverá á negar todavía que las buenas costumbres no son esenciales á la duración de los imperios y que el lujo es diametralmente opuesto á las buenas costumbres? Indudablemente el lujo es un signo cierto de riquezas y sirve también para multiplicarlas; pero ignoro lo que haya que deducir de esta paradoja, tan digna de haber nacido en nuestros días; y ¿qué llegará á ser la virtud cuando sea preciso enriquecerse á cualquier precio?

Los antiguos políticos hablaban sin cesar de costumbres y de virtud; los nuestros no hablan más que de comercio y de dinero. El uno os dirá que un hombre vale en tal comarca la suma en que se le vendería en Argel; otro, siguiendo este

cálculo, encontraría países en donde un hombre no vale nada, y otros donde vale menos que nada. Así evalúan á los hombres como á rebaños. Según ellos, un hombre no vale al Estado más que por el consumo que hace en él; de suerte que si es un sibarita, valdrá por treinta lacedemonios. Adivínese, pues, cuál de las dos repúblicas, Esparta ó Sibaris, fué subyugada por un puñado de aldeanos y cuál hizo temblar al Asia.

La monarquía de Ciro ha sido conquistada con treinta mil hombres, por un príncipe más pobre que el menor de los sátrapas de Persia, y los escitas, el más miserable de todos los pueblos, ha resistido á los más poderosos monarcas del universo. Dos famosas repúblicas se disputaron el imperio del mundo, la una era muy rica, la otra no tenía nada, y fué ésta quien destruyó á la otra. El imperio romano á su vez, después de haber absorbido todas las riquezas del universo, fué presa de gentes y tribus que ni aun sabían lo que era riqueza. Los francos conquistaron á los galos y los sajones á Inglaterra, sin otros tesoros que su pobreza y su bravura. Una tropa de pobres montañeses, cuya única avidéz se limitaba á algunas pieles de carnero, después de haber dominado la altiva austriaca, derribó esa opulenta y formidable casa de Borgoña, que hacía temblar á los potentados de Europa. En fin, todo el poder y toda la sabiduría del heredero de Carlos V, sostenido con todos los tesoros de las Indias, vinieron á destrozarse contra un puñado de pescadores de arenques. Suspendan nuestros políticos sus cálculos para reflexionar en estos ejemplos y aprendan

de una vez que se tiene todo con el dinero, excepto las costumbres y los ciudadanos.

¿De qué se trata, pues, en esta cuestión del lujo? De saber qué es lo que importa más á los imperios: si ser brillantes y momentáneos, ó virtuosos y duraderos. Digo brillantes, pero ¿con qué brillo? El gusto del fausto apenas se asocia en las mismas almas al de la honradez. No: no es posible que espíritus degradados por una multitud de cuidados fútiles se eleven jamás á nada grande, pues aunque tuvieran fuerza para ello, les faltaría valor.

Todo artista quiere ser aplaudido. Los elogios de sus contemporáneos son la parte más preciosa de sus recompensas. ¿Qué hará, pues, para obtenerlos, si tiene la desgracia de haber nacido en un pueblo y en tiempos en que los sabios á la moda han puesto á una juventud frívola en estado de dar el tono; en que los hombres han sacrificado su gusto á los tiranos de su libertad (13); en que uno de los sexos, no atreviéndose á aprobar lo que es proporcionado á la pusilanimidad del otro, desdeña las obras maestras de la poesía dramática, y rechaza los prodigios de la armonía? ¿Qué ocurrirá, señores? Rebajará su genio al nivel de su siglo y preferirá componer obras comunes que se admirarán durante su vida á componer maravillas que no se admirarán si no mucho tiempo después de su muerte. ¡Decidnos, célebre Arouet, cuántas bellezas viriles y fuertes habéis sacrificado á nuestra falsa delicadeza, y qué de cosas grandes os ha costado el espíritu de galantería, tan fértil en pequeñeces!

Así es como la disolución de las costumbres, consecuencia necesaria del lujo, implica á su vez la corrupción del gusto. Que si por casualidad entre los hombres extraordinarios por sus talentos, se encuentra alguno que tenga firmeza en el alma y que no quiera acomodarse al genio de su siglo y envilecerse por producciones pueriles ¡desgraciado de él! porque morirá en la indigencia y en el olvido. Esto no es un pronóstico, es una experiencia. Carlos, Pedro (14), ha llegado el momento en que el pincel destinado á aumentar la majestad de nuestros templos por imágenes sublimes y santas, caerá de vuestras manos ó será prostituído para adornar de pinturas lascivas los techos de un *vis-á-vis*. Y tú, rival de los Praxiteles y de los Fidias, tú cuyo cincel hubieran empleado los antiguos en hacerles dioses, capaces de excusar á nuestros ojos su idolatría, inimitable Pigal, tu mano se resolverá á pulir el vientre de un mamarracho ó será preciso que permanezca ociosa.

No cabe reflexionar sobre las costumbres sin complacerse en recordar la imagen de la sencillez de los primeros tiempos. Es esta una hermosa ribera adornada por las manos de la naturaleza, hacia la cual vuelve uno incesantemente la vista, y de la que se aleja uno á su pesar. Cuando á los hombres inocentes y virtuosos les gustaba tener á los dioses por testigos de sus acciones, dioses y hombres habitaban juntos, bajo las mismas cabañas, pero tan pronto como se hicieron malos, se desligaron de estos incómodos espectadores, y los relegaron á templos magníficos. Más tarde los

expulsaron para establecerse allí ellos mismos, ó al menos, los templos de los dioses no se distinguieron ya de las casas de los ciudadanos. Llegóse de esta manera al colmo de la depravación y jamás los vicios fueron más lejos que cuando se les vió, por decirlo así, sostenidos á la entrada de los palacios de los grandes sobre columnas de mármol y grabados sobre capiteles corintios.

Al compás que las comodidades de la vida se multiplican, que las artes se perfeccionan y que el lujo se extiende, el verdadero valor se enerva, las virtudes militares se desvanecen, y esto es todavía obra de las ciencias y de todas esas artes que se ejercen en la sombra del gabinete. Cuando los godos devastaron á Grecia, si todas las bibliotecas fueron salvadas del fuego, debióse á la opinión, emitida por uno de ellos, de que era preciso dejar á los enemigos muebles tan propios á sustraerlos del ejercicio militar y entretenerlos en ocupaciones sedentarias y ociosas. Carlos VIII se vió dueño de Toscana y del reino de Nápoles casi sin haber sacado la espada, y toda su corte atribuía esta facilidad inesperada á que los príncipes y los nobles de Italia se entretenían más en hacerse ingeniosos y sabios que en hacerse vigorosos y guerreros. En efecto, dice el hombre de buen sentido que refiere estos dos rasgos (15), todos los ejemplos nos enseñan que en esta marcial civilización y en todas aquellas que se le parecen, el estudio de las ciencias es más propio para enervar y afeminar el valor que para afirmarlo y animarlo.

Los romanos han confesado que la virtud militar se había extinguido entre ellos á medida que

habían comenzado á conocerse en cuadros, en grabados, en vasos de orfebrería y á cultivar las bellas artes, y como si esta comarca famosa estuviese destinada á servir sin cesar de ejemplo á los otros pueblos, la elevación de los Médicis y el restablecimiento de las letras han desvanecido, y tal vez para siempre, aquella reputación guerrera que Italia parecía haber recobrado hace algunos siglos.

Las antiguas repúblicas de Grecia, con la sabiduría que brillaba en la mayoría de sus instituciones, habían prohibido á todos sus ciudadanos todos los oficios tranquilos y sedentarios que, corrompiendo el cuerpo, enervan también el vigor del alma. En efecto, ¿cómo cabe creer que puedan resistir el hambre, la sed, las fatigas, los peligros y la muerte hombres á quienes la menor necesidad agobia y que repugnan la menor pena? ¿Con qué valor soportarán los soldados trabajos excesivos á que no están acostubrados? ¿Con qué ardor andarán á marchas forzadas al mando de oficiales quienes no tienen fuerza para andar á caballo? No se me objete el valor renombrado de todos estos modernos guerreros tan sabiamente disciplinados. Se me alaba su bravura en un día de batalla, pero no se me dice cómo soportarán el exceso de trabajo, cómo resistirán el rigor de las estaciones y las intemperies del aire. Basta un poco de sol ó de nieve, basta la privación de algunas superfluidades, para fatigar y destruir en pocos días al mejor de nuestros ejércitos. Guerreros intrépidos, sufrid por una vez la verdad que tan raras veces oís. Sois valientes, ya lo sé, habeis triunfado con Anníbal en Cannas y en Trasimeno, César pasó con vosotros

el Rubicón y sujetó su país, pero no es con vosotros con quienes el primero atravesó los Alpes y el segundo venció á nuestros abuelos.

Los combates no fueron siempre el éxito de la guerra, y es para los generales un arte superior el de ganar batallas. Uno corre al fuego con intrepidez, lo que no le impide ser un mal oficial; en el soldado mismo un poco más de vigor y fuerza le sería tal vez más necesario que tanta bravura que no le libra de la muerte. ¿Y qué importa al Estado que sus tropas perezcan por la fiebre y el frío ó por el hierro del enemigo?

Si la cultura de las ciencias es nociva á las cualidades guerreras, lo es más todavía á las cualidades morales. Desde nuestros primeros años, una educación insensata adorna nuestro espíritu y corrompe nuestro juicio. Veo por todas partes establecimientos inmensos donde se educa con grandes gastos á la juventud para enseñarle todo, excepto sus deberes. Vuestros hijos ignorarán su propio idioma, pero hablarán otros que no están en uso en ninguna parte; sabrán componer versos que apenas podrán comprender; sin habilidad para separar la verdad del error, poseerán el arte de hacerlos desconocidos á los demás por argumentos especiosos, pero las palabras de magnanimidad, de equidad, de temperancia, de humanidad, de valor, no sabrán lo que es; el dulce nombre de patria no herirá jamás sus oídos, y si oyen hablar de Dios, será menos para temerle que para tenerle miedo (16). Me gustaría mucho, dice un sabio, que mi estudiante hubiese pasado el tiempo en un juego de pelota, porque al menos el cuerpo estaría más

dispuesto. Ya sé que es preciso ocupar á los niños y que la ociosidad es para ellos el mayor peligro que se pueda temer; pero ¿qué es necesario que aprendan? He aquí por cierto una linda cuestión. Que aprendan lo que deben hacer siendo hombres (17), y no lo que deben olvidar.

Nuestros jardines están adornados de estatuas y nuestras galerías de cuadros. ¿Qué pensaréis que representan estas obras maestras del arte expuestas á la admiración pública? ¿Los defensores de la patria ó esos hombres más grandes aún que la han enriquecido por sus virtudes? No. Son imágenes de todos los extravíos del corazón y de la razón, sacadas cuidadosamente de la antigua mitología y presentadas desde muy temprano á la curiosidad de nuestros hijos, sin duda para que tengan ante su vista modelos de malas acciones antes de saber leer.

¿De dónde nacen todos estos abusos si no es de la desigualdad funesta introducida entre los hombres por la distinción de los talentos y por el envilecimiento de las virtudes? He aquí el efecto más evidente de todos nuestros estudios y la más peligrosa de todas sus consecuencias. No se pregunta ya de un hombre si tiene probidad, sino si tiene talento, ni de un libro si es útil, sino si está bien escrito. Las recompensas se prodigan al talento, y la virtud queda sin honores. Hay mil premios para los discursos hermosos, y ninguno para las acciones bellas. Digaseme, sin embargo, si la gloria asociada al mejor de los discursos que premie esta Academia, es comparable al mérito de haber fundado el premio mismo.

El sabio no corre siempre tras la fortuna, pero no es insensible á la gloria y cuando la ve tan mal distribuída, su virtud, que un poco de emulación hubiera animado y hecho ventajosa á la sociedad, languidece y se extingue en la miseria y en el olvido. He aquí lo que á la larga debe producir en todas partes la preferencia de los talentos agradables sobre los talentos útiles y lo que la experiencia ha confirmado sobradamente desde la renovación de las ciencias y de las artes. Tenemos físicos, geómetras, químicos, astrónomos, poetas, músicos, pintores, y, en cambio, no tenemos ciudadanos, ó si nos quedan aún, dispersos en nuestros campos abandonados, perecen en ellos despreciados é indigentes. Tal es el estado á que se ven reducidos y tales los sentimientos que obtienen de nosotros aquellos que dan pan y leche á nuestros hijos. Confieso, sin embargo, que el mal no es tan grande como hubiera podido ser. La Providencia, al colocar al lado de diversas plantas nocivas plantas curativas, y en la substancia de varios animales dañinos el remedio á sus llagas, ha enseñado á los soberanos, que son sus ministros, á imitar su sabiduría. Así es como, á ejemplo suyo, del seno mismo de las ciencias y de las artes, orígenes de mil desarreglos, ese gran monarca, cuya gloria adquirirá de edad en edad nuevo brillo, sacó sus sociedades célebres, encargadas á la vez del peligroso depósito de los conocimientos humanos y del depósito sagrado de las costumbres, por la atención que ponen en mantenerlo en ellas en toda su pureza y exigirlo en los miembros que en su seno reciben.

Estas sabias instituciones, afianzadas por su augusto sucesor é imitadas por todos los reyes de Europa, servirán al menos de freno á los hombres de letras, todas las cuales, aspirando al honor de ser admitidos en las academias, velarán por sí mismos y tratarán de hacerse dignos de ellas por obras útiles y costumbres irreprochables. Las de estas compañías, que, por los premios con que honran el mérito literario, harán la elección de sujetos propios para reanimar el amor de la virtud en los corazones de los ciudadanos, mostrarán que este amor reina en ellos y darán á los pueblos ese placer tan raro y tan dulce de ver sociedades ilustradas consagradas á derramar sobre el género humano, no sólo agradables luces, sino que también saludables instrucciones.

No se me ponga, pues, una objección que no es para mí más que una nueva prueba. Tantos cuidados sólo demuestran la necesidad de tomarlos, y no se busca remedios á males que no existen. ¿Por qué éstos ofrecen todavía por su insuficiencia el carácter de remedios ordinarios? Tantos establecimientos hechos con ventaja para los sabios no son parte á imponerles los objetos de las ciencias y orientar á los espíritus hacia su cultura. Parece, por las precauciones que se toman, que hay demasiados labradores y que se teme que falten filósofos.

No quiero aventurar aquí una comparación entre la agricultura y la filosofía, que no soportaría nadie. Preguntaré solamente: ¿Qué es la filosofía? ¿Qué contienen los escritos de los filósofos más conocidos? ¿Cuáles son las lecciones de estos ami-

gos de la sabiduría? Si se les escucha, se les tomará por un atajo de charlatanes, que gritan cada uno por su cuenta y para su partido en una plaza pública: «Venid á mí, que yo soy el único que no engaña.» Uno pretende que no hay cuerpo y que todo es representación; otro, que no existe más substancia que la materia ni más dios que el mundo. Este asegura que la virtud y el vicio carecen de realidad, y que el bien y el mal moral son quimeras; aquél que los hombres son lobos y pueden devorarse con tranquilidad de conciencia. Oh grandes filósofos: ¿por qué no reserváis para vuestros amigos y para vuestros hijos lecciones tan provechosas? Bien pronto recibiríais el premio de ellas, y no temeríamos encontrar entre los nuestros alguno de vuestros sectarios.

¡He aquí, pues, los hombres maravillosos á quienes se ha prodigado la estimación de sus contemporáneos durante su vida y reservado la inmortalidad después de su muerte! ¡He aquí las sabias máximas que hemos recibido de ellos y que transmitimos de generación en generación á nuestros descendientes! El paganismo, entregado á todos los extravíos de la razón humana, ¿ha dejado á la posteridad nada que pueda compararse con los monumentos vergonzosos que le ha preparado la imprenta bajo el reinado del Evangelio? Los escritos impíos de Leucipo y de Diagoras han muerto con ellos; no se había inventado aún el arte de eternizar las extravagancias del espíritu humano; pero gracias á los caracteres tipográficos (18) y al uso que hacemos de ellos, las peligrosas fantasías de los Hobbes y de los Espinosa, permanecerán para

siempre. Id, escritos célebres que la ignorancia y rusticidad de nuestros padres no hubieran sido capaces de redactar, acompañad en nuestros descendientes á esas obras más peligrosas aún, de donde se exhala la corrupción de las costumbres de nuestro siglo, y llevad juntos á los siglos venideros una historia fiel del progreso y de las ventajas de nuestras ciencias y de nuestras artes. Si os leen, no dejaréis ninguna perplejidad sobre la cuestión que tratamos hoy, y á menos que no sean más insensatos que nosotros, levantarán sus manos al cielo y dirán en la amargura de su corazón: «Dios poderoso, tú que tienes en tus manos los espíritus, libranos de las luces y de las funestas artes de nuestros padres, y devuélvenos la ignorancia, la inocencia y la pobreza, los únicos bienes que pueden hacer nuestra felicidad y que son preciosos delante de tí.»

Pero si el progreso de las ciencias y de las artes nada ha añadido á nuestra verdadera felicidad, si ha corrompido nuestras costumbres y si la corrupción de las costumbres ha atacado á la pureza del gusto, ¿qué pensaremos de esa multitud de autores elementales que han descartado del templo de las musas las dificultades que defendían su entrada y que la naturaleza había allí multiplicado para probar las fuerzas de los que se sintiesen tentados á saber? ¿Qué pensaremos de esos compiladores de obras que han forzado indiscretamente la puerta de las ciencias é introducido en su santuario un populacho indigno de aproximarse á ella, al paso que sería de desear que todos aquellos que no avanzan lejos en la carrera de las

letras hubiesen sido rechazados desde la entrada y se les obligase á cultivar artes útiles á la sociedad? Tal, que será toda su vida un mal versificador, un geómetra subalterno, habría quizá llegado á ser un gran fabricante de telas. No han necesitado maestros aquellos á quienes la naturaleza destinó á hacer discípulos. Los Verulam, los Descartes, los Newton, preceptores del género humano, no los han tenido, ¿y qué guías les hubiesen conducido hasta donde su vasto genio les ha llevado? Maestros ordinarios no hubieran podido más que comprimir su entendimiento, encerrándolo en la estrecha capacidad del suyo. Con los primeros obstáculos aprendieron á hacer esfuerzos y se ejercitaron en franquear el espacio inmenso que han recorrido. Si hay verdadera necesidad de permitir á algunos hombres entregarse al estudio de las ciencias y de las artes, es tan solo á aquellos que tuvieron la fuerza de marchar solos sobre sus huellas y de adelantarlas, vale decir, al pequeño número á que corresponde elevar monumentos á la gloria del espíritu humano. Pero si se quiere que nada sobrepuje á su genio, es preciso que nada sobrepuje á sus esperanzas: he aquí el único estímulo de que tienen precisión. El alma se proporciona insensiblemente á los objetos que la ocupan, y las grandes ocasiones son las que hacen á los grandes hombres. El príncipe de la elocuencia fué cónsul de Roma, y el más grande tal vez de los filósofos, canciller de Inglaterra. ¿Creerá nadie que si el uno no hubiese ocupado más que una cátedra en cualquier Universidad y el otro no hubiese obtenido más que una módica pensión de la

Academia, sus obras no se resentirían de su estado? No se desdeñen, pues, los reyes de admitir en sus consejos á los hombres capaces de aconsejarles bien, y renuncien al viejo prejuicio, inventado por el orgullo de los grandes, de que el arte de conducir á los pueblos es más difícil que el de ilustrarlos, como si fuera más fácil inducir á los hombres á obrar bien de su grado, que obligarlos á ello por la fuerza. Encuentren los sabios de primer orden en sus cortes asilos honrosos y obtengan en ellos la única recompensa que merecen: la de contribuir por su credito á la felicidad de los pueblos á quienes hubieran enseñado la sabiduría, y entonces solamente se verá lo que pueden la virtud, la ciencia y la autoridad animadas de una noble emulación y trabajando de concierto en la felicidad del género humano. Pero mientras que el poder esté solo de un lado y la ilustración y la sabiduría estén igualmente solas de otro, los sabios pensarán rara vez grandes cosas, los príncipes harán, más raramente cada vez, cosas bellas, y los pueblos continuarán siendo viles, corrompidos y desgraciados.

En cuanto á nosotros, hombres vulgares, á quienes el cielo no ha dado tan grandes talentos ni destinado á tanta gloria, quedemos en nuestra obscuridad. No corramos tras una reputación que se nos escaparía y que en el estado presente de las cosas no nos daría jamás lo que nos hubiera costado, aun cuando tuviéramos todos los títulos para obtenerla. ¿A qué buscar nuestra felicidad en la opinión ajena si podemos hallarla en nosotros mismos? Dejemos á otros el cuidado de instruir á los

pueblos en sus deberes y limitémonos á llenar los nuestros; pues no tenemos necesidad de saber más.

Oh virtud, ciencia sublime de las almas sencillas, ¿son necesarios tantos trabajos y tanto aparato para conocerte? ¿No están grabados tus principios en todos los corazones? ¿Y no basta para aprender tus leyes entrar en uno mismo y escuchan la voz de la propia conciencia en el silencio de las pasiones? He aquí la verdadera filosofía: sepamos contentarnos con ella, y sin envidiar la gloria de los hombres célebres que se inmortalizan en la república de las letras, tratemos de poner entre ellos y nosotros aquella distinción gloriosa que se observaba antiguamente entre dos grandes pueblos, uno de los cuales sabía bien decir y el otro bien obrar.

CARTA AL ABATE RAYNAL

AUTOR DEL «MERCURE DE FRANCE» (19)

Debo, señor, dar muy expresivas gracias á los que os han remitido las observaciones que habeis tenido la bondad de comunicarme y que procuraré me sean útiles. Os confesaré, sin embargo, que encuentro á mis censores un poco severos con mi lógica, y sospecho que se habrían mostrado menos escrupulosos si yo hubiese sido de su parecer. Hasta se me antoja que si ellos tuviesen algo de la exactitud rigurosa que de mí exigen, no necesitaría yo pedirles aclaración alguna. Así dicen que prefiero la situación en que se hallaba Europa antes de la renovación de las ciencias, estado peor que la ignorancia, por el falso saber y la jerga que reinaba entonces. El autor de esta observación me hace decir que el falso saber (la jerga escolástica) es preferible á la ciencia, cuando yo dije precisamente que es peor que la ignorancia. Pero ¿qué entiende por la palabra *situación*? ¿La aplica á las luces, ó á las costumbres, ó confunde estas cosas que yo me he esforzado en distinguir con tanto cuidado? Por lo demás, como este es el fondo de la cuestión, reconozco que hubo en mí cierta torpeza en haber insistido en el primer extremo sobre todo.

Añaden que prefiero la rusticidad á la cortesía

(y es cierto que prefiero la rusticidad á la orgullosa y falsa cortesía de nuestro siglo) y que hago tabla rasa de todos los sabios y artistas. Sea, puesto que así se quiere: yo consiento en suprimir todas las distinciones que había emitido á este propósito.

Acrescientan que hubiera debido «marcar el punto de partida en la designación de la época de la decadencia.» Hice más: convertí en general la proposición: asigné el primer grado de la decadencia de las costumbres al primer momento de la cultura de las letras en todos los países del mundo, y encontré el progreso de ambas cosas siempre en proporción. «Y remontando á esa primera época, debió comparar sus costumbres con las nuestras.» La comparación es factible, pero habría requerido un volumen en cuarto. «Sin esto, no vemos hasta dónde hay que remontar, como no sea hasta el tiempo de los apóstoles.» Por mi parte, no veo el inconveniente que en ello pudiera haber, siendo el hecho verdadero. Pero pido justicia al censor para rogarle me manifieste si quería que yo hubiese dicho que el tiempo de la más profunda ignorancia era el de los apóstoles.

Afirman todavía, con relación al lujo, que en buena política debe ser prohibido en los pequeños Estados, pero el caso de un reino tal como Francia, por ejemplo, es muy distinto, por razones que nadie ignora. Motivo tendría yo de quejarme; pues las razones de referencia son cabalmente aquellas á las cuales he tratado de contestar. Mal ó bien, he contestado, y difícil sería dar á un escritor prueba mayor de desprecio que

replicarle con los mismos argumentos que él ha refutado. La dificultad que hay que resolver es ésta: ¿Que será de la virtud cuando haya que enriquecerse á cualquier precio? Tal es lo que he preguntado y lo que pregunto todavía.

En cuanto á las dos observaciones siguientes, la primera de las cuales empieza por estas palabras: *en fin, he aquí lo que se objeta*, etc., y la otra: *pero lo que más asombra*, etc., ruego al lector me dispense del trabajo de transcribirlas. La Academia me había preguntado si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuído á purificar las costumbres. Esta es la cuestión que tenía que resolver, y no puede menos de extrañarme que se me acuse de no haber resuelto otra. A la verdad, semejante crítica es singular cuando menos. Y con todo, casi tengo que pedir perdón al lector de haberla previsto, porque esto es lo que podría creer leyendo las cinco ó seis últimas páginas de mi discurso. Por lo demás, si mis censores se obstinan en desear aún conclusiones prácticas, les prometo enunciarlas muy claramente en mi primera respuesta.

Sobre la inutilidad de las leyes suntuarias para desarraigar el lujo una vez establecido, se me hace notar que *no ignoro lo que sobre ello puede alegarse*. Verdaderamente, no ignoro que cuando un hombre ha muerto, no es necesario llamar al médico. *No merece la pena sacar á luz verdades que chocan tan de frente con el gusto general, é importa quitar todo asidero al embrollo*. No comparto esta opinión por completo, y creo que se debe dejar sus juegos de taba á los niños. *Hay,*

además, lectores que las preferirían expuestas en un estilo enteramente unido, y no bajo el traje de ceremonia que exigen los discursos académicos. Comparto el gusto de los lectores y con el sentir de los censores me conformo.

No sé cuál es el adversario con que se me amenaza en el *post-scriptum*. Sea quien fuere, no me determinaré á responder á una obra antes de haberla leído, ni á tenerme por vencido antes de haber sido atacado. Amén de esto, sea que responda á las críticas que se me anuncian, sea que me contente con publicar la obra aumentada que se me pide, advierto á mis censores que podrían muy bien no encontrar en ella las modificaciones que esperan, y preveo que, cuando llegue la ocasión de defenderme, sacaré sin escrúpulo todas las consecuencias de mis principios. Asimismo preveo las grandes palabras con que se me combatirá: luces, conocimientos, leyes, moral, razón, deferencias, dulzuras, amenidad, cortesía, educación, etc. A todo ello no responderé más que por otras dos palabras que suenan mucho más fuerte en mi oído. Y exclamaré sin cesar: *¡Virtud, verdad; verdad, virtud!* Si alguien no ve aquí más que palabras, nada más tengo que decirle.

CARTA Á GRIMM

SOBRE LA REFUTACIÓN DEL «DISCOURS» POR GAUTIER, PROFESOR DE MATEMÁTICAS Y DE HISTORIA, Y MIEMBRO DE LA ACADEMIA REAL DE BELLAS LETRAS DE NANCY.

Os devuelvo, señor, el *Mercure* de Octubre que habéis tenido la bondad de prestarme. He leído con mucho gusto la refutación que Gautier ha hecho de mi discurso; pero no creo estar, como pretendéis, en la necesidad de responder á ella, y he aquí mis objeciones.

La primera, es que no puedo persuadirme de que para tener razón sea indispensable hablar el último. Amén de esto, cuanto más leo la refutación, más convencido estoy de que no debo dar á Gautier otra réplica que el mismo discurso á que él ha replicado. Leed, os ruego, en uno y otro escrito los artículos del lujo, de la guerra, de las academias y de la educación; leed la prosopopeya de Luis el Grande y la de Fabricio; en fin, leed la conclusión de Gautier y la mía, y comprenderéis lo que quiero decir.

Pienso en todo de tan distinta manera á Gautier que si me fuese preciso anotar todos los lugares en que no estamos de acuerdo, me vería obligado á combatirle aún en las cosas que no hubiera dicho

como él, y esto me daría un aspecto de contradictor que quisiera poder evitar. Por ejemplo, hablando de la política, da á entender muy claramente que para llegar á ser hombre honrado, conviene comenzar por ser hipócrita, y que la falsedad es un camino seguro para llegar á la virtud. Dice también que los vicios adornados por la cortesía no son contagiosos, como lo serían si se presentaran de frente con rusticidad; que el arte de penetrar á los hombres ha hecho el mismo progreso que el de fingir ante ellos rectitud; que está convencido de que no se debe contar con nuestros semejantes, á menos de no colocarse en el punto de vista de la utilidad; que no hay para qué no tomar como son las ofertas especiosas de la cortesía, esto es, que cuando dos hombres se dirigen cumplimientos y el uno dice al otro en el fondo de su corazón: «Os trato como á un tonto y me burlo de vos», el otro le responde en el fondo del suyo: «Sé que mentís imprudentemente, pero os vuelvo la oración por pasiva.» Si yo hubiera querido emplear la ironía más amarga, hubiera podido decir casi lo mismo.

Se ve en cada página de la refutación que el autor no entiende ó no quiere entender la obra que refuta, lo que seguramente es bastante cómodo, porque, respondiendo sin cesar á su pensamiento y jamás al mío, tiene la mejor ocasión del mundo para decir todo lo que le agrada. Por otra parte, si mi réplica se hace más difícil, se hace también menos necesaria, porque jamás se ha oído decir que un pintor que expone al público un cuadro esté obligado á analizar los ojos de los espectadores y proveer de anteojos á todos los que los necesitan.

Además, no es seguro que me hiciese entender, ni aun replicando. Por ejemplo, yo sé, diría á Gautier, que nuestros soldados no son Reaumurs y Fontenelles. ¡Pues tanto peor para ellos, para nosotros y, sobre todo, para los enemigos! Sé que no saben nada, que son brutales y groseros y, con todo, he dicho, y lo digo aún, que están enervados por las ciencias que desprecian y por las bellas artes que ignoran. Este es uno de los grandes inconvenientes de la cultura de las letras que, por algunos hombres que ilustran, corrompen á toda una nación. Ahora bien: ya véis, señor, que esto no sería más que otra paradoja inexplicable para Gautier, para ese Gautier que me pregunta altivamente lo que tienen de común las tropas con las academias; si los soldados serán más valientes por estar mal vestidos y mal alimentados; lo que yo quiero decir, al adelantar que á fuerza de honrar á los talentos se descuida la virtud, y otras cuestiones parecidas, todas las cuales muestran que es imposible responder á ellas inteligiblemente y á gusto de quien las propone. Creo que convendréis conmigo en que no vale la pena explicarse por segunda vez para no ser mejor entendido que la primera.

El querer responder á la primera parte de la refutación, sería el mejor medio de no acabar nunca. Gautier juzga muy de propósito prescribirme los autores que puedo citar y aquéllos que es preciso que rechace. Su elección es admirablemente natural: recusa la autoridad de aquellos que propongo y quiere que me refiera á los que cree serme contrarios. En vano trataría yo de hacerle enten-

der que un sólo testimonio en mi favor es decisivo mientras que cien testimonios no prueban nada contra mi sentir, porque los testigos son partes en el proceso; en vano le rogaría distinguir en los ejemplos que él alega; en vano le representaría que ser bárbaro ó criminal son dos cosas completamente diferentes, y que los pueblos verdaderamente corrompidos no son los que tienen malas leyes, sino los que desprecian las leyes existentes. Su réplica es fácil de prever. ¿Cómo dar fe á escritores escandalosos, que se atreven á alabar á bárbaros que no saben leer ni escribir? ¿Cómo suponer pudor á los que van completamente desnudos y virtud á los que comen cruda la carne? Sería preciso, pues, discutir: he aquí á Herodoto, Estrabon, Pomponio Mela, en pugna con Jenofonte, Justino, Quinto Curcio, Tácito; y henos aquí, por ende, en las investigaciones de los críticos, en las antigüedades, en la erudición. Los folletos se transforman en volúmenes, los libros se multiplican, y la cuestión se olvida. Tal es la suerte de las disputas de la literatura, que, después de los infolios de ilustraciones, acaba siempre uno por no saber dónde se halla, y para esto no valía la pena comenzar.

Si yo quisiera replicar á la segunda parte, lo haría bien pronto, pero no enseñaría nada á nadie. Gautier se contenta, para refutarme, con decir *sí* á todo lo que yo digo *no*, y *no* á todo lo que yo digo *sí*: no me resta, pues, más que decir no donde había dicho no y sí donde había dicho sí, y suprimir las pruebas: con que habría respondido muy exactamente. Siguiendo el método de Gau-

tier, no puedo responder á las dos partes de la refutación sin decir demasiado ó demasiado poco; empero ni lo uno ni lo otro quisiera hacer.

Podría seguir otro método y examinar separadamente los razonamientos de Gautier y el estilo de la refutación. Si examinase sus razonamientos, me sería fácil demostrar que todos son falsos, y que el autor no se he penetrado del estado de la cuestión y no me ha entendido. Por ejemplo, Gautier se toma la molestia de enseñarme que hay pueblos viciosos que no son sabios, y yo no había dudado que los kamulcos, los beduínos, y los cafres distaban mucho de ser pródigos en virtud y en erudición. Si Gautier se hubiera tomado el mismo cuidado en demostrarme la existencia de algún pueblo sabio, que no fuese vicioso, me hubiera sorprendido más. Me hace razonar en todo como si yo hubiese dicho que la ciencia es el único origen de la corrupción entre los hombres: si ha creído eso de buena fe, admiro la bondad que ha tenido en responderme.

Afirma que el comercio del mundo basta para adquirir esa cortesía de que se vanagloria un hombre galante; de donde deduce que no hay por qué atribuir su origen á las ciencias. Pero entonces ¿dónde buscar este origen? Desde que los hombres viven en sociedad ha habido pueblos corteses y otros que no lo eran; Gautier ha olvidado darnos razón de esta diferencia.

Admírase Gautier de la pureza de nuestras costumbres actuales. Esta buena opinión honra mucho seguramente á las suyas, pero no demuestra gran experiencia. Diríase, al considerar el tono en que

habla, que ha estudiado á los hombres, como los peripatéticos estudian la física, sin salir de su gabinete. En cuanto á mí, he cerrado mis libros, y después de haber oído hablar de los hombres, los he visto obrar. No debe sorprender que, habiendo seguido métodos tan diferentes, nos encontremos tan distanciados en nuestros juicios. Reconozco que es difícil emplear un lenguaje más honrado que el de nuestro siglo, y he aquí lo que sorprende á Gautier; pero reconozco á la vez que es difícil tener costumbres más corrompidas, y he aquí lo que le escandaliza. ¿Pensamos, pues, en convertirnos en gentes de bien porque, á fuerza de dar nombres decentes á nuestros vicios, hemos aprendido á no ruborizarnos?

Observa también que aun cuando se pudiera probar por hechos que la disolución de las costumbres ha reinado siempre concomitantemente con las ciencias, no se seguiría de esto que la suerte de la probidad depende de su progreso. Después de haber empleado la primera parte de mi discurso en probar que estas cosas habían andado siempre juntas, destiné la segunda á demostrar que, en efecto, lo uno implicaba lo otro. ¿Qué es, pues, lo que yo podría imaginar que Gautier quiere responderme aquí?

Me parece, sobre todo, muy escandalizado de la manera con que ha hablado de los colegios. Me dice que se enseña en ellos á los jóvenes yo no sé cuantas cosas bellas que pueden ser un buen origen para su entretenimiento cuando sean adultos, pero cosas que confieso no ver la relación que tengan con los deberes de los ciudadanos, en que

convendría empezar por instruirles. «No nos en-
gañemos voluntariamente. ¿Sabe griego ó latín?
¿Escribe en verso ó en prosa? Pero el que haya
llegado á ser mejor ó más avisado, he aquí lo prin-
cipal y lo que precisamente se pospone á todo.
Gritad á un pasante de vuestro pueblo: *¡Oh que
sabio hombre!* y á otro: *¡Oh el buen hombre!* y
no hay que decir que todos volverán sus ojos y
concederán su respeto al primero. Requeriría-
se un tercero que gritase: *¡Oh las cabezas tor-
pes!*» (20).

He dicho que la naturaleza ha querido preser-
varnos de la ciencia como una madre arranca un
arma peligrosa de las manos de su hijo, y que el
trabajo que nos cuesta instruirnos no es el menor
de sus beneficios. A Gautier le habría agradado
mucho que yo hubiera dicho: «Pueblos, sabed de
una vez que la naturaleza no quiere que os ali-
mentéis de las producciones de la tierra; el traba-
jo que cuesta su cultivo es una advertencia para
que la dejéis sin cultivar.» Gautier no ha pensado
que con un poco de trabajo se está seguro de hacer
pan, pero que con mucho estudio es muy dudoso
que se consiga hacer un hombre razonable. No ha
tenido en cuenta que esto es precisamente una
observación más en mi favor, porque la natura-
leza no nos ha impuesto trabajos necesarios sino
es cabalmente para separarnos de ocupaciones
ociosas. Pero en el desprecio que él muestra por
la agricultura se vé fácilmente que, si muchos
fuesen de su opinión, los labradores desertarían
bien pronto de los campos para ir á argumentar en
las escuelas: ocupación, según Gautier, y según

varios profesores, á lo que creo, bastante importante para la felicidad del Estado.

Razonando sobre un pasaje de Platón, presumí que tal vez los antiguos egipcios no hiciesen de las ciencias todo el caso que se hubiera podido creer. El autor de la refutación me pregunta cómo poner de acuerdo esta opinión con la inscripción que Osimandias colocó en su biblioteca. Tal dificultad hubiera podido ser buena en vida de aquel príncipe. Al presente, que ha muerto, pregunto á mi vez dónde está la necesidad de poner de acuerdo el sentimiento del rey Osimandias con el de los sabios de Egipto. Si él hubiera contado, y sobre todo pesado, las voces, ¿quién me respondería que la palabra *remedios* no la hubiera substituído por la de *venenos*? Pero dejemos á un lado la fastuosa inscripción. Tales remedios son excelentes, convengo en ello, y ya lo repetí bastantes veces; pero ¿es ello una razón para administrarlos inconsideradamente y sin tener en cuenta los temperamentos de los enfermos? Tal alimento, que es muy bueno en sí, en un estómago enfermo no produce más que indigestiones y malos humores. ¿Qué se diría de un médico que, después de hacer el elogio de algunas viandas succulentas, dedujera que todos los enfermos deben hartarse de ellas?

He hecho ver que las ciencias y las artes enervan el valor. Gautier llama á esto una manera singular de razonar, y no advierte la unión que pueda existir entre el valor y la virtud. Esto, sin embargo, no me parece una cosa tan difícil de comprender. Aquel que una vez se ha acostumbrado á preferir su vida á su deber, no tardará mucho en

preferir también las cosas que hacen la vida fácil y agradable.

He dicho que la ciencia conviene á algunos grandes genios, pero que es siempre perjudicial á los pueblos que la cultivan. Gautier dice que Sócrates y Catón, que reprobaban las ciencias, eran, sin embargo, grandes sabios, y á esto llama haberme refutado.

Añade que Sócrates era el más sabio de los atenienses, y de ahí es precisamente de donde yo saco la autoridad de su testimonio, pero ello no impide á Gautier enseñarme que Sócrates era sabio.

Me reprocha haber dicho que Catón despreció á los filósofos griegos, y se funda en que Carneades tomaba á juego el establecer y trastornar unas mismas proposiciones, lo que previno á Catón contra la literatura de los griegos. Gautier debería explicarnos cuál era el país y la profesión de este Carneades.

Sin duda que Carneades es el único filósofo ó el único sabio que se ha preciado de sostener el pró y el contra: de otro modo, lo que dice aquí Gautier no significaría nada. Yo me remito en esto á su erudición.

Si la refutación no es abundante en buenos razonamientos, en cambio lo es bastante en bellas declamaciones. El autor substituye siempre los adornos del arte á la solidez de las pruebas que prometía al comenzar, y prodigando la pompa oratoria en su refutación, me reprocha el haberla yo empleado en un discurso académico.

«¿A qué tienden, pues, dice Gautier, las elocuentes declaraciones de Rousseau?» A abolir si

fuera posible las vanas declamaciones de los colegas. «¿Quién no se sentirá indignado al oírle asegurar que tenemos las apariencias de todas las virtudes sin poseer ninguna?» Confieso que hay un poco de adulación en decir que tenemos las apariencias, pero Gautier hubiera debido mejor que nadie perdonarme esto. «¿Por qué no hay ya virtud? ¿Es porque se cultivan las bellas letras, las ciencias y las artes?» Por eso precisamente. «Si fuéramos des-cortesés, rústicos, ignorantes godos, hunos ó vándalos, seríamos dignos de los elogios de Rousseau.» ¿Por qué no? ¿Y hay entre esos nombres algunos que excluya la virtud? «¿Cuándo se dejará de invectivar á los hombres?» ¿Cuándo dejarán ellos de ser malos? «¿Se creerá hacerlos virtuosos, diciéndoles que carecen de virtud?» ¿Se creerá hacerles mejores persuadiéndoles de que son bastante buenos? «Bajo pretexto de purificar las costumbres, ¿es lícito trastornar sus apoyos?» Bajo pretexto de ilustrar los espíritus, ¿es preciso pervertir las almas? «¡Oh, dulces nudos de la sociedad, encanto de los verdaderos filósofos, amables virtudes, por vuestros propios atractivos, y sólo por ellos, reináis en los corazones! ¡No debéis vuestro imperio ni á la aspereza estóica, ni á clamores bárbaros, ni á los consejos de una orgullosa rusticidad!»

Observaré primero una cosa agradable, y es que de todas las sectas de los antiguos filósofos que he atacado como inútiles á la virtud, los estóicos son los únicos que Gautier me abandona y que hasta me parece querer poner de mi parte; tiene razón: no puedo sentirme más orgulloso.

Pero veamos si podré enunciar exactamente en otros términos el sentido de la exclamación. «¡Oh, amables virtudes, por vuestros propios atractivos reináis en las almas! No tenéis necesidad de ese gran aparato de ignorancia y rusticidad; sabéis llegar al corazón por caminos más sencillos y más naturales. Basta saber retórica, física, metafísica y matemáticas para adquirir el derecho de poseeros.»

Otra muestra del estilo de Gautier. «Sabéis que las ciencias de que se ocupan los jóvenes filósofos en las universidades son la lógica, la metafísica, la moral, la física y las matemáticas elementales.» Si lo he sabido, lo he olvidado, como hacemos todos al volvernos razonables. «¿Son éstas, á vuestro juicio, estériles especulaciones?» Estériles, según la opinión común, pero, según la mía, muy fértiles en cosas malas. «Las universidades os deben mucho por haberles enseñado que la verdad de esas ciencias se ha hundido en el fondo de un pozo.» Yo no creo haber enseñado eso á nadie, y tal sentencia no es de mi invención, es tan antigua como la filosofía. Por lo demás, yo sé que las universidades no me deben ningún reconocimiento y no ignoraba, al tomar la pluma, que no podía á un tiempo hacer la corte á los hombres y rendir homenaje á la verdad. «Los grandes filósofos, que las poseen en un grado eminente, quedaran sin duda sorprendidos al saber que no saben nada.» Creo, en efecto, que todos esos grandes filósofos que poseen todas esas grandes ciencias en un grado eminente, quedarán muy sorprendidos al saber que no saben nada; pero me sorprendería aún más si

esos hombres que saben tantas cosas llegan algún día á saber ésta.

Extraño que Gautier, que me trata siempre con la mayor cortesía, no ahorre ninguna ocasión de suscitarme enemigos; extiende sus cuidados, respecto á esto, desde los regentes de colegio hasta el poder soberano. Gautier hace bien en justificar los usos del mundo, y ya se ve que no le son extraños. Pero volvamos á la refutación.

Todas estas maneras de escribir y de razonar, que no cuadran á un hombre de tanto talento como Gautier me parece tener, me han llevado á formar una conjetura que encontraréis atrevida y que yo creo razonable. Me acusa, seguramente sin creerlo, de no estar persuadido del sentir que sostengo. Yo sospecho, con más fundamento, que él en cambio está en el secreto de mi opinión: los cargos que desempeña, las circunstancias en que se halla, le habrán puesto en una especie de necesidad de pronunciarse en contra mía. La conveniencia de nuestro siglo es buena para muchas cosas; me habrá, pues, refutado por conveniencia; pero habrá tomado toda clase de precauciones y empleado todo el arte posible para hacerlo de modo que no persuada á nadie.

Conforme á este punto de vista, comienza por declarar muy á destiempo que la causa que defiende interesa á la felicidad de la asamblea ante la que habla y á la gloria del gran príncipe, bajo cuyas leyes tiene la dulzura de vivir. Es precisamente como si dijera: «Vosotros, señores, no podeis, sin incurrir en ingratitud hacia vuestro respetable protector, dispensaros de darme la razón,

y además es vuestra propia causa la que defiendo ante vosotros. Así, por cualquier lado que miréis mis pruebas, tengo el derecho de contar con que no pondréis dificultades á su solidez.» Yo creo que el hombre que habla de este modo tiene más intención de cerrar la boca á las gentes que deseo de convencerlas.

Si leéis atentamente la refutación, apenas encontraréis en ella una sola línea que no parezca estar allí para esperar é indicar su respuesta. Un sólo ejemplo bastará para hacerme entender.

«Las victorias que los atenienses tuvieron sobre los persas y sobre los lacedemonios mismos hacen ver que las artes pueden asociarse con la virtud militar». Yo pregunto si no es esto una indicación para recordar lo que dije sobre la derrota de Jerjes y para hacerme pensar en el desenlace de la guerra del Peloponeso. «Su Gobierno, convertido en venal bajo Pericles, toma una nueva faz: el amor al placer ahoga la bravura, las funciones más honrosas son envilecidas, la impunidad multiplica los malos ciudadanos, los fondos destinados á la guerra son destinados á alimentar la mollicie y la ociosidad; pero todas estas causas de corrupción ¿qué relación tienen con las ciencias?» ¿Qué ha hecho aquí Gautier sino recordar toda la segunda parte de mi discurso donde demostré dicha relación? Observad el arte con que nos da por causas los efectos de la corrupción, á fin de empeñar á todo hombre de buen sentido en remontarse él mismo á la primera causa de estas supuestas causas. Observad también cómo para dejar reflexionar al lector finge ignorar lo que no

puede suponerse que ignore efectivamente y lo que todos los historiadores dicen con unanimidad: que la depravación de las costumbres y del Gobierno de los atenienses fué obra de los oradores. Es, pues, indudable que el atacarme de esta manera, equivale á indicarme claramente las respuestas que debo dar.

Esto no es, sin embargo, más que una conjetura que no pretendo garantizar. Gautier no aprobaría acaso que yo justificase su saber á expensas de su buena fe; pero si, en efecto, ha hablado sinceramente al refutar mi discurso, ¿cómo él, profesor de historia, profesor de matemáticas, miembro de la Academia de Nancy, no desconfía un poco de los títulos que lleva?

No replicaré, pues, á Gautier. Es cosa resuelta. No podría nunca responder seriamente y seguir la refutación al detalle, porque estaría muy poco puesto en razón reconocer los elogios con que Gautier me honra, y emplear contra él el *ridiculum acrí*, la ironía y la amarga burla. Temo ya que tenga que quejarse demasiado del tono de esta carta; por lo menos no ignoraba, al escribir su refutación, que atacaba á un hombre que no hace de la cortesía caso bastante para querer aprender de ella á disfrazar su sentir.

Por lo demás, estoy dispuesto á hacer á Gautier toda la justicia que le es debida. Su obra me parece la de un hombre de talento y que tiene bastantes conocimientos: otros encontrarán acaso en ella filosofía; en cuanto á mí, encuentro en ella mucha erudición.

Soy de todo corazón, señor, etc.

P. S. Acabo de leer en la *Gaceta de Utrecht*, del 22 de Octubre, una pomposa exposición de la obra de Gautier, y esta exposición parece hecha expresamente para confirmar mis sospechas.

Un autor, que tiene alguna confianza en su obra, deja á los demás el cuidado de hacer el elogio y se limita á hacer de ella un buen extracto: el de la refutación; ha procedido con desorientación tanta, que aunque únicamente recae sobre bagatelas que yo no había empleado más que para servir de transiciones, no hay una sola sobre la que un lector juicioso pueda estar de acuerdo con Gautier.

No es cierto, según él, que la historia saque su principal interés de los vicios de los hombres.

Yo podría dejar las pruebas de razonamiento, y para poner á Gautier en su terreno, le citaré autoridades.

«¡Felices los pueblos cuyos reyes han hecho poco ruido en la historia! Si los hombres llegaran á ser todos sabios, su historia á nadie entretendría.»

Gautier dice, con razón, que una sociedad que estuviera enteramente compuesta de hombres justos, no podría subsistir sin leyes, y deduce de esto que no es cierto que sin las injusticias de los hombres la jurisprudencia sería inútil. ¿Cómo un autor tan sabio puede confundir la jurisprudencia y las leyes?

Yo podría todavía dejar las pruebas de razonamiento, y para poner á Gautier en su terreno, le citaré hechos.

Los lacedemonios no tenían jurisconsultos ni

abogados; sus leyes tampoco estaban escritas; sin embargo, tenían leyes. Me remito á la erudición de Gautier para saber si las leyes estaban peor observadas en Lacedemonia que en los países donde abundan los hombre de ley.

No me detendré en todas las minucias que sirven de texto á Gautier y que expone en la *Gaceta*; pero acabaré por esta observación, que someto á vuestro examen.

Demos en todo la razón á Gautier, separando de mi discurso todo lo que él ataca, y mis pruebas no habrán perdido nada de su fuerza. Quitemos del escrito de Gautier todo lo que no toca al fondo de la cuestión, y no quedará en él nada.

Siempre es mi conclusión que no hay por qué responder á Gautier.

CARTA AL REY DE POLONIA,
DUQUE DE LORENA,

SOBRE LA REFUTACIÓN DEL «DISCOURS»

HECHA POR ESTE PRINCIPE

Debería más bien dar las gracias que una réplica al autor anónimo (21) que acaba de honrar mi discurso con una crítica; pero lo que debo al reconocimiento no me hará olvidar lo que á la verdad debo, y no olvidaré nunca, sobre todo, que cuantas veces se trata de algo que atañe á la razón, los hombres entran en el derecho de la naturaleza y recobran su primitiva igualdad.

El discurso á que tengo que dar satisfacción está lleno de cosas muy ciertas y muy bien probadas, á las que nada tengo que contestar, porque, aunque en él se me califique de doctor, me molestaría bastante ser del número de aquéllos que pretenden dar respuesta á todo.

Mi defensa no por eso será menos fácil, y se limitará á comparar con mi sentir las verdades con que se me quiere objetar, porque si pruebo que esas verdades no le atacan, creo que lo dejaré bastante bien defendido.

Puedo reducir á dos puntos principales todas las proposiciones establecidas por mi adversario:

el uno encierra el elogio de las ciencias y el otro trata de su abuso. Los examinaré separadamente.

Me parece, juzgando por el tono de la respuesta, que no sería difícil que yo hubiera hablado de las ciencias bastante peor de lo que hablé. Se supone en dicha respuesta que su elogio, tal como se encuentra á la cabeza de mi discurso, ha debido costarme mucho: esto, según el autor, es una confesión arrancada por la verdad y de la que no tardé en retractarme.

Si esa confesión es un elogio arrancado por la verdad, hay que creer que pienso de las ciencias todo el bien que he dicho; y todo el bien que el autor anónimo ha dicho no es en tal concepto contrario á mi sentir. Esta confesión, nota, vino arrancada por fuerza: tanto mejor para mi causa, porque eso demuestra que la verdad es en mí más fuerte que la inclinación. Pero ¿hay justicia en suponer que tal elogio sea forzado? ¿O se puede decir que está mal hecho? Sería intentar un proceso bien terrible á la sinceridad de los autores juzgarles por este nuevo principio. ¿Se quiere decir que es demasiado corto? Me parece que yo hubiera podido fácilmente decir menos cosas en más páginas. Asegúrase que me he retractado. Ignoro en qué parte he cometido esta falta, y todo lo que puedo responder es que el retractarme no ha estado en mi intención.

La ciencia es muy buena en sí: esto es evidente, y habría que renunciar al buen sentido para sostener lo contrario. El autor de todas las cosas es el origen de la verdad; saberlo todo es uno de sus divinos atributos; adquirir conocimientos y

acrecentarlos, es, pues, en algún modo participar de la suprema inteligencia. En este sentido alabo el saber, y en este sentido alabo á la vez á mi adversario. Se extiende también sobre los diversos géneros de utilidad que el hombre puede sacar de las artes y de las ciencias, y yo hubiera dicho con gusto otro tanto, si ese hubiera sido mi objeto. Así es que estamos perfectamente de acuerdo en este punto.

Empero ¿á qué se debe que las ciencias, cuyo origen es tan puro y cuyo fin es tan loable, engendren tantas impiedades, tantas herejías, tantos errores, tantos sistemas absurdos, tantas contradicciones, tantas ineptias, tantas sátiras amargas, tantas novelas miserables, tantos versos licenciosos, tantos libros obscenos, y, en aquellos que las cultivan, tanto orgullo, tanta avaricia, tanta malignidad, tantas cábalas, tantas envidias, tantas mentiras, tantas negruras, tantas calumnias, tan torpes y vergonzosas adulaciones? Yo decía que esto ocurre porque la ciencia, con ser tan bella y tan sublime como es, no está hecha para el hombre, que tiene el talento demasiado limitado para hacer en ella muchos progresos y demasiada pasión en el corazón para hacer de ella un mal uso; que es bastante, para él, estudiar bien sus deberes, y que cada cual ha recibido todas las luces que necesita para este estudio. Mi adversario confiesa, por su parte, que las ciencias llegan á ser nocivas cuando de ellas se abusa, y que algunos abusan de ellas, en efecto. En esto no decimos, según creo, cosas muy diferentes, y aún añadido que es verdad que de ellas se abusa mcho y se abusa siempre,

y no me parece que mi contradictor haya sostenido lo contrario.

Puedo, pues, asegurar que nuestros principios, y por consiguiente todas las proposiciones que de ellos se han podido deducir, no tienen nada de opuesto, y esto es lo que yo tenía que probar; sin embargo, cuando llegamos á deducir, nuestras dos conclusiones son opuestas. La mía era que, puesto que las ciencias hacen más daño á las costumbres que bien á la sociedad, hubiera sido de desear que los hombres se entregasen á ellas con menos ardor, y la de mi adversario es que, aunque las ciencias hagan mucho mal, es preciso cultivarlas, á causa del bien que á la vez hacen. Yo me refiero, no al público, sino al pequeño número de verdaderos filósofos, cuando se trata de resolver cuál de estas dos conclusiones debe preferirse.

Me resta hacer ligeras observaciones sobre algunos lugares de esta respuesta que me ha parecido faltan un poco á la justicia que admiro con gusto en los demás y que han podido contribuir al error de la consecuencia que el autor saca.

La obra comienza por algunas personalidades que yo no ensalzaré sino en tanto cuadren bien al asunto. El autor me honra con demasiados elogios, y esto es seguramente abrirme una hermosa carrera. Pero hay muy poca proporción entre estas cosas: un silencio respetuoso sobre los objetos de nuestra admiración es á menudo más conveniente que alabanzas indiscretas (22).

Mi discurso, se dice, sorprende (23). Me parece que esto pide una aclaración. Ha sorprendido también el verlo premiado: no es, sin embargo, un

prodigio ver premiados escritos mediocres. En cualquier otro sentido, esta sorpresa sería tan honrosa para la Academia de Dijón como injuriosa para la integridad de los académicos en general, y es fácil comprender cuánto podría aprovechar esto á mi causa.

Se me tacha en frases, muy agradablemente correctas, de contradicción entre mi conducta y mi doctrina, reprochándoseme el haber cultivado los estudios que condeno (24). Puesto que la ciencia y la virtud son incompatibles, como se pretende que yo me esfuerzo en probarlo, se me pregunta con un tono bastante apremiante cómo me atrevo á emplear la una declarándome por la otra.

Hay mucha finura en implicarme en la cuestión: este personalismo no puede por menos de poner obstáculos á mi respuesta ó más bien á mis respuestas, porque desgraciadamente hay más de una que dar. Tratemos, al menos, de que lo justo supla en ellas á lo agradable.

Que el cultivo de las ciencias corrompe las costumbres de una nación, es lo que yo me atreví á sostener y es lo que me atrevo á creer que he probado. Pero ¿cómo hubiera podido decir que en cada hombre en particular la ciencia y la virtud son incompatibles, yo, que exhorté á los príncipes á llamar á los verdaderos sabios á su corte y á darles su confianza, á fin de que se vea de una vez lo que pueden la ciencia y la virtud reunidas para la felicidad del género humano? Estos verdaderos sabios son en pequeño número, lo confieso, porque para usar bien de la ciencia es preciso reunir grandes talentos y grandes virtudes. Ahora

bien: esto se puede esperar de algunas almas privilegiadas, pero no se debe esperar de todo un pueblo. No cabe, pues, deducir de mis principios que un hombre no pueda ser á un tiempo sabio y virtuoso.

Aún sería menos propio acosarme personalmente en la supuesta contradicción, suponiendo existiera realmente. Yo adoro la virtud, mi corazón me lo atestigua y me dice también la distancia que hay de este amor á la práctica que hace al hombre virtuoso. Además, estoy muy lejos de tener ciencia y más aún de afectarla. Había creído que la confesión ingenua que hice al principio de mi discurso me garantizaría de esta imputación, y temía más bien que se me acusara de juzgar cosas que no conocía. Compréndase lo difícil que me sería evitar á un tiempo estos dos reproches. Más difícil, si cabe, viéndolos reunidos.

Podría referir á este propósito lo que decían los Padres de la Iglesia de las ciencias mundanas que despreciaban y de que, sin embargo, se servían para combatir á los filósofos paganos; podría citar la comparación que de tales ciencias hacían con los vasos de los egipcios, robados por los israelitas. Pero me contentaré, por última respuesta, con proponer esta cuestión: «Si alguno viniese á mi casa para matarme, y yo tuviese la suerte de apoderarme de su arma, ¿me estaría prohibido, antes que desprenderme de ella, servirme de ella para echarle de mi casa?»

Si la contradicción que se me reprocha no existe, no hay por ello que suponer que no haya querido más que distraerme con una frívola paradoja,

y esto me parece tanto menos necesario cuanto que el tono que tomé, por malo que pueda ser, no deja de ser el que se emplea en las lizas del talento.

Es tiempo de acabar con lo que me concierne: nada se gana con hablar de uno mismo; es una indiscreción que el público perdona difícilmente, hasta cuando está uno obligado á ello. La verdad es tan independiente de los que la atacan y de los que la defienden, que los autores que por ella disputan deberían olvidarse recíprocamente, lo cual ahorraría mucho papel y tinta. Pero esta regla, tan fácil de practicar uno mismo no lo es del todo frente á un adversario.

El autor, observando que yo ataco á las ciencias y á las artes por sus efectos sobre las costumbres, me responde haciendo la numeración de las utilidades que de ellas se sacan en todos los Estados, y esto es como si, para justificar á un acusado, se contentase su defensor con probar que disfruta de buena salud, que tiene mucha habilidad, ó que es muy rico. Supuesto que se me concede que las ciencias y las artes nos hacen malos, no negaré, por lo demás, que nos sean muy cómodas, circunstancia que se halla en plena conformidad con la mayor parte de los vicios.

El autor va mucho más lejos y pretende todavía que el estudio nos es necesario para admirar las bellezas del universo y que el espectáculo de la naturaleza expuesto, si no me engaño, á los ojos de todos, para instrucción de los sencillos, exige á la vez mucha instrucción en los espectadores para ser apreciado en toda su grandiosidad. Confieso que esta proposición me sorprende: ¿será que

esté ordenado á todos los hombres ser filósofos, ó que sólo á los filósofos esté ordenado creer en Dios? La Escritura nos exhorta en mil lugares á adorar la grandeza y la bondad de Dios en las maravillas de sus obras, mas no creo nos haya prescrito en ninguna parte estudiar la física, ni que el autor de la naturaleza sea menos adorado por mí, que no sé nada, que por el que conoce el cedro, el hisopo y la trompa de la mosca y la del elefante. *Non enim nos Deus ista scire, sed tantummodo uti voluit.*

Se cree siempre haber dicho lo que hacen las ciencias cuando se ha dicho lo que deberían hacer. Ello, sin embargo, me parece bastante diferente. El estudio del universo debería elevar al hombre hasta su Creador, lo sé, pero no eleva más que la vanidad humana. El filósofo que se alaba de penetrar en los secretos de Dios, se atreve á asociar su supuesta sabiduría á la sabiduría eterna; aprueba, reprueba, corrige, prescribe leyes á la naturaleza y límites á la Divinidad; y mientras que ocupado en sus vanos sistemas se toma mil trabajos para arreglar la máquina del mundo, el labrador que ve la lluvia y el sol fertilizar á su debido tiempo su campo, admira, alaba y bendice la mano de donde recibe sus beneficios, sin meterse en la manera como lo consigue. No censura las obras de Dios, y no ataca á su dueño para hacer brillar su suficiencia. Jamás la frase impía de Alfonso X penetrará en el espíritu de un hombre vulgar: semejante blasfemia estaba reservada á un sabio. Mientras que la sabia Grecia estaba llena de ateos, Eliano observaba (25) que ningún

bárbaro había puesto en duda la existencia de la Divinidad. También podemos notar hoy que no hay en toda el Asia más que un sólo pueblo letrado, que más de la mitad de ese pueblo es ateo, y que nos las hemos con la única nación de aquel continente en donde es conocido el ateísmo.

«La curiosidad, natural en el hombre (continúa), le inspira el deseo de aprender.» Debería, pues, trabajar en contenerla, como todas sus inclinaciones naturales. «Las exigencias de su espíritu le hacen sentir su necesidad.» Los conocimientos son útiles en muchos respectos: no obstante, los salvajes son hombres, y no sienten tal necesidad. «Sus empleos se la imponen como una obligación.» Más frecuente es que le impongan la de renunciar al estudio para faltar á sus deberes (26). «Sus progresos le hacen gustar su placer.» Por esto mismo, debería desconfiarse. «Sus primeros descubrimientos aumentan la avidez que tiene de saber.» Esto sucede, en efecto, á los que tienen talento. «Cuan- to más conoce el hombre, mejor comprende que tiene más conocimientos que adquirir.» Es decir, que el resultado del empleo de todo el tiempo que pierde, es excitarle á perder aún más. Pero no hay sino un pequeño número de hombres de genio en quienes la conciencia de su ignorancia se desarrolla aprendiendo, y para ellos solamente puede ser bueno el estudio. Apenas los pequeños talentos llegan á saber algo, cuando creen saberlo todo, y no hay clase de tontería que esta persuasión no les haga decir ó hacer. «Cuantos más conocimientos se adquieren, más facilidad hay de hacer bien.» Se ve que, al hablar así, el autor, más ha consul-

tado á su corazón que observado á los hombres.

Prosigue aún que es bueno conocer el mal para aprender á huir de él y que nadie puede estar seguro de su virtud sino después de haberla puesto á prueba. Estas máximas son, al menos, dudosas y susceptibles de discusión. No es cierto que para aprender á hacer el bien esté uno obligado á saber de cuántas maneras se puede hacer el mal. Nosotros tenemos un guía interior, más infalible que todos los libros, y que no nos abandona jamás en la necesidad. Esto sería bastante para conducirnos inocentemente, si quisiéramos escucharlo siempre. Y ¿quién ha dicho que esté uno obligado á probar sus fuerzas para asegurarse de su virtud, si uno de los ejercicios de la virtud es precisamente huir de las ocasiones del vicio?

El hombre sabio está continuamente en guardia y desconfía siempre de sus propias fuerzas, reservando todo su valor para la necesidad y no exponiéndose jamás á destiempo. El fanfarrón es cabalmente aquél que se vanagloria sin cesar de más de lo que puede hacer, y que, después de haber desafiado é insultado á todo el mundo, se deja pegar al primer encuentro. Yo pregunto cuál de estos dos retratos se asemeja más á un filósofo en lucha con sus pasiones.

Se me reprocha el haber tomado de los antiguos mis ejemplos de virtud. En apariencia hubiera podido encontrar aún más, si hubiera podido remontarme más arriba. He citado también un pueblo moderno, y no es culpa mía si no he encontrado más que uno. Se me reprocha asimismo, en una máxima general, paralelos odiosos, donde en-

tran, dicen, menos celo y equidad que envidia contra mis compatriotas y mal humor contra mis contemporáneos. Sin embargo, tal vez nadie ame tanto como yo á su país y á sus compatriotas. Por lo demás, no tengo más que una palabra que responder. He dicho mis razones y estas son las que es preciso pesar: en cuanto á mis intenciones, es preciso dejar su juicio á Aquel á quien únicamente pertenece darlo.

No debo pasar aquí en silencio una objección considerable que ya me ha sido hecha por un filósofo (27). «¿No es (se me dice) al clima, al temperamento, á la falta de ocasión, á la falta de objeto, á la economía del Gobierno, á las costumbres, á las ciencias, á lo que se debe atribuir esa diferencia que se observa algunas veces en las costumbres en diferentes países y en diferentes tiempos?»

Esta pregunta encierra grandes puntos de vista, y pediría explicaciones demasiado extensas para que el darlas convenga á este escrito. Por otra parte, se trataría de examinar las relaciones muy ocultas, pero muy reales, que se encuentran entre la naturaleza del Gobierno y el genio, las costumbres y los conocimientos de los ciudadanos, y esto me lanzaría en discusiones delicadas, que podrían llevarme demasiado lejos. Además, me sería muy difícil hablar de Gobierno sin hacer el juego á mi adversario, y, bien pesado todo, estas son investigaciones buenas para verificadas en Ginebra y en otras circunstancias.

Paso á una acusación más grave que la objeción precedente. La transcribiré en sus propios

términos, porque es importante ponerla fielmente á la vista del lector.

«Cuanto más examina el cristiano la autenticidad de sus títulos, más se asegura en la posesión de su creencia; cuanto más estudia la revelación, más se fortifica en la fe. En las divinas Escrituras es donde descubre su origen y su excelencia; en los doctos escritos de los Padres de la Iglesia es donde sigue de siglo en siglo su desarrollo; en los libros de moral y en los santos anales es donde se ven los ejemplos y se hace su aplicación. ¿Cabe concebir que la ignorancia arrebatase á la religión y la virtud luces tan puras, apoyos tan poderosos? ¿Sería un doctor de Ginebra quien, suplantándolas, enseñase en alta voz á qué se debe la irregularidad de las costumbres? Admiración causaría tan extraña paradoja, si no se supiera que la singularidad de un sistema, por peligroso que sea, no es otra cosa que una razón más para quien no tiene más regla que el espíritu privado.»

Me atrevo á preguntar al autor: ¿cómo ha podido, ni por un momento, dar semejante interpretación á los principios que dejé establecidos? ¿Cómo ha podido acusarme de reprobado el estudio de la religión, yo que repruebo el estudio de nuestras vanas ciencias, porque nos separa de nuestros deberes? ¿Y qué es el estudio de los deberes del cristiano sino su religión?

Yo hubiera debido reprobado expresamente todas esas pueriles sutilezas de la escolástica, con las cuales, so pretexto de explicar los principios de la religión, se aniquila el espíritu, sustituyendo el orgullo científico á la humildad cristiana. Yo hu-

biera debido sublevarme, con más fuerza aún, contra esos ministros indiscretos, que se han atrevido á poner las manos en el arca, para levantar con su débil saber un edificio sostenido por la mano de Dios. Yo hubiera debido indignarme, sobre todo, contra esos hombres frívolos, que, por sus miserables puntillos de vanidad, han envilecido la sublime sencillez del Evangelio y reducido á silogismos la doctrina de Jesucristo. Pero hoy se trata de defenderme, no de atacar.

Por la historia y por los hechos convendría terminar esta disputa. Si yo supiera exponer en pocas palabras lo que la ciencia y la religión han tenido de común desde el principio, acaso serviría ello para decidir la cuestión en este punto.

El pueblo que Dios escogió para sí, no cultivó jamás las ciencias, ni jamás se le aconsejó el estudio: no obstante, si el estudio fuese bueno para algo, habría sido aquel pueblo quien tuviera más necesidad de él. Por el contrario, sus jefes emplearon todos sus esfuerzos en tenerlo separado, tanto como era posible, de las naciones idólatras y sabias que le rodeaban: precaución poco necesaria, porque aquel pueblo, débil y grosero, era más fácil de ser seducido por las maulerías de los sacerdotes de *Baal*, que por los sofismas de los filósofos.

Después de las dispersiones frecuentes entre los griegos y los egipcios, la ciencia tuvo aún que sufrir mil trabajos para germinar en las cabezas de los hebreos. Josefo y Filon, que en cualquier otra parte no hubieran sido más que dos hombres mediocres, fueron prodigios entre ellos. Los sadú-

ceos, conocidos por su irreligión, fueron los filósofos de Jerusalén, y los fariseos, grandes hipócritas, fueron sus doctores (28). Estos, aunque casi limitasen su ciencia al estudio de la Ley (29), hacían tal estudio con todo el fausto y toda la suficiencia de los dogmáticos. Observaban también con gran cuidado todas las prácticas de la religión, pero el Evangelio nos enseña el espíritu de esta exactitud y el caso que había que hacer de ella. Por lo demás, tenían todos muy poca ciencia y mucho orgullo, y en esto se diferencian bien poco de la mayor parte de los doctores de hoy.

En el establecimiento de la Nueva Ley, no fué á sabios á quienes Jesucristo quiso confiar su doctrina y su ministerio. Siguió en su elección la predilección que había demostrado en todas las ocasiones por los pequeños y los humildes, y en las instrucciones que dió á sus discípulos no aparece una sola palabra de estudio ni de ciencia, como no sea para señalar el desprecio que por todo eso sentía.

Después de la muerte de Jesucristo, doce pobres pescadores trataron de instruir y convertir al mundo. El método de Jesucristo era sencillo: predicaba sin arte, pero con un corazón penetrado de unción y bondad, y de todos los milagros con que Dios honró su fe, el más sorprendente fué la santidad de su vida: sus discípulos siguieron este ejemplo, y el éxito fué prodigioso. Los sacerdotes paganos, alarmados, hicieron ver á los príncipes que el Estado estaba perdido, porque disminuían las ofrendas. Empezaron las persecuciones, y los perseguidores no hicieron más que acelerar el

progreso de aquella religión que querían ahogar. Todos los cristianos corrían al martirio, todos los pueblos corrían al bautismo. La historia de los primeros tiempos es un prodigio continuado.

Sin embargo, los sacerdotes de los ídolos, no contentos con perseguir á los cristianos, se pusieron á calumniarlos. Los filósofos, que no encontraban realizados sus ideales orgullosos en una religión que practicaba la humildad, se unieron á los sacerdotes. Los sencillos se hacían cristianos, es cierto, pero los sabios se burlaban de ellos; y nadie ignora con qué desprecio fué recibido el mismo San Pablo por los atenienses. Las burlas y las injurias llovían de todas partes sobre la nueva secta. Hubo que tomar la pluma para defenderla. San Justino Mártir (30) fué el primero en escribir la apología de su fe. Se atacó á la vez á los paganos, y atacarlos era vencerlos. Los primeros éxitos dieron valor á otros escritores. Bajo pretexto de exponer la torpeza del paganismo, se lanzaron muchos en la mitología y en la erudición (31), queriendo demostrar ciencia y talento. Entonces los libros aparecieron en gran multitud, y las costumbres empezaron á relajarse.

Bien pronto no se contentaron con la sencillez del Evangelio y de la fe de los apóstoles; quisieron tener más talento que sus predecesores; sutiliaron sobre todos, los dogmas; cada cual pretendió sostener su opinión; nadie quiso ceder. La ambición de ser jefe de secta se hizo sentir, y las herejías pulularon por todas partes.

El arrebató y la violencia no tardaron en unirse á la disputa. Aquellos cristianos tan dulces, que

no sabían más que presentar la garganta á los cuchillos, se convirtieron entre sí en perseguidores furiosos, peores que los idólatras; todos cayeron en los mismos excesos, y el partido de la verdad no fué sostenido con más moderación que el del error. Otro mal, aún más peligroso y que nació del mismo origen, fué la introducción de la antigua filosofía en la doctrina cristiana. A fuerza de estudiar á los filósofos griegos, se figuraron muchos ver en ellos relaciones con el cristianismo. Osaron creer que la religión llegaría á ser más respetable revestida de la autoridad de la filosofía. Fué aquél un tiempo en que era preciso ser platónico para ser ortodoxo, y poco faltó para que, Platón primero y después Aristóteles, fuesen colocados en los altares al lado de Jesucristo.

La Iglesia se levantó más de una vez contra estos abusos. Sus más ilustres defensores los deploaron más de una vez en términos llenos de fuerza y de energía; á menudo trataron de desterrar toda esta ciencia mundana que manchase la pureza de la fe. Uno de los más ilustres papas llevó el exceso de celo hasta sostener que era vergonzoso sujetar la palabra de Dios á las reglas de la gramática.

Pero en vano gritaron: arrastrados por el torrente, se vieron obligados á conformarse ellos mismos con el uso que condenaban, y la mayor parte de ellos declamaron contra el progreso de las ciencias... pero de una manera demasiado sabia para creyentes fervorosos.

Después de largas agitaciones, las cosas tomaron al fin una posición más fija. Hacia el siglo x, la

llama de las ciencias cesó de alumbrar la tierra, el clero permaneció sumido en una ignorancia que no quiero justificar, puesto que no recaía menos sobre las cosas que se deben saber que sobre las que son inútiles, pero al menos la Iglesia disfrutó en este tiempo de un poco más de reposo que hasta entonces.

A partir del renacimiento de las letras, las divisiones no tardaron en volver á comenzar más terribles que nunca. Hombres sabios iniciaron la querrela, hombres sabios la sostuvieron, y los más capaces se mostraron siempre los más obstinados. En vano fué que se establecieran conferencias entre los doctores de los diferentes partidos; ninguno llevaba á ellas el amor de la conciliación ni acaso el de la verdad; todos llevaban á ellas el deseo de brillar á expensas de su adversario; todos querían vencer, en vez de instruirse; el más fuerte imponía silencio al más débil; la disputa se terminaba siempre por injurias, y la persecución era siempre el fruto de ella. Sólo Dios sabe cuándo acabarán todos estos males.

Las ciencias están florecientes hoy; la literatura y las artes brillan entre nosotros: ¿qué provecho ha sacado de aquí la religión? Preguntémoslo á esa multitud de filósofos que se vanaglorian de no tenerla. Nuestras bibliotecas rebosan de libros de teología, y los casuístas hormigean en nuestro seno. Antes teníamos santos, y no casuístas. La ciencia se extiende y la fe se aniquila; todo el mundo quiere enseñar á hacer bien, y nadie quiere aprenderlo; todos nos hemos convertido en doctores, y hemos dejado de ser cristianos.

No, no fué con tanto arte y aparato como el Evangelio se extendió por todo el universo y su belleza deslumbradora penetró en los corazones. Ese divino libro, el único necesario á un cristiano y el más útil á cualquiera, aunque no lo sea, no tiene necesidad más que de ser meditado para llevar al alma el amor á su autor y el deseo de cumplir sus preceptos. Nunca la virtud ha hablado un lenguaje tan dulce, nunca la más profunda sabiduría se ha expresado con tanta energía y sencillez. No se deja su lectura sin sentirse mejor que antes. ¡Oh, vosotros, ministros de la Ley que me es anunciada: tomáos menos trabajo para instruirme en tantas cosas inútiles! Dejad todos esos libros sabios que no saben convencerme ni conmovirme. Prosternáos á los pies de ese Dios de misericordia que os habéis encargado de hacerme conocer y amar, y pedidle para vosotros la humildad profunda que debéis predicarme. No levantéis hasta mis ojos esa ciencia orgullosa, ni ese fausto indecente que os deshonra y me rebela; estad conmovidos vosotros si queréis que yo lo esté, y, sobre todo, mostradme en vuestra conducta la práctica de esa Ley en que pretendéis instruirme. No tenéis necesidad de saber ni de enseñarme más, y vuestro ministerio está cumplido. No hay en esto cuestión de bellas letras ó de filosofía. Así es como conviene seguir y predicar el Evangelio y así es como sus primeros defensores lo han hecho triunfar en todas las naciones, *non more aristotelico*, decían los Padres de la Iglesia, *sed piscatorio* (32).

Comprendo que voy haciéndome demasiado prolijo, pero me ha parecido que no podía dispensar-

me de extenderme un poco sobre la importancia de esto. Además, los lectores impacientes deben reflexionar que no es una cosa muy cómoda la crítica, porque donde se ataca con una palabra, se necesitan páginas para defenderse.

Paso á la segunda parte de la respuesta, sobre la que trataré de ser más corto en razones, aunque no encuentro en ella menos observaciones que hacer.

«No es de las ciencias, se me dice, es del seno de las riquezas de donde han nacido en todo tiempo la molicie y el lujo.» Yo no afirmé que el lujo naciera de las ciencias, sino que ambas cosas habían nacido juntas, y que rara vez iba el uno sin las otras. He aquí cómo comprendo esta común genealogía. El primer origen del mal es la desigualdad, y de la desigualdad han venido las riquezas, porque las palabras de pobre y de rico son relativas, y doquiera los hombres fuesen iguales, no habría pobres ni ricos. De las riquezas nacen el lujo y la ociosidad, y del lujo proceden las bellas artes, como de la ociosidad las ciencias. «En ningún tiempo las riquezas han sido la herencia de los sabios.» Por ello mismo, el mal es mayor; pues los ricos y los sabios no sirven más que para corromperse mutuamente. Si los sabios fueran más ricos, ó los ricos fueran más sabios, los unos serían menos aduladores, los otros amarían menos la adulación, y todos valdrían más. Esto puede verse en el pequeño número de los que tienen la felicidad de ser sabios y ricos á la vez. «Para un Platón en la opulencia, para un Arístipo acreditado en la corte, ¡cuántos filósofos reducidos á la capa y á la alforja, envueltos en su propia virtud é ig-

norados en su soledad!» Estoy conforme en que hay un gran número de filósofos muy pobres y seguramente muy descontentos de serlo; no dudo que sea á su pobreza á lo que la mayor parte de ellos deban su filosofía; pero cuando quiero suponerlos virtuosos, ¿será por sus costumbres, que el pueblo no ve, por lo que éste aprenderá á reformar las suyas? «Los sabios no tienen ni gusto ni tiempo para amasar grandes bienes.» Consiento en creer que no tienen tiempo. «Aman el estudio.» Aquel que no amase su oficio, sería un hombre bien loco ó bien miserable. «Viven en la medianía.» Es preciso estar extremadamente predispuesto en su favor para hacer de esto un mérito. «Una vida laboriosa y moderada, pasada en el silencio y en el retiro, ocupada en la lectura y en el trabajo, no es seguramente una vida voluptuosa y criminal.» No, por lo menos á los ojos de los hombres: todo depende del interior. Un hombre puede estar obligado á llevar tal vida, y tener, sin embargo, muy corrompida el alma, y de otra parte ¿qué importa que sea virtuoso y modesto, si los trabajos en que se ocupa alimentan la ociosidad y minan el espíritu de sus conciudadanos? «Las comodidades de la vida, que son á menudo el fruto de las artes, no son por lo común patrimonio de los artistas.» No me parece, sin embargo, que sean gentes que rehusen las comodidades, sobre todo aquellos que, ocupándose de artes completamente inútiles y por consiguiente muy lucrativas, están más en estado de procurarse todo lo que desean. «No trabajan más que para los ricos.» Dado el giro que toman las cosas, no me sorprenderá ver algún día á los ricos traba-

jando para ellos. «Y son los ricos ociosos quienes se aprovechan y abusan de los frutos de su industria.» Una vez más digo que no veo que nuestros artistas sean gentes tan sencillas y tan modestas. No podrá reinar el lujo en un orden de ciudadanos, sin que se deslice bien pronto entre todos los demás bajo diferentes modificaciones, y en todas partes haya el mismo saqueo.

El lujo corrompe á todos: al rico que goza y al miserable que codicia. No cabe decir que sea un mal en sí el llevar puños de encaje, un traje bordado y una capa esmaltada; pero lo es muy grande hacer caso de estas baratijas, estimar feliz al pueblo que las lleva y consagrar á ponerse en estado de adquirirlas un tiempo y cuidados que todo hombre debe á más nobles objetos. No necesito enseñar cuál es el oficio de aquél que se ocupa de tales cosas, para saber el juicio que debo formar de él.

Admití el hermoso retrato que se nos trazó de los sabios, y creo poder considerar como un mérito esta complacencia. Mi adversario es menos indulgente: no solamente no me concede nada de lo que puede negarme, sino que, antes que condenar lo mal que pienso de nuestra vana y falsa civilización, prefiero excusar la hipocresía. Me pregunta si yo querría que el vicio se mostrase al descubierto. Ciertamente que lo querría: la confianza y la estimación renacerían entonces entre los buenos, se aprendería á desconfiar de los malos, y la sociedad estaría más segura. Yo prefiero que mi enemigo me ataque á campo abierto á que me hiera á traición por la espalda. ¿O es que habrá que juntar el escándalo al crimen? No sé, pero

desearía que no se uniese á él la trampa. Nada más cómodo para los viciosos que todas las máximas que nos prohíben desde hace tiempo el escándalo. Si se quisiera seguirlas con rigor, sería preciso dejarse asaltar, traicionar, matar impunemente y no castigar á nadie, porque es esto un objeto más escandaloso que un esclerato en la rueda. Pero la hipocresía es un homenaje que el vicio rinde á la virtud. Sí, como el de los asesinos de César, que se prosternaban á sus pies para matarle con más seguridad. Este pensamiento ha sacado su brillo y su hermosura del nombre célebre de su autor (33), pero no por ello es más justo. ¿Se dirá nunca de un ladronzuelo, que toma la librea de una casa para dar el golpe más cómodamente, que rinde homenaje al amo de la casa que roba? No: cubrir la maldad con el peligroso manto de la hipocresía, no es honrar la virtud, es ultrajarla, profanando sus insignias; es añadir la maldad y la mentira á todos los demás vicios; es cerrarse para siempre toda orientación hacia la probidad. Hay caracteres elevados que llevan hasta el crimen un no sé qué de altivo y generoso que deja ver todavía en el interior alguna chispa de ese fuego celeste hecho para animar á las almas bellas. Pero el alma vil y rastrera del hipócrita es semejante á un cadáver en el que no se halla fuego, ni calor, ni fuentes de vida. Llamo en mi auxilio á la experiencia. Se ha visto á grandes escleratos entrar en sí mismos, acabar santamente su carrera y morir predestinados; pero lo que nadie ha visto nunca, es convertirse un hipócrita en hombre de bien: se hubiera podido razonablemente intentar la con-

versión de Cartouche, pero jamás un sabio hubiera emprendido la de Cromwell.

He atribuído al restablecimiento de las letras y de las artes la elegancia y la cortesía que reinan en nuestras maneras. El autor de la respuesta me lo disputa, lo cual no puede menos de admirarme. Puesto que hace tanto caso de la cortesía y de las ciencias, no veo la ventaja que le reportará quitar á una de estas cosas el honor de haber producido á la otra. Pero examinemos sus pruebas, que se reducen á esto: «No se ve que los sabios sean más corteses que los otros hombres; por el contrario, á menudo lo son mucho menos: luego nuestra cortesía no es obra de las ciencias.» Observaré, ante todo, que aquí se trata menos de ciencias que de literatura, de bellas artes y de obras de gusto, y nuestros talentos de este orden, tan ignorantes como se quiera, pero tan corteses, tan sociables, tan brillantes, tan entrometidos, se reconocerían difícilmente en el aire chabacano y pedantesco que el autor de la réplica les quiere dar. Pero pásémosle este antecedente; concedamos, si es preciso, que los sabios, los poetas y los grandes talentos, son igualmente ridículos; que los señores de la Academia de las Bellas Letras, los señores de la Academia de las Ciencias, los señores de la Academia Francesa, son gentes groseras que no conocen el buen tono ni los usos del mundo, y que quedan excluidos por ende de la buena compañía: el autor ganará poco con esto, y no tendrá el derecho de negar que la cortesía y la urbanidad que reinan entre nosotros sean efecto del buen gusto, tomado primeramente á los antiguos y extendido en-

tre los pueblos de Europa por los libros agradables que se publican en ella de todas partes (34). Como los mejores maestros de baile no son siempre las gentes que se presentan mejor, se pueden dar muy buenas lecciones de cortesía sin querer ó poder ser bastante cortés en sí mismo. Esos torpes comentadores que nos dicen que conocen todo en los antiguos, fuera de la gracia y la finura, no han dejado, por sus obras útiles, aunque despreciadas, de enseñarnos á sentir esas bellezas que ellos no sentían. Ocurre lo mismo con ese agrado por el comercio y esa elegancia de costumbres que se substituye á su pureza y que se hace notar en todos los pueblos donde las letras han sido honradas: en Atenas, en Roma, en China, en todas partes se ha visto la cortesía del lenguaje y de las maneras, acompañar siempre, no á los sabios y á los artistas, sino á las ciencias y á las bellas artes.

El autor ataca enseguida las alabanzas que hice de la ignorancia, y, tachándome de haber hablado más como orador que como filósofo, pinta á su vez la ignorancia, y puede comprenderse que no con bellos colores. No niego que tenga razón, pero no creo tenerla yo menos, y basta una distinción, muy justa y muy verdadera, para reconciliarnos. Hay una ignorancia feroz (35) y brutal que nace de un mal corazón y de un espíritu falso; una ignorancia criminal que se extiende hasta á los deberes de la humanidad, que multiplica los vicios, que degrada la razón, envilece el alma y hace á los hombres semejantes á las bestias: esta ignorancia es la que el autor ataca y de la que hace un retrato tan odioso como exacto. Hay otra

especie de ignorancia razonable que consiste en limitar nuestra curiosidad á la extensión de las facultades que hemos recibido; una ignorancia modesta, que nace de un vivo amor á la virtud y que sólo respira indiferencia hacia todas las cosas que no son dignas de llenar el corazón del hombre y no contribuyen á hacerlo mejor; una dulce y preciosa ignorancia, tesoro de un alma pura y contenta de sí, que pone toda su felicidad en replegarse sobre sí misma, en hacerse testigo de su inocencia, sin que tenga necesidad de buscar una falsa y vana felicidad en la opinión que los otros podrían tener de sus luces: he aquí la ignorancia que yo alabo y la que pido al cielo en castigo del escándalo que he causado á los doctos por mi desprecio declarado por las ciencias humanas.

«Comparemos (dice el autor) á los tiempos de ignorancia y de barbarie esos siglos felices en que las ciencias han extendido por todas partes el espíritu de orden y de justicia.» Estos siglos felices serían difíciles de encontrar, pero se les encontrará más fácilmente allí donde, gracias á las ciencias, *orden y justicia* no serán más que nombres vanos inventados para imponerse al pueblo y donde la apariencia habrá sido conservada cuidadosamente para destruirlos con más impunidad. «En nuestros días las guerras son menos frecuentes, pero más justas.» En cualquier tiempo que sea, ¿cómo podrá ser la guerra más justa en uno de los partidos, sin ser más injusta en el otro? Yo no puedo concebir esto. «Acciones menos sorprendentes, pero más heroicas.» Nadie seguramente disputará á mi adversario el derecho de juzgar del heroísmo; pero

¿quiere que lo que no le sorprende á él no nos sorprenda á nosotros? «Victorias menos sangrientas, pero más gloriosas; conquistas menos rápidas, pero más seguras; guerreros menos violentos, pero más temibles, que saben vencer con moderación, que tratan á los vencidos con humanidad, cuya único guía es el honor y cuya única recompensa es la gloria.» Yo no niego al autor que haya grandes hombres entre nosotros, y que le sería muy fácil presentar de ello la prueba, lo cual no impide que los pueblos estén muy corrompidos. Por lo demás, estas cosas son tan vagas, que casi se podrían decir en todos los tiempos, y es imposible responder á ellas, porque se necesitaría hojear bibliotecas y hacer infolios para establecer el pro y el contra.

Cuando Sócrates maltrató á las ciencias no pudo, según creo, tener á la vista el orgullo de los estoicos, ni la molicie de los epicúreos, ni la absurda jerga de los pirronianos, porque ninguna de estas sectas existía en su tiempo. Pero este ligero anacronismo no es indecoroso para mi adversario: él ha empleado su vida en algo mejor que en comprobar fechas, y no está más obligado á saber de memoria su Diógenes Laercio, que yo á haber visto lo que pasa en los combates.

Convengo, pues, en que Sócrates no ha pensado más que en revelar los vicios de los filósofos de su tiempo, pero deduzco que ya en ese tiempo los vicios pululaban con los filósofos. A esto se me responde que se trata del abuso de la filosofía, y yo no creo haber dicho lo contrario. ¿Habrà que suprimir todas las cosas de que se abusa? Sí, sin duda, responderé sin titubear, á lo menos todas

aquellas que son inútiles, y cuyo abuso hace más daño que provecho su uso.

Detengámonos un instante en la última consecuencia, conviene á saber: cuán absurdo sería hoy deducir que debiéramos quemar todas las bibliotecas y destruir las academias y las universidades. No haríamos más que volver á sumergir á Europa en la barbarie, y las costumbres nada ganarían con ello (36). Con sumo dolor voy á pronunciar una grande y fatal verdad: No hay más que un paso del saber á la ignorancia, y la alternativa de uno á otra es frecuente en las naciones, pero jamás se ha visto á un pueblo corrompido volver á la virtud. En vano pretenderéis destruir los orígenes del mal; en vano prohibiréis los alimentos de la sociedad, de la ociosidad y del lujo; en vano volveréis á traer á los hombres á la igualdad, conservadora de la inocencia y origen de toda virtud; una vez corrompidos sus corazones, lo serán para siempre; no hay remedio al mal, á menos de traer y provocar una gran revolución, casi tan temible como el mal que pudiera curar, revolución que es reprochable desear é imposible prever.

Dejemos á las ciencias y á las artes endulzar en algún modo la ferocidad de los hombres que han corrompido; tratemos de ocuparles en una diversión prudente, y procuremos que cambien en lo posible sus pasiones. Ofrezcamos algunos alimentos á esos tigres, á fin de que no devoren á nuestros hijos. La ilustración del malvado es menos de temer que su brutal estupidez: por lo menos, le hace más circunspecto sobre el mal que puede hacer, por el conocimiento que tiene del que recibirá.

Alabé á las academias y á sus ilustres fundadores, y repetiré con gusto el elogio. Cuando el mal es incurable, el médico aplica paliativos y proporciona los remedios menos á las necesidades que al temperamento del enfermo. Corresponde á los legisladores sabios imitar su prudencia, y no pudiendo proporcionar á los pueblos enfermos la más excelente política, darles al menos, como Solón, la que mejor puedan soportar.

Hay en Europa un gran príncipe, y lo que vale más, un virtuoso ciudadano, quien, en la patria que ha adoptado y que hace feliz, acaba de formar varias instituciones en favor de las letras (37). Hace en esto una cosa muy digna de su sabiduría y de su virtud. Cuando se trata de establecimientos políticos, el tiempo y el lugar son los que deciden de todo. Es preciso, para sus propios intereses, que los príncipes favorezcan siempre las ciencias y las artes (ya he dicho la razón), y en el estadô presente de las cosas, es preciso hasta que las favorezcan en interés mismo de los pueblos. Si hubiese actualmente entre nosotros algún monarca bastante limitado para pensar y obrar de diferente manera, sus súbditos permanecerían pobres é ignorantes y no serían menos viciosos. Mi adversario ha descuidado el sacar ventaja de un ejemplo tan sorprendente y tan favorable en apariencia á su causa; acaso es él sólo quien lo ignora ó quien no ha pensado en ello. Sufra, pues, que se lo recuerde; no rehuse á grandes cosas los elogios que les son debidos; admírelas como yo y no se mantenga más fuerte contra las verdades que ataca.

ULTIMA RESPUESTA A BORDES (38)

Ne, dum tacemus, non vere-
cundiæ sed diffidentiae causa
tacere videamur.
CIPRIANO, *Contra Demetrium.*

Con extremada repugnancia entretengo con mis disputas á los lectores ociosos, que se cuidan muy poco de la verdad; pero la manera como acaba de ser atacada me obliga á tomar su defensa una vez más, á fin de que mi silencio no sea tomado por la multitud por una confesión de impotencia ni por desdén hacia los filósofos. Es preciso que me repita, lo comprendo, y el público no me lo perdonará. Pero los sabios dirán: «Este hombre no necesita buscar nuevas razones, y ello es una prueba de la solidez de las suyas» (39).

Como aquellos que me atacan no dejan nunca de apartarse de la cuestión y de suprimir las distinciones esenciales que propuse, es necesario siempre comenzar por traerlos á ella. He aquí, pues, un sumario de las proposiciones que he sostenido y que sostendré siempre, pues no consultaré otro interés que el de la verdad.

Las ciencias son las obras maestras del genio y de la razón. El espíritu de imitación ha producido las bellas artes, y la experiencia las ha perfeccionado. Somos deudores á las artes mecánicas de

un gran número de invenciones útiles, que han añadido á los encantos y á las comodidades de la vida. He aquí verdades en las que yo convengo de muy buena gana seguramente. Pero consideremos ahora todos estos conocimientos con relación á las costumbres (40).

Si inteligencias celestes cultivasen las ciencias, no resultaría de ello más que bien, y digo otro tanto de los grandes hombres que las han cultivado para guiar á los demás. Sócrates, sabio y virtuoso, fué el honor de la humanidad; pero los vicios de los hombres vulgares envenenan los más sublimes conocimientos y los hacen perniciosos á las naciones: los malos sacan de ellos muchas cosas nocivas, y los buenos sacan poca ventaja. Si otro, que no hubiese sido Sócrates, se hubiera vanagloriado de ser filósofo en Atenas, la sangre de un justo no habría gritado venganza contra la patria de las ciencias y de las artes (41).

Cuestión sujeta á examen es la de saber si sería ventajoso á los hombres poseer la ciencia, suponiendo que lo á que ellos dan este nombre lo merezca en efecto, pero es una locura pretender que las quimeras de la filosofía, los errores y las mentiras de los filósofos, puedan nunca ser buenas para nada. ¿Seremos siempre engañados con palabras, y no comprenderemos jamás que estudios, conocimientos, saber y filosofía, no son más que vanos simulacros elevados por el orgullo humano é indignos en grado sumo del nombre pomposo que se les da?

A medida que el gusto por estas simplezas se extiende en una nación, piérdese el de las sólidas

virtudes, porque cuesta menos distinguirse por la cháchara que por buenas costumbres, y se queda dispensado de ser hombre de bien siempre que se sea un hombre agradable.

Cuanto más se corrompe el interior, más el exterior se compone (42). Así es como la cultura de las letras engendra insensiblemente la cortesía. El buen gusto nace también del mismo origen. Siendo la aprobación pública el primer premio de los trabajos literarios, es natural que aquellos que se ocupan en ellos reflexionen sobre los medios de agradar, y estas reflexiones son las que á la larga forman el estilo, depuran el gusto y extienden por todas partes la gracia y la urbanidad. Todas estas cosas serán, si se quiere, el suplemento de la virtud, pero jamás se podrá decir que sean la virtud, y rara vez se asociarán á ella. Habrá siempre entre ambas cosas la siguiente diferencia: que el que se hace útil, trabaja para los demás, y el que no piensa más que en hacerse agradable, sólo trabaja para sí. El adulador, por ejemplo, no economiza ningún cuidado para agradar, y, sin embargo, no hace más que mal.

La vanidad y la ociosidad que han engendrado nuestras ciencias, han engendrado también el lujo. El gusto del lujo acompaña siempre al de las letras, y el gusto de las letras acompaña con frecuencia al del lujo (43). Ambas cosas son fieles compañeras, porque son obra de los mismos vicios.

Si la experiencia no concuerda con estas proposiciones demostradas, será preciso buscar las causas de esta contradicción. Pero si la primera idea de estas proposiciones ha nacido de una larga

meditación sobre la experiencia, para ver hasta qué punto la experiencia las confirma, bastará abrir los anales del mundo.

Los primeros hombres fueron muy ignorantes. ¿Cómo se atreve nadie á decir que estaban corrompidos en tiempos en que las fuentes de la corrupción no se habían abierto aún?

A través de la obscuridad de los antiguos tiempos y la rusticidad de los antiguos pueblos, se observa en algunos de ellos grandes virtudes, sobre todo una severidad de costumbres que es una señal infalible de su pureza, la buena fe, la hospitalidad la justicia, y lo que es muy importante, un gran horror á la disolución (44), madre fecunda de todos los demás vicios. La virtud no es, pues, incompatible con la ignorancia.

No quiero decir que sea siempre su compañera, porque varios pueblos muy ignorantes han sido y son muy viciosos. La ignorancia no es un obstáculo ni al bien ni al mal: es solamente el estado natural del hombre (45).

No podrá decirse otro tanto de la ciencia. Todos los pueblos sabios han sido corrompidos, y este es ya un terrible prejuicio contra ella. Pero como las comparaciones de pueblo á pueblo son difíciles, y es preciso hacer entrar en ellas un gran número de objetos, lo que hace que falte siempre exactitud por algún lado, es mucho más seguro lo que se logra siguiendo la historia de un mismo pueblo y comparando los progresos de sus conocimientos con las revoluciones de sus costumbres. Ahora bien: el resultado de este examen es que el gran tiempo, el tiempo de la virtud de cada pue-

blo, ha sido el de su ignorancia, y que á medida que se ha hecho sabio, artista y filósofo, ha perdido la probidad de sus costumbres, y ha descendido en este respecto al rango de las naciones ignorantes y viciosas, que son la vergüenza de la humanidad. Si se persiste en buscar diferencias, puedo reconocer una, y hela aquí: que todos los pueblos bárbaros, aun aquellos que carecen de virtud, honran siempre, sin embargo, la virtud, al contrario de los pueblos sabios y filósofos, que, á fuerza de progreso, consiguen al fin hacerla ridícula y despreciable. Cuando una nación llega una vez á este punto, puede decirse que la corrupción alcanza su colmo y que no cabe esperar remedios.

Tal es el sumario de los conceptos que he adelantado y de que creo haber dado las pruebas. Veamos ahora el de la doctrina que se me opone.

«Los hombres son malos naturalmente; han sido tales antes de la formación de las sociedades; y en todas las partes á que las ciencias no han llevado su luz, los pueblos abandonados á las solas *facultades del instinto*, reducidos, como los leones y los osos, á una vida puramente animal, han permanecido sumergidos en la barbarie y en la miseria.»

«Grecia sólo, en los antiguos tiempos, pensó y se elevó *por el talento* á todo lo que puede hacer á un pueblo recomendable. Los filósofos formaron sus costumbres y le dieron leyes.»

«Esparta, es verdad, fué pobre é ignorante por tradición y por elección, pero sus leyes tenían grandes defectos, sus ciudadanos una gran inclinación á dejarse corromper, su gloria fué poco

sólida, y perdió bien pronto sus instituciones, sus costumbres y sus leyes.»

«Atenas y Roma degeneraron también. La una cedió á la fortuna de Macedonia, y la otra sucumbió bajo su propia grandeza, porque las leyes de una pequeña ciudad no eran idóneas para gobernar al mundo. Si ha sucedido alguna vez que la gloria de los grandes imperios no haya durado largo tiempo con la de las letras, es que estaban en su apogeo cuando las letras fueron cultivadas en ellos y es que el destino de las cosas humanas ha consistido siempre en no durar mucho tiempo en el mismo estado. Concediendo, pues, que la alteración de las leyes y de las costumbres haya influido sobre esos magnos acontecimientos, no por ello se podría convenir en que las ciencias y las artes hayan contribuido á la alteración, y se debe observar, por el contrario, que el progreso y la decadencia de las letras está siempre en proporción con la fortuna y la decadencia de los imperios.»

«Esta verdad se confirma por la experiencia de los últimos tiempos, en que se ve en una monarquía, vasta y poderosa, la prosperidad del Estado, la cultura de las ciencias y de las artes y la virtud guerrera concurrir á la vez á la gloria y á la grandeza del imperio.»

«Nuestras costumbres son las mejores que se pueden tener; varios vicios han sido proscritos de entre nosotros; los que nos quedan pertenecen fatalmente á la humanidad, y las ciencias no han tomado parte alguna en ellos.»

«El lujo nada tiene de común con los mismos, y así, los desórdenes que puede causar no deben

serle atribuidos. Además, el lujo es necesario en los grandes Estados, pues hace más bien que mal, siendo útil para ocupar á los ciudadanos ociosos y dar pan á los pobres.»

«La cortesía debe ser más bien contada en el número de las virtudes que en el de los vicios, por cuanto impide á los hombres presentarse tales como son: precaución necesaria para que se hagan soportables los unos á los otros.»

«Las ciencias rara vez alcanzan el fin que se proponen, pero al menos lo intentan. El que se avance á pasos lentos en el conocimiento de la verdad, no impide que se haga algún progreso.»

«En fin, aun cuando fuere cierto que las ciencias y las artes aminoran el valor, los bienes infinitos que ellas nos procuran, ¿no serían siempre preferibles á esa virtud bárbara y feroz que hace estremecer á la humanidad?» Paso por alto la inútil y pomposa revista de tales bienes, y para comenzar sobre este último punto por una confesión propia para prevenir al lector contra toda charla, declaro una vez para siempre que si algo puede compensar la ruina de las costumbres, estoy dispuesto á convenir en que las ciencias hacen más bien que mal. Vengamos ahora al resto.

Yo podría, sin mucho riesgo, suponer probado todo lo que el autor dice, puesto que, de tantos asertos tan atrevidamente avanzados, hay muy pocos que toquen al fondo de la cuestión, y menos aún se puede sacar de ellos, contra mi sentir, alguna conclusión valedera, fuera de que la mayor parte de ellos suministrarían nuevos argumentos en mi favor, si es que mi causa los necesita.

En efecto, si los hombres son malos por naturaleza, puede suceder, si se quiere, que las ciencias produzcan algún bien entre sus manos; pero es muy cierto que harán mucho más mal: no se puede dar armas á los furiosos.

Si las ciencias alcanzan rara vez su fin, habrá siempre, en su cultivo, mucho más tiempo perdido que tiempo bien empleado. Y aun cuando fuese cierto que hubiéramos hallado los mejores métodos, la mayor parte de nuestros trabajos serían aún tan ridículos como los de un hombre que, muy seguro de seguir exactamente le línea perpendicular, quisiera sumir perpendicularmente un pozo hasta el centro de la tierra.

No hay por qué asustarse tanto de la vida puramente animal, ni considerarla como el peor estado en que podamos caer, porque valdría más parecerse á una oveja que á un ángel malo.

Grecia fué deudora de sus costumbres y de sus leyes á filósofos y á legisladores. Lo sé. Ya he dicho cien veces que es bueno que haya filósofos, por cuanto que el pueblo no lo es.

No atreviéndose á adelantar que Esparta no tenía buenas leyes, el autor reprueba en las leyes de Esparta el haber tenido grandes defectos; de suerte que, para redargüir á los reproches que hago á los pueblos sabios de estar siempre corrompidos, se acusa á los pueblos ignorantes de no haber alcanzado la perfección.

El progreso de las letras está siempre en proporción con la grandeza de los imperios. Sea. Veo que se me habla siempre de fortuna y de grandeza. Yo hablo de costumbres y de virtud.

Nuestras costumbres son las mejores que hombres malos como nosotros pueden tener: eso tal vez. Hemos proscrito varios vicios: no diré lo contrario. No acuso á los hombres de este siglo de tener todos los vicios, pues no tienen más que los de las alma flojas, y son solamente embusteros y pícaros. En cuanto á los vicios que suponen valor y firmeza, los creo incapaces de ellos.

El lujo puede ser necesario para dar pan á los pobres, pero si no hubiera lujo, no habría pobres (46). Ocupa á los ciudadanos ociosos. ¿Y por qué hay ciudadanos ociosos? Cuando la agricultura era un honor, no había miseria ni ociosidad, y existían muchos menos viciosos.

Veo que se tiene en bastante esta causa del lujo, y que se finge, sin embargo, querer separar de él á las ciencias y á las artes. Convendré, pues, ya que se lo quiere tan absolutamente, en que el lujo sirva al sostén de los Estados, como las caríatides sirven á sostener los palacios que decoran, ó más bien, como esas vigas con que se apuntalan los edificios podridos y que á menudo acaban por derribarlos. Hombres sabios y prudentes, salid de toda casa que se apuntala.

Esto puede demostrar cuán fácil me sería volver en mi favor la mayor parte de las cosas que se me pretenden oponer, pero hablando francamente no las encuentro lo bastante bien probadas para tener la osadía de valerme de ellas.

Se adelanta que los primeros hombres fueron malos, de donde se infiere que el hombre es malo naturalmente (47). Esto no es una aserción de importancia ligera, y me parece que bien valía la

pena que se la probase. Los anales de todos los pueblos que se citan en prueba de ella, son mucho más favorables á la suposición contraria, y se requerirían muchos testimonios para hacerme creer en un absurdo. Antes que esas palabras horribles de *tuyo* y *mío* fuesen inventadas; antes que existiese esa especie de hombres crueles y brutales, que se llaman amos, y esa otra especie de hombres pícaros y mentirosos, que se llaman esclavos; antes que hubiese hombres lo bastante abominables para atreverse á poseer lo supérfluo, en tanto que otros hombres se mueren de hambre; antes que una dependencia mutua les obligase á todos á convertirse en mentirosos, celosos y traidores, querría que se me explicara en qué podían consistir los vicios, esos crímenes que se les reprochan con tanto énfasis. Se me asegura que hace tiempo que todo el mundo está desengañado de la quimera de la edad de oro. ¿Por qué no añadir que hace tiempo también que está desengañado de la quimera de la virtud?

He dicho que los primeros griegos fueron virtuosos antes que la ciencia les hubiese corrompido, y no quiero retractarme en este punto, aunque mirándolo de más cerca, no dejo de desconfiar de la solidez de las virtudes de un pueblo tan charlatán, ni de la justicia de los elogios que tanto gustaba prodigarse, y que no veo confirmados por ningún otro testimonio. ¿Qué se me opone á esto? Que los primeros griegos, cuya virtud he alabado, eran ilustrados y sabios, puesto que los filósofos formaron sus costumbres y les dieron leyes. Pero con esta manera de razonar, ¿quién me impedirá decir

otro tanto de todas las demás naciones? ¿Por ventura no han tenido los persas sus magos, los asirios sus caldeos, los indios sus gimnosofistas, los celtas sus druidas? ¿No ha brillado Mosco entre los fenicios, Atlas entre los libios, Zoroastro entre los mazdeos, Zamolxis entre los tracios? ¿Y acaso no son varios los que han pretendido que la filosofía había nacido entre los bárbaros? ¿Eran, pues, sabios todos estos pueblos? «Al lado de los Milciades y de los Temístocles, se hallaban (me dicen) los Aristides y los Sócrates.» Al lado, si se quiere, pues ¿qué me importa? Sin embargo, Milciades, Aristides y Temístocles, que eran héroes, vivían en un tiempo, Sócrates y Platón, que eran filósofos, vivían en otro, y cuando se comenzó á abrir escuelas públicas de filosofía, Grecia, envilecida y degenerada, había ya renunciado á la virtud y vendido su libertad.

«La soberbia Asia vió destrozadas sus innumerables fuerzas por un puñado de hombres cuya filosofía les conducía á la gloria». Es verdad: la filosofía del alma conduce á la verdadera gloria; pero ésta no se aprende en los libros. «Tal es el infalible efecto de los conocimientos del espíritu». Ruego al lector esté atento á esta conclusión: las costumbres y las leyes son el único origen del verdadero heroísmo; las ciencias, pues, ¿nada tienen que hacer aquí? «En una palabra: Grecia lo debió todo á las ciencias, y el resto del mundo lo debió todo á Grecia.» Ni Grecia ni el mundo debieron, pues, nada á las leyes y á las costumbres. Pido perdón á mis adversarios, pero no hay medio de pasarles tales sofismas.

Examinemos un momento más esa preferencia que se pretende dar á Grecia sobre todos los demás pueblos y de la que parece que se ha hecho un punto capital. «Admiraré, si se quiere, á pueblos que pasen su vida en la guerra ó en los bosques, que se acuesten en la tierra y que se alimenten de legumbres». Esta admiración es, en efecto, muy digna de un verdadero filosofo: tan sólo al vulgo ciego y estúpido pertenece y corresponde admirar á los que pasan su vida, no en defender su libertad, sino en robarse y traicionarse mutuamente, para satisfacer su molicie ó su ambición, y que se atrevan á alimentar su ociosidad con el sudor, la sangre y los trabajos de un millón de desgraciados. «Pero ¿es entre esos hombres groseros donde se irá á buscar la felicidad?» Se la buscaría entre ellos con mucha más razón que la virtud entre los otros. «¿Qué espectáculo nos presentaría el guerrero humano compuesto únicamente de labradores, soldados, cazadores y pastores?» Un espectáculo infinitamente más hermoso que el del género humano compuesto de cocineros, poetas, impresores, plateros, pintores y músicos. No hay más que la palabra *soldado* que sea preciso borrar del primer cuadro. La guerra es algunas veces un deber y no está hecha para ser un oficio. Todo hombre debe de ser soldado para la defensa de su libertad; ninguno debe serlo para invadir la de otro, y morir sirviendo á la patria es un empleo muy bello para confiarlo á mercenarios. «¿Es preciso, pues, para ser dignos del nombre de hombres, vivir como los leones y los osos?» Si tengo la dicha de encontrar un sólo lector imparcial y ami-

go de la verdad, le suplico eche una mirada sobre la sociedad actual, y observe en ella quiénes son los que viven entre sí como los leones y los osos, como los tigres y los cocodrilos. «¿Eregiránse en virtudes las facultades del instinto para alimentarse, perpetuarse y defenderse?» Son virtudes, no hay duda, cuando están guiadas por la razón y sabiamente ordenadas, y, sobre todo, son virtudes cuando se emplean en la asistencia á nuestros semejantes. «No veo aquí más que virtudes animales, poco conformes con la dignidad de nuestro ser. El cuerpo estará ejercitado, pero el alma, esclava, no hará más que debilitarse y languidecer». Yo diría, con gusto, recorriendo las fastuosas investigaciones de nuestras academias: no veo aquí más que ingeniosas sutilezas, poco conformes con la dignidad de nuestro ser; el espíritu está ejercitado, pero el alma esclava no hace más que debilitarse y languidecer. «Quitad las artes del mundo, nos dicen también, y ¿qué queda en él? Los ejercicios del cuerpo y las pasiones.» ¡Ved, os ruego, cómo la virtud y la razón continúan siendo olvidados! «Las artes han dado el ser á los placeres del alma, únicos que son dignos de nosotros». Es decir, que estos han sustituido á los otros, á los de hacer bien, mucho más dignos de nosotros aún. Penétrese el espíritu de todo esto, y se advertirá en los razonamientos de la mayor parte de mis adversarios un entusiasmo tan marcado por las maravillas del entendimiento, que esa otra facultad, infinitamente más sublime y capaz de elevar y de ennoblecer el alma, jamás es tenida en cuenta. He aquí el efecto siempre in-

discutible de la cultura de las letras. Estoy seguro de que no hay actualmente un sabio que no estime mucho más la elocuencia de Cicerón que su celo patriótico, y que no hubiera preferido infinitamente más el haber compuesto las *Catilinarias* que el haber salvado á su país.

El embarazo de mis adversarios es visible siempre que es preciso hablar de Esparta. ¡Qué no darían por que esta fatal Esparta jamás hubiese existido, ellos, que pretenden que las grandes acciones no son buenas más que cuando son celebradas! ¡A qué precio no querrían que las suyas no lo hubiesen sido jamás! ¡Es cosa terrible que en medio de aquella famosa Grecia, que no debía, dicen, su virtud más que á la filosofía, el Estado donde la virtud ha sido más pura y ha durado más tiempo, haya sido precisamente aquél donde no había filósofos! Las costumbres de Esparta han sido siempre propuestas como ejemplo á toda la Grecia: toda la Grecia estaba corrompida, y había aún virtud en Esparta: toda la Grecia era esclava, y Esparta sola era todavía libre: esto es desolador. Pero, en fin, la altiva Esparta perdió sus costumbres y su libertad, como las había perdido la sabia Atenas. Esparta acabó. ¿Qué puedo responder á esto?

Dos observaciones más sobre Esparta y paso á otra cosa. He aquí la primera. «Después de haber estado varias veces á punto de vencer, Atenas fué vencida, es cierto, y sorprendente que no lo haya sido antes, puesto que la Atica era un país completamente abierto y que no podía defenderse más que por la superioridad del

éxito.» Atenas hubiera debido de vencer por toda clase de razones. Era mucho más grande y estaba más poblada que Lacedemonia, tenía grandes rentas y varios pueblos eran tributarios suyos: Esparta no contaba con nada de esto. Atenas, sobre todo por su posición, tenía una ventaja de que Esparta estaba privada, que la puso en estado de asolar varias veces al Peloponeso y que debía asegurar el imperio de Grecia. Esta ventaja, era un puerto vasto y cómodo, con más una marina formidable de que era deudora á la previsión del «rústico» Temístocles, que no sabía tocar la flauta. Podría, pues, sorprender que Atenas, con tantas ventajas, haya sucumbido al fin. Pero, aunque la guerra del Peloponeso, que arruinó á Grecia, no haya hecho honor ni á una ni á otra república, y aunque, sobre todo, haya que echar á la parte de los lacedemonios una infracción de las máximas de su sabio legislador, no hay que admirarse de que, á la larga, el verdadero valor haya predominado sobre los recursos, ni tampoco de que la reputación de Esparta le haya dado varios que le facilitaron la victoria. A la verdad, me avergüenzo de saber estas cosas y de verme obligado á decirlas.

La otra observación no será menos notable. He aquí el texto que creo deber poner á la vista del lector. «Supongamos que todos los Estados de que estaba compuesta Grecia, hubiesen seguido las mismas leyes que Esparta: ¿qué nos quedaría de aquella comarca tan celebrada? Apenas hubiese llegado su nombre hasta nosotros. Habría desdeñado formar historias para transmitir su gloria á la posteridad; el espectáculo de sus bárbaras virtudes hu-

biera sido perdido para nosotros, y por consiguiente, nos sería indiferente que hubiesen existido ó no. Los numerosos sistemas de filosofía, que han agotado todas las combinaciones posibles de nuestras ideas, y que, si no han extendido mucho los límites de nuestro espíritu, nos han enseñado al menos donde están fijados; esas obras maestras de elocuencia y poesía, que nos han revelado todos los caminos del corazón; las artes útiles ó agradables, que embellecen la vida; en fin, la inestimable tradición de los pensamientos y de las acciones de todos los grandes hombres, que han hecho la gloria ó la felicidad de sus semejantes: todas estas preciosas riquezas del espíritu hubiesen sido perdidas para siempre. Los siglos se habrían acumulado, las generaciones de los hombres se habrían sucedido como las de los animales, sin ningún fruto para la posteridad, y no habrían dejado tras sí más que un recuerdo confuso de su existencia. El mundo habría envejecido, y los hombres permanecerían en una eterna infancia.»

Supongamos á nuestra vez que un lacedemonio, penetrado de la fuerza de estas razones, hubiese querido exponerlas á sus compatriotas, y tratemos de imaginar el discurso que hubiera podido pronunciar en la plaza pública de Esparta: «Ciudadanos, abridlos ojos y salid de vuestra ceguera. Veo con dolor que no trabajáis más que para adquirir la virtud, ejercer vuestro valor y mantener vuestra libertad, y, sin embargo, olvidáis el deber más importante de entretener á los ociosos de las razas futuras. Decidme: ¿para qué puede ser buena la virtud, sino es para hacer ruido en el mundo? ¿De

qué os habrá servido ser buenos, si nadie hablará de vosotros? ¿Qué importará á los siglos venideros que os hayáis entregado á la muerte en las Termópilas, por la salvación de los atenienses, si no dejáis, como ellos, ni sistemas de filosofía, ni versos, ni comedias, ni estatuas (48)? Tratad, pues, de abandonar leyes, que no son buenas más que para haceros felices; no penséis más que en hacer hablar mucho de vosotros, cuando ya no existáis; y no olvidéis jamás que, si no se celebrara á los grandes hombres, sería inútil serlo.»

He aquí, según creo, lo que poco más ó menos hubiera podido decir el hipotético lacedemonio, si los eforos le hubiesen dejado acabar.

No es en este lugar solamente donde se nos advierte que la virtud no es buena más que para hacer hablar de sí. En otros, se nos ensalzan también los pensamientos del filósofo, porque son inmortales y están consagrados á la admiración de todos los siglos, «en tanto que los otros ven desaparecer sus ideas con el día, la circunstancia, el momento, que las ha visto nacer. En las tres cuartas partes de los hombres, el mañana borra el ayer, sin que de él quede la menor huella». ¡Ah, queda al menos alguna en el testimonio de la recta conciencia, en las desgracias que se han aliviado, en las buenas acciones que se han cumplido y en la memoria de ese Dios bienhechor á quien se ha servido en silencio! «Muerto ó vivo, decía Sócrates, el hombre de bien no es jamás olvidado de los dioses».

Se me responderá, tal vez, que no es de esa clase de pensamiento de las que se ha querido

hablar, y yo digo que todas las demás no vale la pena que de ellas se hable.

Es fácil comprender que, haciendo tan poco caso de Esparta, apenas se demuestre más estimación hacia los antiguos romanos. «Se persiste en creer que eran grandes hombres, aunque no hiciesen más que cosas pequeñas». Con este criterio, confieso que hace mucho tiempo que no se han hecho cosas grandes. Se reprocha á su temperancia y á su valor no haber sido verdaderas virtudes, sino cualidades forzadas (49). Sin embargo, unas páginas después se confiesa que Fabricio despreciaba el oro de Pirro, y no se puede ignorar que la historia romana está llena de ejemplos de la facilidad que hubiesen tenido para enriquecerse aquellos magistrados y aquellos guerreros venerables, que hacían tanto caso de su pobreza (50). En cuanto al valor, ¿no es sabido que la cobardía no oye razones y que un cobarde no deja de huir, aunque esté seguro de ser muerto en la fuga? Querer, dicen, invocar «en los grandes Estados las pequeñas virtudes de las pequeñas repúblicas, equivale á obligar á un hombre robusto y fuerte á balbucear en una cuna.» He aquí una frase que no debe ser nueva en las cortes. Hubiera sido muy digna de Tiberio ó de Catalina de Médicis, y no dudo que uno y otra hayan empleado á menudo frases parecidas.

No cabe imaginar que se mida la moral con un instrumento de agrimensor. Sin embargo, no podría decirse que la extensión de los Estados sea completamente indiferente á las costumbres de los ciudadanos. En verdad que, de haber alguna proporción entre ambas cosas, esta proporción no

sería inversa (51). He aquí una importante cuestión que meditar y creo que se la puede mirar como indecisa, á pesar del tono, más bien desdeñoso que filosófico, con el que se la trunca y escinde por el autor en dos palabras.

«Trátase, continúa, de una locura de Catón. Con el humor y los prejuicios, hereditarios en su familia, declamó toda su vida, y combatió y murió, sin haber hecho nada útil para su patria.» Yo no sé si no ha hecho nada por su patria, pero sé que ha hecho mucho por el género humano, dándole el espectáculo y el modelo de la virtud más pura que jamás haya existido. Ha enseñado á aquellos que aman sinceramente el verdadero honor á resistir á los vicios de su siglo y á detestar esa horrible máxima de las gentes á la moda, de *que es preciso hacer como los demás*, máxima con la cual irían lejos, sin duda, si tuviesen la desgracia de caer en alguna banda de salteadores. Nuestros descendientes sabrán un día que, en este siglo de sabios y de filósofos, el más virtuoso de los hombres ha sido tratado de loco, por no haber querido manchar su grande alma con los crímenes de sus contemporáneos y no haber querido ser un esceletrato con César y los otros bandidos de su tiempo.

Acabamos de ver cómo nuestros filósofos hablan de Catón. Vamos á ver cómo hablaban de él los antiguos filósofos. *Ecce spectaculum dignum ad quod respiciat intentus operi suo Deus: ecce par Deo dignum: vir fortis cum mala fortuna compositus. Non video, inquam, quid habeat in terris Jupiter pulchrius, si convertere animum velit, quam ut spectet Catonem, jam partibus*

non semel fractis, nihilominus inter ruinas publicas erectum (52).

He aquí lo que se nos dice también de los primeros romanos: «Admiro á los Bruto, los Decio, los Lucrecio, los Virginio, los Scévola...» Algo es algo en el siglo en que estamos. «Pero admiraría aún más un Estado poderoso y bien gobernado.» ¡Un Estado poderoso y bien gobernado! Yo también, ciertamente. «En que los ciudadanos no estuviesen condenados á virtudes tan crueles.» Entiendo: es más cómodo vivir en una constitución de cosas en que cada uno esté dispensado de ser hombre de bien. Pero si los ciudadanos de ese Estado que se admira, se encontrasen reducidos por alguna desgracia á renunciar á la virtud ó á practicar esas virtudes crueles, y tuviesen fuerza bastante para cumplir con su deber, ¿sería ello una razón para admirarlos menos?

Tomemos el ejemplo que subleva más á nuestro siglo, y examinemos la conducta de Bruto, soberano magistrado, haciendo matar á sus hijos que habían conspirado contra el Estado, en un momento crítico en que no faltaba casi nada para derribarlo. Es cierto que si él hubiese hecho gracia, su colega hubiese infaliblemente salvado á todos los demás complicados, y la república se habría perdido. ¿Qué importa? se me dirá. Puesto que esto es tan indiferente, supongamos que la república hubiese subsistido, y que, habiendo Bruto condenado á muerte á algún malhechor, el culpable le hubiese hablado así: «Cónsul, ¿por qué me mandas matar? ¿He hecho una cosa peor que traicionar á mi patria? ¿Y no soy también tu hijo?» Desearía yo

que se tomasen la molestia de decirme lo que Bruto hubiera podido responder.

Bruto, se me redargüirá, debió abdicar el consulado, antes que ordenar la muerte de sus hijos. Y yo replico que todo magistrado que en unas circunstancias tan peligrosas abandona el cuidado de la patria y abdica la magistratura, es un traidor, que merece la muerte.

No hay término medio: era preciso que Bruto fuera un infame, ó que las cabezas de Tito y de Tiberio cayesen por orden suya bajo el hacha de los lictores. No digo con esto que habría muchos que su resolución adoptasen.

Aunque mi adversario no se decida abiertamente por los últimos tiempos de Roma, deja, sin embargo, entender que los prefiere á los primeros, y le cuesta tanto ver grandes hombres á través de la sencillez de éstos, como me cuesta á mí ver gentes honradas á través de la pompa de los otros. Se opone Tito á Fabricio, pero se ha omitido esta diferencia: que en tiempo de Pirro todos los romanos eran Fabricios, mientras que bajo el reinado de Tito no había más hombre de bien que él (53). Olvidaré, si se quiere, las acciones heroicas de los primeros romanos y los crímenes de los últimos; pero lo que no podré olvidar es que la virtud era honrada por los unos y despreciada por los otros, y que cuando había coronas para los vencedores en los juegos del circo, no las había para aquel que salvaba la vida á un ciudadano. Por lo demás, no se crea que esto era particular á Roma. Hubo un tiempo en que la república de Atenas era lo bastante rica para gastar sumas in-

mensas en sus espectáculos y para pagar á muy alto precio á los autores, á los comediantes y aun á los espectadores, y este tiempo fué á la vez y precisamente aquél en que no se encontró dinero para defender el Estado contra las empresas de Filipo.

Mi adversario llega, al fin, á los pueblos modernos, y me guardaré de seguir los razonamientos que juzga oportuno hacer á este propósito. Observaré solamente que es una ventaja poco honrosa la que se procura, no refutando las razones del contraopinante, sino impidiéndole exponerlas.

No seguiré las reflexiones que se toma la molestia de hacer sobre el lujo, sobre la cortesía, sobre la admirable educación de nuestros hijos (54), sobre los métodos mejores para extender nuestros conocimientos, sobre la utilidad de las ciencias y el placer de las bellas artes y sobre otros puntos que no me conciernen, algunos de los cuales se refutan por sí mismos y los otros ya están refutados. Me contentaré con citar todavía algunos trozos tomados al acaso y que me parece necesitan aclaración. Es preciso que me limite á frases, en la imposibilidad de seguir razonamientos cuya hilación no he podido percibir.

Se pretende que las naciones ignorantes que han tenido «ideas de gloria y de virtud, son excepciones singularísimas, que no pueden formar ningún prejuicio contra las ciencias». Muy bien; pero todas las naciones sabias, con sus bellas ideas de gloria y de virtud, han siempre perdido el amor y la práctica de tales ideas. Esto carece de excepciones: pasemos á la prueba. «Para convencernos,

echemos una mirada sobre el inmenso continente de Africa, donde ningún mortal es bastante atrevido para penetrar ó bastante feliz para intentarlo impunemente». De modo que de que no hayamos podido penetrar en el continente de Africa, de que ignoremos lo que pasa en él, se nos hace deducir que allí los pueblos están cargados de vicios: unicamente si hubiésemos encontrado el medio de llevar allí los nuestros, sería posible sacar esta conclusión. Si yo fuese jefe de alguno de los pueblos de Nigricia, declaro que haría levantar en la frontera del país una horca donde haría colgar sin remisión al primer europeo que se atreviera á penetrar allí y al primer ciudadano que de allí tratara de salir (55). «América ofrece espectáculos no menos vergonzosos para la especie humana.» Sobre todo desde que los europeos penetraron en ella. «Se contarán cien pueblos bárbaros ó salvajes en la ignorancia por uno solo virtuoso». Sea: se contará al menos uno; pero pueblo virtuoso y que cultive las ciencias, no se ha visto jamás. «La tierra abandonada y sin cultivo no está ociosa: produce venenos y alimenta monstruos». He aquí lo que comienza á hacer en los lugares donde el gusto de las artes frívolas ha hecho abandonar el de la agricultura. Nuestra alma, podría decirse también, no está ociosa cuando la virtud la abandona: produce ficciones, novelas, sátiras, versos, y alimenta vicios.

«Si los bárbaros han hecho conquistas, es que eran muy injustos.» ¿Qué éramos, pues, pregunto, cuando hicimos esa conquista de América que tanto se admira? ¡Ah, es que las gentes que tie-

nen cañones, cartas marinas y brújulas, no pueden cometer injusticias! ¿Se me dirá que el acontecimiento demuestra el valor de los conquistadores? No: solamente demuestra su astucia y su habilidad. Demuestra que un hombre diestro y sutil puede conseguir por medio de su industria éxitos que un hombre valiente no espera más que de su valor. Hablemos sin parcialidad. ¿A quién juzgaremos más valeroso, al odioso Hernán Cortés, subyugando á Méjico á fuerza de pólvora, de perfidias y de traiciones, ó al infortunado Guatimozin colocado por honrados europeos sobre carbones encendidos, para obligarle, por el tormento á descubrir el escondite de sus tesoros, animando á uno de sus oficiales, á quien el mismo tratamiento arrancaba algunas quejas, y diciéndole con orgullo: «Y yo ¿estoy sobre rosas?»

«Pretender que las ciencias han nacido de la ociosidad, es abusar visiblemente de los términos: nacen del descanso, pero garantizan de la ociosidad». De suerte que un hombre que se entretuviera á la orilla de un gran camino en disparar sobre los viandantes podría decirse que ocupaba su descanso en garantizarse de la ociosidad. Yo no entiendo esta distinción de la ociosidad y del descanso, pero sé ciertamente que ningún hombre honrado puede nunca vanagloriarse de tener tiempo libre, habiendo tanto que hacer, una patria que servir, desgraciados que aliviar, y desaffo á que se me demuestre en mis principios ningún sentido honrado de que la palabra *descanso* pueda ser susceptible. «El ciudadano á quien sus necesidades atan al arado, no está más ocupado que

el geómetra ó el anatomista». Ni más que el niño que hace un castillo de naipes, pero más útilmente. «So pretexto de que el pan es necesario, ¿lo será también que todo el mundo se dedique á labrar la tierra?» ¿Por qué no? Yo prefiero ver á los hombres haciendo brotar la yerba en los campos, que devorándose unos á otros en las ciudades. Es verdad que tal como yo los pido se asemejarían mucho á bestias y que tal como son se asemejan mucho á hombres.

«El estado de ignorancia constituye un estado de temor y de penuria, en el cual todo es peligro para nuestra fragilidad. La muerte se cierne sobre nuestras cabezas, y está oculta en la yerba que hollamos con los pies. Cuando se tiene miedo á una carencia de todo, ¿puede concebirse disposición más razonable que la de querer conocerlo todo?» Basta considerar las inquietudes continuas de los médicos y de los cirujanos sobre su vida y sobre su salud, para saber si los conocimientos sirven para asegurarnos sobre nuestros peligros. Como ellos nos descubren siempre mucho más que medios de garantírnos de tales peligros, es una maravilla si no hacen más que aumentar nuestros alarmas y convertirnos en pusilánimes. Los animales viven sobre todo eso en una seguridad profunda, y no se encuentran peor. Una ternera no tiene necesidad de estudiar botánica para escoger su heno, y el lobo devora su presa sin pensar en la indigestión. Para responder á esto, ¿habrá que atreverse á tomar el partido del instinto contra la razón? He aquí precisamente lo que pregunto.

«Parece, dicen, que hay demasiados labradores,

y que se teme falten filósofos. Preguntaré á mi vez si se teme que á las profesiones lucrativas les falten sujetos para ejercerlas. Sería esto conocer bien mal el imperio de la avaricia. Todo nos conduce desde nuestra infancia á encontrar condiciones útiles. ¡Y cuántos prejuicios no hay que vencer, qué valor no se necesita, para atreverse á no ser más que un Descartes, un Newton, un Locke!»

Leibnitz y Newton murieron colmados de bienes y de honores, y merecían más aún. ¿Diremos que fué por moderación por lo que no fueron educados para el arado? Conozco bastante el imperio de avaricia para saber que todo nos conduce á las profesiones lucrativas, y he aquí por qué digo que todo nos aleja de las profesiones útiles. Un Hébert, un Lafrenaye, un Dulac, un Martin, ganan más dinero en un día que todos los labradores de una provincia en un mes. Podría yo proponer un problema bastante singular sobre el pasaje que me ocupa actualmente, problema que consistiría en adivinar (quitando las dos primeras líneas y leyéndolo aislado) si está sacado de mis escritos ó de los de mis adversarios.

«Los buenos libros son la única defensa de los espíritus débiles, es decir, de las tres cuartas partes de los hombres, contra el contagio del ejemplo.» En primer lugar, los sabios no harán tantos libros buenos como ejemplos malos dan. En segundo lugar, habrá siempre más libros malos que buenos. En tercer lugar, las mejores guías que las personas honradas pueden tener, son la razón y la conciencia. *Paucis est opus litteris ad mentem bonam.* En cuanto á aquellos que tienen el espíri-

tu ó la conciencia endurecida, jamás pueden ser buenos para nada. En fin, para cualquier hombre que sea, no hay más libros necesarios que los de religión, los únicos que jamás he condenado.

«Se pretende hacernos sentir la nostalgia de la educación de los persas.» Observemos que es Platón quien pretende esto. He creído que podía servirme de salvaguardia la autoridad de este filósofo, pero veo que nada me puede garantir de la animosidad de mis adversarios (*iros Rutulusve fuat*) á quienes agrada más atravesarse uno á otro que darme el menor cuartel y se hacen más daño á ellos mismos que á mí (56). «Aquella educación, dicen, estaba fundada sobre principios bárbaros, porque se daba un maestro para el ejercicio de cada virtud, aunque la virtud sea indivisible; de lo que se trata es de inspirarla, y no de enseñarla; de hacer amar su práctica, y no de demostrar su teoría.» ¡Qué de cosas se podrían responder! Pero no hay necesidad de hacer al lector la injuria de decirlo todo. Me contentaré con dos observaciones. La primera es que aquél que quiere educar á un niño, no comienza por decirle que es preciso practicar la virtud, porque no sería entendido, sino que le enseña primeramente á ser veraz, y después á ser temperante, y después valeroso, etc., y al fin le enseña que la reunión de estas cosas se llama virtud. La segunda es que nosotros nos contentamos con demostrar su teoría, pero los persas aprendían su práctica.

«Todos los reproches que se hacen á la filosofía, atacan al espíritu humano.» Convenido. «O mejor, al autor de la naturaleza, que nos hizo tales como

somos.» Si nos ha hecho filósofos, ¿á qué bueno tomarnos tanta molestia en conseguirlo? «Los filósofos son hombres, y de que se engañen no debemos admirarnos.» De que no se engañasen es de lo que sería preciso admirarse. «Compadezcámonos, aprovechémonos de sus faltas y corrijámonos.» Sí, corrijámonos y no filosofemos más. «Mil caminos conducen al error: uno sólo lleva á la verdad.» He aquí precisamente lo que yo decía. «¿Hemos de sorprendernos de que este principio haya sido descubierto tan tarde?» ¡Ah, por fin lo hemos encontrado!

«Se nos opone un juicio de Sócrates, que se dirige, no á los sabios, sino á los sofistas, y versa, no sobre las ciencias, sino sobre el abuso que de ellas se puede hacer.» ¿Qué más pedir de quien sostuvo que todas nuestras ciencias no son más que abusos y todos nuestros sabios verdaderos sofistas? «Sócrates era jefe de una secta que enseñaba á dudar.» Yo perdería bastante de mi veneración hacia Sócrates, si creyera que había sentido la tanta vanidad de querer ser jefe de secta. «Y censuraba con justicia á los que pretendían saberlo todo.» Es decir, el orgullo de todos los sabios. «La verdadera ciencia está bien lejos de esta afectación.» Es verdad, pero de la nuestra es de la que yo hablo. «Sócrates es aquí testigo contra sí mismo.» Esto me parece difícil de entender. «El más sabio de los griegos no se ruborizaba de su ignorancia.» El más sabio de los griegos no sabía nada, según su confesión propia: sacad la conclusión para los demás. «Las ciencias no tienen, pues, su origen en nuestros vicios.» Lo tienen. «No han nacido to-

das del orgullo humano.» Ya expuse mi sentir más arriba. «Declamación vana que no puede ilusionar más que á espíritus prevenidos.» No sé responder á esto.

Hablando de los límites del lujo, se pretende que no conviene razonar sobre esta materia del pasado al presente. «Cuando los hombres andaban completamente desnudos, al primero que se le ocurrió llevar zuecos, pasó por un voluptuoso: en todos los siglos se ha declamado contra la corrupción, sin comprender lo que se quería decir.»

Es cierto que hasta ahora el lujo, aunque reinó á menudo, había por lo menos sido mirado, en todos los lugares y tiempos, como el origen funesto de una infinidad de males. Estaba reservado á Melon ser el primero en publicar la envenenada doctrina (57) opuesta, cuya novedad le ha conquistado más sectarios que la solidez de sus razones. No temo combatir yo solo en mi siglo estas máximas odiosas que no tienden más que á destruir y á envilecer la virtud, y á hacer ricos y miserables, es decir, hombres eternamente malos.

Han creído embarazarme mucho, preguntándome hasta qué punto es preciso limitar el lujo. Mi sentir es que no hace falta lujo alguno. Todo es origen de mal cuando va más allá de la necesidad física. La naturaleza nos da demasiadas necesidades, y es por lo menos una gran imprudencia multiplicarlas sin motivo, y poner así el alma en mayor dependencia. Por esto no le faltaba razón á Sócrates cuando, mirando el escaparate de una tienda, se felicitaba de no tener nada que hacer con todo aquello. Hay ciento que apostar contra

uno á que el primero que llevó zuecos era un hombre reprehensible, á menos que tuviese los pies malos. En cuanto á nosotros, estamos demasiado obligados á tener zapatos, para no creernos dispensados de tener virtud.

Ya he dicho, además, que no me proponía trastornar la sociedad actual, quemar las bibliotecas y todos los libros, destruir los colegios y las academias; y debo añadir aquí que no me propongo reducir á los hombres á contentarse con lo estrictamente necesario. Comprendo bien que no hay que formar el quimérico proyecto de hacer gentes honradas; pero me creo obligado á decir sin disfraz lo que se me ha preguntado. He visto y tratado de buscar las causas; otros más atrevidos ó más insensatos podrán buscar el remedio.

Me canso y dejo la pluma para no volver á tomarla en esta demasiado larga polémica. Sé que un gran número de autores (58) están ocupados en refutarme, y siento no poder responder á todos, pero creo haber demostrado á aquellos que escogí (59) para esto, que no es el temor lo que me retiene respecto á los otros.

Traté de elevar un monumento que no debiese al arte su fuerza y su solidez: la verdad sola, á quien lo he consagrado, tiene derecho á hacerlo inquebrantable, y si rechazo una vez más los golpes que se le dan, es más para honrarme á mí, defendiéndolo, que para prestarle un auxilio de que no necesita.

Séame permitido protestar, llegado al término de mi labor, de que el solo amor á la humanidad y á la virtud me hizo romper el silencio, y que la

amargura de mis invectivas contra los vicios de que soy testigo, no nace más que del dolor que me inspiran y del deseo ardiente que tengo de ver á los hombres más felices y, sobre todo, más dignos de serlo.

CARTA SOBRE UNA NUEVA REFUTACIÓN
DEL «DISCOURS»

HECHA POR UN ACADÉMICO DE DIJÓN

Acabo, señor, de ver un folleto intitulado *Discurso que ha obtenido el premio de la Academia de Dijón en 1750, etc., acompañado de la refutación de este discurso, por un académico de Dijón que le ha negado su voto* (60), y pienso, recorriendo este escrito, que en vez de rebajarse hasta ser editor de mi trabajo, el académico que le negó su sufragio, habría debido publicar la obra á que se lo había otorgado, lo cual hubiera sido un buen modo de refutar la mía.

He aquí, pues, á uno de mis jueces que no se desdén de convertirse en mi adversario y que encuentra muy mal que sus colegas me hayan honrado con el premio; confieso que también yo me admiré, pues si había tratado de merecerlo, no había hecho nada para conseguirlo. Además, aunque supiese que las academias no adoptan los pareceres de los autores que galardonan, y que el premio se concede, no al que se cree que ha sostenido la mejor causa, sino al que la ha expuesto mejor: aun suponiéndome en este caso, me hallaba bien lejos de esperar de una academia esta imparcialidad de que los sabios no se vanaglorian en

modo alguno cuando se trata de sus intereses.

Pero si me sorprendió la equidad de mis jueces, confieso que no me sorprendió menos la indiscreción de mis adversarios: ¿cómo se atreven á demostrar públicamente su negro humor por el honor que he recibido? ¿Cómo no reconocen el mal irreparable que hacen con esto á su propia causa? No se lisonjeen de que nadie desconozca el asunto de su disgusto: no es porque mi disertación esté mal hecha por lo que les molesta verla premiada, pues se premian diariamente otras tan malas ó peores y no dicen palabra: es por otra razón que toca más de cerca á su oficio y que no es difícil advertir. Sabía yo que las ciencias corrompen las costumbres, hacen á los hombres injustos y envidiosos, y los llevan á sacrificarlo todo á su interés y á su vanagloria; pero había creído asimismo que eso se hacía con un poco más de decencia y de destreza; suponía que las gentes de letras hablaban sin cesar de equidad, de moderación, de virtud, y que, bajo la salvaguardia sagrada de estas hermosas palabras, se entregaban impunemente á sus pasiones y á sus vicios; pero jamás hubiera creído que tuviesen valor para reprobear públicamente la imparcialidad de sus colegas. Por lo demás, siempre constituye la gloria de los jueces pronunciar sentencia según la equidad y contra su propio interés; á las ciencias sólo pertenece conseguir que aquellos que las cultivan hagan un crimen de su integridad: ¡he aquí verdaderamente un hermoso privilegio que ellas tienen!

Me atrevo á decirlo: la Academia de Dijón, haciendo mucho por mi gloria, ha hecho mucho por

la suya: llegará un día en que los adversarios de mi causa sacarán ventaja de este juicio para probar que la cultura de las letras puede asociarse con la equidad y el desinterés. Entonces los partidarios de la verdad les responderán: «He aquí un ejemplo particular que parece hecho en contra nuestra; pero acordaos del escándalo que este juicio causó en aquella sazón entre la multitud de las gentes de letras y de la manera que tuvieron de quejarse, y sacad de ahí una justa consecuencia de sus máximas.»

No es, á mi entender, menor imprudencia quejarse de que la Academia haya propuesto este asunto como problema que debía resolverse. Dejo aparte la poca verosimilitud que había en que, dado el universal entusiasmo que reina hoy en el mundo por las artes y las ciencias, uno tuviera el valor de renunciar voluntariamente al premio, declarándose por la negativa; pero yo no sé cómo los filósofos se atreven á encontrar mal que se les ofrezcan caminos de discusión: ¡bello amor á la verdad aquel que teme se examine el pro y el contra! En las investigaciones de filosofía, el mejor medio de hacer un modo de pensar sospechoso, es excluir el modo de pensar contrario; mas quien así se revele como hombre de mala fe, desconfíe de la bondad de su causa. Toda Francia será en espectación ante el estudio que llevará este año el premio de la Academia Francesa: no solamente desvanecerá la doctrina del mío, lo que no será difícil, sino que no se podría dudar de que será una obra maestra. Sin embargo, ¿qué importará eso para la solución de la cuestión? Nada en

absoluto, porque cada uno dirá, después de haberlo leído: «Este discurso es bastante hermoso, pero si el autor hubiese tenido libertad para emitir el parecer contrario, tal vez lo hubiera hecho más hermoso.»

He recorrido la nueva refutación, porque es todavía una, y no sé por qué fatalidad los escritos de mis adversarios, que llevan este título tan decisivo, son siempre aquellos en que soy peor refutado. He leído pues, esta refutación, sin sentir el menor arrepentimiento por la resolución que he tomado de no responder á nadie: me contentaré con citar un solo pasaje por el que el lector podrá juzgar si tengo razón ó no: hélo aquí: «Convendré en que se puede ser hombre honrado sin talento; pero ¿no se ha comprometido uno con la sociedad más que á ser hombre honrado? ¿Y qué es un hombre honrado ignorante y sin talento? Un fardo inútil, una carga para la tierra», etc. No responderé á un autor capaz de escribir de este modo, pero creo que puede darme por ello las gracias.

No habría medio, á menos de querer ser tan difuso como el autor, de responder á la numerosa colección de los pasajes latinos, de los versos de Lafontaine, de Boileau, de Molière, de Voiture, de Regnard, de Gresset, ni á la historia de Nemrod, ni á la de los aldeanos picardos; pues ¿qué va á decirse á un filósofo que nos asegura que quiere mal á los ignorantes, porque su colono de Picardía, que no es un doctor, le paga exactamente, en verdad, pero no le da bastante dinero por su tierra? El autor se ocupa tanto de sus tierras que me habla hasta de la mía. ¡Una tierra mía, la tierra de

Juan Jacobo Rousseau! En verdad, le aconsejo que me calumnie (61) con más destreza.

Si tuviera que responder á alguna parte de la refutación, sería á los personalismos de que está llena, pero como no atañen en nada á la cuestión, no me apartaré de la constante máxima que he seguido siempre de encerrarme en el asunto que trato, sin mezclar en él nada de personal; el verdadero respeto que debo al público, es ahorrarle, no tristes verdades, que puedan serle útiles, sino todas las pequeñas disputas de autores (62), de que se llenan los escritos polémicos, y que no son buenos más que para satisfacer una vergonzosa animosidad. Se pretende que yo haya tomado de Clénard (63) una palabra de Cicerón: sea; que he cometido solecismos: sea también enhorabuena; que cultivo las bellas letras y la música, apesar de lo mal que pienso de estas cosas: convendré en ello, si se quiere; debo llevar á una edad más razonable el cuidado de los entretenimientos de mi juventud. Pero, en fin, ¿qué importa todo eso al público y á la causa de las ciencias? Rousseau puede hablar mal el francés, sin que la gramática sea por ello más útil á la virtud. Juan Jacobo puede tener una mala conducta, sin que la de los sabios sea mejor. He aquí toda la respuesta que yo daría, y creo que todas las que debo dar á la nueva refutación.

Acabará esta carta y todo lo que tengo que decir sobre un asunto por tanto tiempo debatido, con un consejo á mis adversarios, consejo que despreciarán seguramente, y que, no obstante, sería más ventajoso que lo que ellos pudieran pensar al par-

tido que quieren defender: es el de no escuchar de tal manera la voz de su celo, que descuiden consultar sus fuerzas y *quid valeant humeri*. Me dirán, sin duda, que hubiera debido tomar este consejo para mí, y ello puede ser cierto; pero hay al menos una diferencia, es á saber: que yo estoy sólo en mi partido, mientras que, estando en el de la multitud, los recién llegados se hallan dispensados de ponerse en sus lugares ú obligados á hacer las cosas mejor que los otros.

Temiendo que este consejo parezca temerario ó presuntuoso, traigo aquí una muestra de las razones de mis adversarios, por la que se podrá juzgar de la justicia y de la fuerza de sus críticas. «Los pueblos de Europa, he dicho, vivían hace algunos siglos en un estado peor que la ignorancia; no sé qué jerga científica, más despreciable todavía que ella, había usurpado el nombre del saber y oponía á su retorno un obstáculo casi invencible: se necesitaba una revolución para volver á los hombres al sentido común». Los pueblos habían perdido el sentido común, no porque fuesen ignorantes, sino porque tenían la tontería de creer que sabían algo con las grandes palabras de Aristóteles y la impertinente doctrina de Raimundo Lulio; era preciso una revolución para enseñarles que no sabían nada, y tendremos gran necesidad de otra para enseñarnos la misma verdad. Véase ahora el argumento de mis adversarios: «Esta revolución es debida á las letras, pues ellas nos han vuelto al sentido común, por confesión del autor; pero también, según él, han corrompido las costumbres: es preciso, pues, que un pueblo o

renuncie al sentido común para tener buenas costumbres.» Tres escritores, uno en pos de otro, han repetido este razonamiento: ahora les pregunto qué prefieren que acuse: ó á su espíritu de no haber podido penetrar el sentido muy claro de este pasaje, ó á su mala fe de haber fingido no entenderlo. Son gentes de letras, así que su elección no será dudosa. Pero ¿qué diremos de las sabrosas interpretaciones que plugo á este último adversario prestar á la figura de mi frontispicio? Creería injuriar á los lectores y tratarles como á niños, interpretándoles una alegoría tan clara; y diciéndoles que la llama de *Prometeo* es la de las ciencias, hecha para animar á los grandes genios; que el sátiro que viendo el fuego por primera vez corre á él, y quiere abrazarlo, representa á los hombres vulgares que seducidos por el brillo de las letras se entregan indiscretamente al estudio; que el númen que grita y les advierte del peligro, es el ciudadano de Ginebra. Esta alegoría es justa, bella, y aun me atrevo á creerla sublime. ¿Qué debe pensarse de un escritor que la ha meditado y que no ha conseguido entenderla? Puede creerse que este hombre no hubiera sido un gran doctor entre los egipcios, sus amigos.

Me tomo, pues, la libertad de proponer á mis adversarios, y, sobre todo, al último, esta sabia lección de un filósofo sobre otro asunto: «Sabed que no hay objeciones que puedan hacer tanto mal á vuestro partido como las malas respuestas; sabed que, si no habéis dicho nada que valga, se envilecerá vuestra causa, haciéndoos el honor de creer que no había sobre ella nada mejor que decir» (64)

NOTAS DEL TRADUCTOR Y DEL AUTOR

(1) Herejía, de *hairesis*, derivase del verbo griego *haireo*, que se usaba en la antigüedad helénica en el sentido de escoger, elegir, preferir, optar, abstraer, tomar por sí mismo y para sí, determinar, definir, asimilarse, y aun en el de demostrar ó convencer. Herodoto emplea la locución 'O *hairón logos* en la acepción de la evidencia, la razón concluyente, el buen sentido demostrado. Esta era también la acepción de la palabra *haeresis* en la Roma pagana, más, en la sucesión de los tiempos, y una vez que la Iglesia católica condenó el opinar sobre las cosas, su esencia y sus orígenes, la expresión se torció á mala parte, y fué tomada en el concepto de idea perversa ó errónea y aplicada á los que contravenían á la religión y á la fe. Véase á Pasquier (*Recherches*, VIII, 686) y á Gener (*Herejias*, prólogo).—N. del T.

(2) La colección de las *Œuvres* de Rousseau contenía entonces, amén del presente discurso premiado (1750) y el no premiado sobre el origen de la desigualdad entre los hombres, la *Lettre sur les spectacles*, el *Emile*, la *Nouvelle Héloïse* y el *Contrat social*. La edición que en esta traducción se ha seguido es la muy reciente (1905) de Hachette (en el tomo I de las *Œuvres complètes de Rousseau*).—N. del T.

(3) Los príncipes ven siempre con placer extenderse entre sus súbditos el gusto de las artes agradables y de las superfluidades (de las que no resulta la exportación del dinero), porque, á más que ellas alimentan en los últimos esa pequeñez de alma, tan propicia á la servidumbre, saben los primeros muy bien que todas las necesidades que el pueblo se da son otras tantas cadenas de que se carga. Alejandro, queriendo mantener á los *ichtiofagos* bajo su dominio, les obligó á renunciar al pescado (a) y á nutrirse con alimentos comunes á los demás pueblos; y los salvajes de América, que van completamente desnudos, y sólo del producto de la caza viven, no han podido ser juzgados nunca: ¿qué yugos podrían imponerse, en efecto, á hombres que no tienen necesidad de nada?—N. del A.

(a) Lo que aquí dice Rousseau de Alejandro, no tiene otro fundamento que un pasaje de Plinio el Viejo (*Historia naturalis*, VI, XXV), copiado más tarde en el capítulo LIV de la clásica obra de Solín: *Ichthyophagos omnes Alexander vetuit piscibus vivere*.—N. del T.

(4) «Me gusta (dice Montaigne) discutir y discurrir, pero con muy pocos hombres y para mí. Porque servir de espectáculo á los grandes y hacer gala á porfía de talento y de cháchara, hallo que es un oficio muy indecoroso para un hombre de honor.» (*Essais*, III, VIII). Tal es actualmente el oficio de todos nuestros espíritus distinguidos, fuera de uno (a).—N. del A.

(a) Sospéchase que esta excepción, única que Rousseau hace, no puede referirse á otro que á

Diderot, su verdadero maestro entre los contemporáneos, y que fué quien le indujo á defender el naturismo. Marmontel, en el libro VII de sus *Mémoires*, y el mismo Diderot, en el capítulo LXVII de su *Essai sur le regnes de Claude et de Néron*, refieren la conversación que el último tuvo con Rousseau una tarde de Octubre de 1749, en las afueras de Vicennes, donde solían con frecuencia entrevistarse. Rousseau había hecho de Diderot su Aristarco, como él mismo lo ha dicho. La tarde de referencia, paseando juntos, Rousseau habló á Diderot de la cuestión interesante, que acababa de proponer la Academia de Dijón y él tenía deseos de tratar, sobre si el restablecimiento de las ciencias y de las artes ha contribuído á purificar las costumbres. «¿Qué partido tomaréis?», le preguntó Diderot. Fué contestado: «El partido de la afirmativa.» Pero Diderot repuso: «Ese es el puente de los asnos; todos los talentos mediocres tomarán ese camino, y no hallaréis ahí más que ideas comunes, mientras que el partido contrario presenta á la filosofía y á la elocuencia un campo nuevo, fecundo y rico.» Rousseau, despues de haber reflexionado un momento, exclamó: «Tenéis razón, y seguiré vuestro consejo.» Esta es la versión de Diderot, que Marmontel reprodujo, que aceptan, entre los críticos posteriores, David (*Notice sur Rousseau*, 10) y Lemaitre (*Rousseau*, 79), y que favorece bien poco al sofista de Ginebra. En cuanto á Rousseau mismo, pretendió que las cosas sucedieron muy de otro modo, y que la nueva idea se le reveló por inspiración súbita, yendo á pie de París á Vicennes, en busca de Di-

derot, y en el momento de enterarse del tema de la Academia de Dijón, por el *Mercure de France*. Höföding (*Rousseau und seine Philosophie*, 5), no sabe qué versión preferir. Saldaña (*Los orígenes de la criminología*, 384) rechaza la última como insincera.—N. del T.

(5) Rousseau se refiere aquí á Petronio, quien, como es sabido, recibió, bajo el reinado de Nerón, el título de *arbitrer elegantiarum*, y á cuya pluma se atribuye la escandalosa novela del *Satiricón*. Mucho se ha discutido sobre la época en que debió haberse escrito. Unos críticos la creen del tiempo de Alejandro Severo, algunos la retrotraen hasta el siglo de Constantino, mientras que otros quieren que sea del período de Augusto, es decir, que en tres centurias nada menos se muestra la diferencia cronológica. Boissier (*L'opposition sous les Césars*, V, 1) llega á la creencia, hoy por casi todos compartida, de que la obra fué redactada bajo el reinado de Nerón. Esta fecha es la que asignan á la obra, tanto el estilo como las alusiones históricas que en ella se contienen. Por la manera que tiene el autor de combatir á Lucano y de imitar á Séneca, se comprende que fué contemporáneo suyo. En cuanto al nombre del autor, la duda no es posible. Los manuscritos y los gramáticos, todos sin excepción, le llaman *Petronius Arbitrer*. Este nombre recuerda enseguida el del personaje que representó papel de alguna importancia bajo el reinado de Nerón y cuyo fin nos refiere Tácito. Parece que Petronio era uno de aquellos viciosos que por entonces abundaban en Roma, que dedicaban el día á dormir y la noche á las di-

versiones, y que llevaban una existencia de inacción y de voluptuosidad. Nerón sentíase atraído hacia aquel espíritu original, que había hecho un arte del placer. Adquirió Petronio tal preponderancia en aquella sociedad liviana, que era considerado como árbitro del buen gusto, y quizá en esta circunstancia tuvo origen su apodo ó sobrenombre. El emperador había llegado á pedirle parecer para todas las fiestas ú orgías, y solamente las que aprobaba Petronio le parecían gratas.—N. del T.

(6) Alude Rousseau á la pluma de Tácito.—N. del T.

(7) No quiero hablar de las naciones felices que ni aun de nombre conocen los vicios que nosotros tenemos que reprimir con tanto cuidado, de esos salvajes de América cuya sencilla y natural política no vacilaba Montaigne (*Essais*, I, xxx) en preferir, no ya á las leyes de Platón, pero á todo lo que la filosofía podría nunca imaginar de más perfecto para la gobernación de los pueblos. Montaigne cita multitud de ejemplos, sorprendentes para quien sepa admirarlos (a), y agrega con ironía: «Por desgracia, esos salvajes no van calzados con lujo.»—N. del A.

(a) Todos estos asertos de Rousseau son una equivocación continuada á que la antropología prehistórica, la etnografía comparada y la sociología científica posteriores han hecho justicia, y que refutaré con todo detalle en la introducción crítica á mi traducción del discurso sobre la desigualdad.—N. del T.

(8) Dígaseme por gracia qué opinión debían

tener los atenienses mismos de la elocuencia, cuando la separaron con tanto celo de aquel tribunal íntegro de los juicios del cual los dioses mismos no apelaban. ¿Qué pensarían los romanos de la medicina, cuando la expulsaron de su república? Y cuando un resto de humanidad indujo á los españoles á prohibir la entrada en América á los hombres de ley (a), ¿que idea era necesario que tuviesen de la jurisprudencia? ¿No se diría que creyeron reparar por aquel sólo acto todos los males que habían hecho á los desgraciados indios?— N. del A.

(a) «El rey Fernando, al enviar colonias á los indios, decidió sábiamente que no se llevasen allí peritos en abogacía, juzgando, con Platón, que *no hay peor provisión para un país que jurisconsultos y médicos*» (Montaigne. *Essais*, III, XIII). Lo que no ocurrió bajo la dominación española, tuvo lugar, por la fuerza de las circunstancias, bajo la independencia. Cuando llegó el momento de establecer en Méjico una Cámara Popular, nadie pensó en que sus diputados representasen los grandes intereses de la agricultura, de la industria y del comercio, sino puramente ideas, doctrinas y frases políticas. Hablando Zavala (*Ensayo histórico*, I, 137, 177) de la composición del primer Congreso Constituyente mejicano de 1822, dice que lo formaban en su mayoría abogados medianos, estudiantes sin carrera, militares de pocas luces, y clérigos, canonistas y teólogos. El mismo autor escribe más adelante, hablando del mismo asunto: «Multitud de nuevos legisladores que venían de los colegios con sus conocimientos á la

européa, y lo que es todavía peor, sin la ilustración que al menos se adquiere en el antiguo continente con educación cuidada y aplicación constante; jóvenes que acababan de leer las malas traducciones que llegaban á América de Benjamín Constant, de Filangieri, de Destutt de Tracy; abogados eclesiásticos que habían hecho sus estudios en aquellas universidades en que no se enseñaba nada sólido: tales eran, y no podían ser otros, los legisladores, consejeros, jueces y ministros.»— N. del T.

(9) La frase que recuerda Rousseau se halla en la epístola XCV de Séneca, el gran estóico: *Postquam docti prodierunt, boni desunt*. El mismo pasaje había citado ya Montaigne (*Essais*, I, XXIV). Véase también mi obra sobre *El socialismo, la patria y la guerra*, 90, 111. Allí hago notar que los sociólogos modernos están conformes con Rousseau en reconocer que la instrucción por sí sola es impotente para hacer retrogradar el crimen é insuficiente en absoluto si no tiene por fiel aliada á la educación. La pomposa fórmula de aquel autor italiano, que aseguraba que *ogni scuola che si apre chiude una prigione*, está muy lejos de ser aceptada por todos. Foucher dice que «se exagera el beneficio de las luces cuando se supone que tienen por efecto disminuir el número de crímenes.» Con más decisión, porque conoce mejor el remedio, Laurent, el más hábil conocedor tal vez de la antropología criminal en nuestro siglo, desahoga su modo de sentir por estas palabras: «Si la instrucción superior es insuficiente, ¿qué podrá esperarse de la instrucción pri-

maria? Desde que Alemania repite en todas partes la frase convertida ya en proverbio: *¡El maestro de escuela prusiana es quien ha vencido en Koenigsgravtz, en Sadowa y en Sedan!* la instrucción primaria obligatoria ha contagiado y ha invadido súbitamente todos los Estados. Esto constituye un peligro.» Según Bertillon, la difusión de la cultura es un elemento perturbador: tal individuo, que entregado al cultivo de la tierra hubiera sido un espíritu humilde y quizá valiente, sucumbe á un trabajo más intelectual: su débil cerebro no resiste la prueba, y va á engrosar las filas de los rateros y de los desclasificados de toda especie: entre estos últimos puede decirse que es donde se encuentran más criminales. Así, Pavía reconoce que «si la instrucción no aumenta, seguramente no disminuye el número de crímenes», y cita al procurador Caccia, para el cual importa poco que se instruya á cientos de miles de ignorantes, si se aumenta la estadística en algunos centenares de delitos: *Instruire centinaia di miglia di analfabeti poco importa, se si dona alla statistica qualche centinaía di reati in piu.* «La instrucción (escribe al mismo propósito Lacassagne) no destruye la criminalidad, sólo la transforma: hay, sí, menos número de ciertos crímenes, como los sangrientos, pero, en cambio, aumentan los delitos de astucia: cuando hayan desaparecido los iletrados, se verá también desaparecer los crímenes bárbaros, como el parricidio y el envenenamiento, los cuales, por su misma rareza, serán considerados como los fósiles de la criminalidad.» Bournet va todavía más lejos que Lacassagne, y

atribuye á la instrucción un efecto más perjudicial que útil: en su sentir, «la criminalidad general, de igual modo que la locura y el suicidio, aumentan con los progresos de la instrucción.» Lombroso se expresa en parecidos términos: «Los conocimientos que no moralizan á un individuo, convierten á éste en un criminal más pillo, más refinado y más peligroso.» Y Guillot emite, sobre poco más ó menos, esta opinión: «La escuela, que debería ser un instrumento de progreso y de civilización, resulta estéril; y en contra de nuestras aspiraciones, nos encontramos con el singular fenómeno de la criminalidad que aumenta principalmente en las clases y regiones en que hay menos iletrados.»—
N. del T.

(10) Fácil y transparente es la alegoría de la fábula de *Prometeo*, y no parece que los griegos, que le encadenaron en las cumbres del Cáucaso, pensaron de él mucho más favorablemente que los egipcios de su dios *Teuthus* (a). «El sátiro (dice una antigua fábula), cuando por primera vez vió el fuego, quiso besarlo y abrazarlo; pero *Prometeo* le gritó; *Sátiro, llorarás la barba de tu mentón, porque el fuego todo lo que toca quema*» (b).
N. del A.

(a) Este término, empleado por Rousseau, es la corrupción latina del nombre del dios egipcio *Thoth* ó *Hermes*, deidad cuya morada era el *ibis* y de la que Plutarco hizo padre de *Isis*, aunque nunca lo fué. En la quinta dinastía, el rey *Unas*, difunto, es designado, entre otros títulos, con el de hermano de *Thoth*, y sin embargo, es identificado con *Osiris*. Entre las referencias de Pla-

tón á Egipto, figura una anecdota sobre *Thoth*, considerado como inventor de la escritura. Según Maneton, *Thoth*, el primer *Hermes*, había escrito sobre estelas ó columnas los principios de la ciencia en lengua y en caracteres jeroglíficos, y después del diluvio, el segundo *Hermes*, hijo del buen genio y hermano de *Tat*, había traducido esas inscripciones al griego. Algunas veces, *Hermes* jugaba el papel de discípulo, y el iniciador era la inteligencia (*noos*) ó *Poimandres*. A creer á Jablonski, el nombre de *Thoth* significa columna en egipcio. Los llamados libros herméticos, á *Hermes Trismegisto* atribuidos, responden á un estado de la conciencia egipcia muy avanzado y posterior.—N. del T.

(b) Es curioso recordar que el símbolo de la discordia, que Rousseau establece entre la libertad y la cultura, aparece de un modo gráfico en la viñeta con que el genial sofista hizo acompañar la primera edición de esta famosa diatriba contra las ciencias y las artes, en nombre de la moralidad de las costumbres: un sátiro imprudente que, pretendiendo abrazar, ávido de luz, la antorcha que lleva en su mano *Prometeo*, oye al titán-filántropo que su fuego es mortal á quien le toca.—N. del T.

(11) Rousseau alude aquí á la célebre frase atribuída á Demócrito, y según la cual, «la verdad se halla alojada en lo invisible de un pozo profundo.»—N. del T.

(12) Cuanto menos se sabe, más se cree saber. Los peripatéticos no dudaban de nada. Descartes construyó su universo con cubos y torbellinos. Ni aun hoy día hay en Europa físico, por superficial

y corto de ingenio que sea, que no explique audazmente ese profundo misterio de la electricidad, que por siempre tal vez constituirá la desesperación de los verdaderos filósofos.—N. del A.

(13) Me hallo muy lejos de pensar que este ascendiente de las mujeres sea un mal en sí: es un presente que les hace la naturaleza, para el aquietamiento del género humano: mejor dirigido, podría producir tanto bien como mal produce hoy. No se percibe lo bastante las ventajas que nacerían en la sociedad de una más noble educación dada á esta mitad del género humano que gobierna á la otra. Los hombres serán siempre lo que las mujeres quieran: si aspiráis á que sean grandes y virtuosos, enseñad á las mujeres lo que es grandeza de alma y virtud. Las reflexiones que este asunto sugiere, y que Platón hizo otrora, merecerían muy mucho ser desarrolladas por una pluma digna de escribir conforme á tal maestro y defender tan sublime causa.—N. del A.

(14) Carlos y Pedro Vanloo.—N. del T.

(15) El «hombre de buen sentido» que cita Rousseau, es Montaigne (*Essais*, I, XXIV).—N. del T.

(16) Al pie de esta frase pone Rousseau la siguiente escueta nota: *Pensées philosophiques*. Tal era el título de una obra de Diderot, que contenía sesenta y dos pensamientos, que se publicó en 1746 y que se reimprimió después bajo el título de *Etrennes aux esprits forts*. El pensamiento en que Rousseau se apoya en su cita es el que lleva el número XXV. Parece probable que Rousseau haya hecho la cita *après coup*; pues, habiendo sido con-

denada al fuego la obra de Diderot, no podía ser citada en el manuscrito enviado á la Academia. Añádase que Diderot, aunque maestro, iba más lejos que el discípulo, pues su naturismo rechazaba de la humanidad, no sólo la sociabilidad y la civilización, sino la moral misma. Tanto en el *Supplement au voyage de Boujanville*, como en el *Discours sur l'art dramatique* y en *Du drame moral* (véanse los detalles en Faguet, *Etudes sur le XVIII siècle*, 301, 466), Diderot proclama que «todo es bueno en la naturaleza», y que, si el hombre se ha pervertido, no es á la naturaleza, es á las «miserables convenciones» á quienes se debe acusar. «¡Vuelve, pues, hijo tráfuga, vuelve á la naturaleza!» ¿Por qué? Porque «existe un hombre natural, que es fuerte y libre», al cual ha echado por tierra y en el cual «se ha introducido un hombre moral y artificial.» Retornemos á «la sencillez primitiva, en que el hombre vive sin remordimientos y la mujer sin pudor.» No hay que civilizar al hombre, sino dejarle abandonado á sus instintos: «si queréis hacerle dichoso y libre, no os mezcléis en sus asuntos; desconfiad de los que pretenden gobernarle.» No es posible decir las cosas con más brutal franqueza. En su *Gargantúa* y en su *Pantagruel*, Rabelais había ya hablado sobre el mismo asunto con meridiana claridad. Aun el mismo Turgot tenía, sobre la educación del hombre, convicciones, si menos exageradas, no menos naturalistas, y que coincidían con las del materialista Holbach.—N. del T.

(17) Tal era la educación de los espartanos con relación al más grande de sus reyes. Oigamos

á Montaigne (*Essais*, I, XXIV): «Cosa digna de la mayor consideración es que en aquella excelente política de Licurgo, verdaderamente monstruosa por su perfección en cuidar desde el alimento infantil hasta el gusto poético, apenas se haga mención de la doctrina, como si aquella juventud generosa, rechazando todo otro jugo, haya querido únicamente proporcionarse, en vez de maestros de ciencias, maestros de valor, de prudencia y de justicia...» Ahora veamos como el mismo autor habla de los antiguos persas: «Platón refiere como se educaba al hijo mayor en la sucesión real. Después de haber nacido, se le ponía en manos, no de mujeres, sino de los eunucos que tenían mayor autoridad cerca de los reyes á causa de su virtud. A cargo de estos eunucos corría el hacer que su cuerpo se desarrollase robusto y sano, y al cabo de siete años, le adiestraban en montar á caballo y en cazar. Cuando llegaba á la pubertad, le dejaban á merced de cuatro preceptores: el más inteligente, el más equitativo, el más temperante, el más fuerte de la nación. El primero le enseñaba la religión, el segundo á ser siempre veraz, el tercero á dominar la sensualidad, el cuarto á no temer nada», todos, añado yo, á ser probo, en modo alguno á ser sabio. «Astiages, en Jenofonte, pregunta á Ciro por la última lección que le corresponde, y se le contesta que en la escuela, un muchacho corpulento, que tenía un traje corto, lo dió á uno de sus compañeros de menor talla y cuyo traje le estaba demasiado holgado por ende. Habiéndome hecho el preceptor juez de esta diferencia, juzgué que era preciso dejar las cosas en aquel

estado, puesto que la mudanza á uno y otro convenía. Entonces el preceptor me hizo observar que mi juicio era erróneo, porque me detenía en el aspecto de conveniencia ó bienestar, sin antes tomar en consideración la justicia, que exige que á nadie se le haga fuerza en lo que le pertenece. Y es fama que Ciro fué castigado con maltrato de obra, ni más ni menos que lo somos nosotros en nuestras villas por haber olvidado el primer aoristo de *túpto*. Mi maestro me dirigiría una terrible arenga, *in genere demonstrativo*, antes de persuadirme de que su escuela valía tanto como la de Astiages.»—N. del A.

(18) Considerando los desórdenes afrentosos que la imprenta ha causado en Europa ya, y juzgando del porvenir por el progreso que el mal hace uno y otro día, fácil es prever que los soberanos no tardarán en tomarse, para expulsar el terrible arte de sus Estados, tantos cuidados como se han tomado para introducirlo en ellos. El sultán Achmet, cediendo á las importunidades de algunas supuestas personas de gusto, había consentido establecer una imprenta en Constantinopla; pero no bien la prensa empezó á producir, la destruyó y lanzó á un pozo sus aparatos. Dícese que el califa Omar, consultado sobre lo que debía hacerse con la biblioteca de Alejandría, respondió en los siguientes términos: «Si los libros de esa biblioteca contienen cosas opuestas al *Alcorán*, son malos y hay que quemarlos; si no contienen más que la doctrina del *Alcorán*, hay que quemarlos también, porque son superfluas.» Nuestros sabios han citado este razonamiento como el colmo de la absurdidad.

Poniendo, empero, á Gregorio el Grande en lugar de Omar, y al Evangelio en lugar del *Alcorán*, la biblioteca hubiera sido quemada, y su incendio acaso constituiría hoy el rasgo más hermoso de la vida de aquel ilustre pontífice.—N. del A.

(19) *Mercure de France*, de Junio de 1751 (tomo II).—N. del A.

(20) Montaigne, *Essais*, I, XXIV.—N. del A.

(21) El haber sido anónima y sin autor confesado la obra del rey de Polonia, me obligó á guardar el *incógnito*; pero el haber luego reconocido públicamente su paternidad, me ha dispensado de callar más tiempo el inmerecido honor que me hizo.—N. del A.

(22) Todos los príncipes, buenos y malos, serán baja é indiferentemente loados, siempre que haya cortesanos y hombres de letras. En cuanto á los príncipes que son grandes hombres, les convienen elogios más moderados y mejor escogidos. La lisonja ofende su virtud, y el elogio mismo puede dañar su gloria. Trajano sería mucho más grande á mis ojos, si Plinio el Joven no hubiera escrito su *Panegírico*. A haber sido Alejandro lo que afectaba parecer, no habría pensado en que se le hiciese su retrato y su estatua, ni permitido que redactase adulatora semblanza suya un lacedemonio. La única recompensa digna de un rey es hacerse conocer y oír, no por la boca mercenaria de un orador, sino por la voz de un pueblo libre. El emperador Juliano decía á los cortesanos que ensalzaban su justicia: «Para que vuestras alabanzas me causasen gozo, sería preciso que os

atreviéseis á decir lo contrario, si fuese verdad.»
N. del A.

(23) De lo que uno debiera sorprenderse es de la cuestión misma, grande y bella cuestión, como jamás se propuso, y que bien podría tardar en ser renovada. La Academia Francesa acaba de proponer, para el premio de elocuencia del año 1752, un asunto muy semejante á éste, pues se trata de sostener que *el amor de las letras inspira el amor á la virtud*. La Academia no ha juzgado oportuno plantear el problema en interrogante, y ha concedido en esta ocasión doble tiempo del que antes concedía á los autores, aun para el desarrollo de los temas más difíciles.—N. del A.

(24) Evito justificarme, como tantos otros, con aquéllo de que nuestra educación no depende de nosotros mismos, ni se nos consulta para envenenarnos. De muy buen grado me lancé al estudio, pero de mejor corazón todavía lo abandoné, al darme cuenta de la turbación que producía en mi alma, sin ningún provecho para mi razón. Repúgname un oficio engañoso, en el que se cree hacer mucho para la sabiduría, haciéndolo todo para la vanidad.—N. del A.

(25) *Historia*, II, xxxi. La frase que se atribuye á Alfonso el Sabio, y á que Rousseau hace referencia en el texto, no tiene, por necesidad, el sentido ateístico que suele dársele. Nuestro célebre monarca medioeval aludía en ella, no tanto al universo en sí ú objetivamente considerado, sino al universo imperfectamente concebido y formulado por Ptolomeo. Así lo entiende, entre otros, Picatoste (*Las frases célebres*, 102, 104). «He

hecho el mundo», es una frase de exactitud maravillosa en boca de Ptolomeo. El gran astrónomo se equivocó en todo: ni la tierra está en el centro de los orbes, ni hay los cielos que ideó, ni el orden de los planetas es el suyo, ni existen elementos, ni primer móvil, ni epiciclos; pero Ptolomeo calculó el primero un sistema del universo, y por ende pudo decir, refiriéndose á su razón, que había hecho el mundo. También Aristóteles se equivocó en casi cuanto escribió, y, sin embargo, los siglos le han respetado como creador y fundador de la filosofía y de la mayor parte de las ciencias. Alfonso el Sabio resumió en una sola frase la crítica más profunda del sistema de Ptolomeo, dos siglos antes de que los demás astrónomos conocieran sus errores al exclamar: «Mejor habría hecho yo el mundo.» En esta frase están indicados todos los errores del astrónomo egipcio, todas las complicaciones y dificultades de aquel sistema, que se había ido modificando para explicar las irregularidades de los astros, cuyos movimientos escapaban á una concepción sintética vulgar. Ahí están el gérmen y la profecía de los descubrimientos de Copérnico, Kepler, Galileo y Newton. Aquella inteligencia, tan superior á su siglo, puso en esa frase, que sus contemporáneos tuvieron por impía, y de que algunos timoratos estúpidos han querido lavar á Alfonso el Sabio, negando su existencia, la imposibilidad de que el universo fuese como aquella ciencia lo explicaba. Es un dilema que no tiene contestación: ó el mundo estaba mal hecho, ó la astronomía de Ptolomeo era un absurdo. Esa frase vivió obscu-

recida, perseguida ignominiosamente y cubierta de impiedad cerca de trescientos años, para revivir después, llena de gloria, ante la luz de un progreso que arrancó á los cielos el secreto de sus movimientos y midió las fuerzas que los impulsaban. El mundo *hecho* por Ptolomeo se venía á tierra ante la audaz é inteligente mirada de Alfonso el Sabio; aquella habilísima combinación de cielos y de círculos no podía resistir el análisis de un hombre que seguramente concebía ó presentía que el mundo debía estar mejor hecho.—N. del T.

(26) Mala señal para una sociedad es que necesite mucha ciencia en los que la conducen: si los hombres fuesen como deben ser, no tendrían necesidad de estudiar para aprender sus obligaciones. Por lo demás, Cicerón mismo, que «debía al saber todo su valor, reprendía á algunos de sus amigos el haber dedicado á la geometría, á la astrología, á la dialéctica y al derecho más tiempo del que merecen estas artes, lo cual les distraía de los deberes de la vida, más honrados y más útiles.» (Montaigne *Essais*, II, XII). ¡Páreceme que, en esta causa común, los sabios debían entenderse mejor entre sí, ó dar al menos razones sobre las cuales estuviesen de acuerdo.—N. del A.

(27) El filósofo de que Rousseau habla es D'Alembert, y la objección que menciona se halla en la introducción á la *Encyclopédie*, cuyo título completo, según la edición hecha por Faulche en Neuchastel y en 1765, era el de *Encyclopédie ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, par une société des gens de lettres.*

En el tomo VIII, página 257, registrase por cierto una brillante paradoja, á lo Rousseau, según la que «el hombre es el mejor y el peor de los animales.»—N. del T.

(28) Entre ambos partidos, reinó de continuo el odio y el desprecio recíprocos que en todo tiempo han reinado entre los filósofos y los doctores, es decir, entre los que se vanaglorian de poseer una ciencia propia y los que hacen de su cabeza un repertorio de la ciencia ajena. Retened y considerad el maestro de música y el maestro de baile del *Bourgeois gentilhomme* de Molière, y hallaréis el anticuario y el intelectual, el químico y el letrado, el jurisconsulto y el médico, el geómetra y el versificador, el teólogo y el metafísico. Para bien juzgar á todos estos tipos, basta referirles á ellos mismos y escuchar lo que cada uno dice, no de sí, sino de los otros.—N. del A.

(29) Lo que Rousseau afirma en este pasaje, es cierto y está admitido por todos los que han estudiado de cerca la religión judáica. Entre otros, Renan (*Vie de Jésus*, 6, 10, 30, 44, 70) supone que Jesús no recibió probablemente otra enseñanza que la que, en su época, daba el *hazzan* ó lector de las sinagogas (*Mischna, Schabath*, I, 3), y que frecuentó poco las escuelas (que acaso no había en Nazareth) de los escribas ó *soferim*. En la Judea castiza, la Ley ó *Thora*, de carácter exclusivamente moral y social, era el único punto de partida y de apoyo de toda la cultura, y cuando su influencia salió del círculo de la familia y de la tribu, fué para que los profetas la anunciaran como la religión futura del género humano. En

cuanto á la cultura helénica, se vió siempre pros-crita por los doctores de Palestina, que envolvían en una misma maldición «al que educa puerco y al que instruye á su hijo en la ciencia griega» (*Mischna, Sanhedrin*, XI, 1. *Talmud de Babilonia, Baba Kama*, 82 b, 83 a. *Sota*, 49 |a. *Menachoth*, 64 b). Los mismos judíos helenistas, que habían traspasado en este punto todo precepto, no por ello se penetraron de espíritu helénico ó griego verdaderamente filosófico. Josefo y Filon, que vivían en un gran centro intelectual y habían recibido una educación y una instrucción muy completas, no poseían sino una cultura y una ciencia quiméricas, y, por decirlo así, de mala pasta. Los sadúceos, que eran, en realidad, fieles al hebraísmo clásico, y los fariseos, que eran, en el fondo, verdaderos novadores, coincidían en su culto á la Ley. En Jerusalén, el griego era muy poco conocido, y los estudios helénicos se miraban como peligrosos y aun serviles, declarándoseles útiles, á todo, más para las mujeres, á guisa de adorno (*Talmud de Jerusalén, Peah*, I 1). Únicamente el estudio de la Ley pasaba por liberal y digno de un hombre serio, (Josefo, *Antiquitatum*, XX, XI, 2. Orígenes, *Contra Celsum*, II, XXXIV). Interrogado sobre el momento en que debía enseñarse á los niños la «sabiduría de los griegos», un sabio rabino había contestado: «A la hora que no sea el día ni la noche, pues escrito está de la Ley: la estudiarás noche y día» (*Talmud de Jerusalén, Peah*, I, 1. *Talmud de Babilonia, Menachoth*, 99 b).—N. del T.

(30) Estos primeros escritores, que sellaban

con su sangre el testimonio de su pluma, serían hoy día autores en sumo grado escandalosos, porque sostenían precisamente el mismo sentir que yo. San Justino, en su *Dialogus cum Tryphone*, pasa revista á las diversas sectas de filosofía de que él otrora había sido secuaz, y las pinta tan ridículas, que se creería leer un diálogo de Luciano. En el *Apologeticus pro christianis* de Tertuliano, se ve también hasta qué punto los primeros cristianos se ofendían de que se les tomase por filósofos (a). Y en efecto: detalle alguno abatirá más á la filosofía que la exposición de las máximas perniciosas y los dogmas impíos de sus sectas. Los epicúreos negaban toda Providencia, los académicos dudaban de la existencia de la Divinidad, y los estóicos ponían en tela de juicio la inmortalidad del alma. Las sectas menos célebres no tenían mejores opiniones, y he aquí una muestra de lo que eran las de Teodoro, jefe de una de las ramas de los cirenaicos, según que las refiere Diógenes Laercio (*In Aristippo*, 98): *Sustulit amicitiam, quod ea neque insipientibus neque sapientibus adsit... Probabile dicebat prudentem virum non seipsum pro patria periculis exponere, neque enim pro insipientium commodis amittendam esse prudentiam. Furto quoque et adulterio et sacrilegio, cum tempestivum erit, daturum operam sapientem. Nihil quippe horum turpe natura esse. Sed auferatur de hisce vulgaris opinio, quæ e stultorum imperitorum que plebecula conflata est... sapientem publice absque ullo pudore ac suspitione scortis congressurum*. Bien sé que éstas son opiniones puramente particulares; pero

¿hay una sola de todas esas sectas que no haya caído en algún error peligroso? ¿Y qué decir de la distinción de las dos doctrinas, tan ávidamente recibida por todos los filósofos, y por la cual profesaban en secreto ideas contrarias á las que enseñaban en público? Pitágoras fué el primero que hizo uso de la doctrina interior, que no descubría á sus discípulos sino después de largas pruebas y con el mayor misterio, dando en la intimidad lecciones de ateísmo y ofreciendo solemnemente hecatombes á *Júpiter*. Los filósofos encontraron de perlas este método, que se extendió rápidamente por Grecia, y de allí pasó á Roma, como se ve por las obras de Cicerón, que con sus amigos se mofaba de aquellos mismos dioses inmortales que con tanto énfasis invocaba en las arengas de la tribuna. Esa doctrina no fué llevada, en verdad, de Europa al Extremo Oriente; pero aquí también nació con la filosofía: á ella deben los chinos la enorme legión de filósofos ó de ateos que en su país existen. La historia de doctrina tan fatal, hecha por un hombre sincero é instruido, sería un terrible golpe dado á la filosofía antigua y moderna. Pero la filosofía despreciará y desafiará siempre la razón, la verdad y el tiempo mismo, porque tiene su fuente en el orgullo humano, más fuerte que todas esas cosas.—N. del A.

(a) Rousseau exagera en lo que dice de San Justino, aunque no en lo que afirma de Tertuliano. La doctrina del *lógos espermatikos*, tan particular á San Justino, supone que las semillas de la fe de los cristianos estaban esparcidas en la ley de los judíos y en la sabiduría de los gentiles; de aquí

la alta estima del apologista por la filosofía, que considera como camino é instrumento para discernir la verdad de las cosas: su estudio es recomendable y esclarece, como ninguna otra disciplina, el espíritu del hombre (*Dialogus cum Tryphone*, I, v). En cambio, Tertuliano tiene á la filosofía en muy poco; constantemente fustiga á los filósofos, *qui mimice affectant veritatem et affectanda corrumpunt*: del saber filosófico dimanar, según él, todas las herejías (*Apologeticus pro christianis*, XLVII). Pero lo que aquí habla es antes un sectarismo invertido que un negativismo radical. La única obra cristiana de aquel tiempo que, por el fondo y la forma, podría compararse con un diálogo de Luciano, es la *Irrisio gentilium philosophorum* de Hermias.—N. del T.

(31) Se han dirigido justos reproches á Clemente de Alejandría, por haber afectado, en sus escritos, una erudición profana, impropia de un cristiano. Entonces, sin embargo, excusable era instruirse en la doctrina contra la cual había que defenderse. Empero ¿cómo ver, sin que la risa asome á los labios, todas las fatigas y trabajos que nuestros sabios se toman para esclarecer las soñaciones de la mitología? (a).—N. del A.

(a) En pocas palabras niega Rousseau toda una ciencia que en el siglo anterior al suyo había ya obtenido un amplio desarrollo, y que después de él ha hecho brillantes progresos: la mitología comparada. En otra parte (*Los orígenes de la religión*, I, 17) le cogí en otro desliz del mismo género, que enuncia en *Du contrat social* (en las

Œuvres complètes, III, 382). En cuanto á Clemente de Alejandría, no es mucho que conociese á fondo la ciencia greco-pagana, cuando era y él mismo se calificaba de gnóstico (*Stromata*, IV, XXII), y fué uno de los más ilustres representantes de la escuela de Alejandría, madre del neoplatonismo y del sincretismo. Baronio quitó su nombre del martirologio romano, cuya nueva edición fué publicada en 1751 por Benedicto XIV; pero es lo cierto que las razones que este célebre papa indica en la bula *Postquam intelleximus*, fueron precisamente las que hicieron en su tiempo famoso á Clemente de Alejandría, conviene á saber: 1) su concepción gnóstica de la penetración y relación íntima (*perichoresis*) de la razón con la fe; 2) su criterio ecléctico en cuantas cuestiones filosóficas se enlazaban con la teología; 3) su habilidad en mezclar las ideas del cristianismo con las tradiciones religiosas del Oriente; 4) sus llamados «errores» dogmáticos, que compartió con otra de las mayores inteligencias de la primitiva cristiandad: Orígenes.—N. del T.

(32) «Nuestra fe no es adquisición nuestra propia, sino puro presente de la ajena liberalidad. No hemos recibido nuestra religión por discurso ó por nuestro entendimiento, sino por autoridad y por mandato extraño. La debilidad de nuestro juicio nos ayuda en ello más que la fuerza, y nuestra ceguedad más que nuestra clarividencia. Por ministerio de nuestra ignorancia, más que de nuestra ciencia, somos capaces de la sabiduría divina, No hay que maravillarse de que nuestros medios naturales y terrestres sean incapaces de

concebir ese conocimiento sobrenatural y celeste; aportemos á él tan solo nuestra obediencia y nuestra sujeción, porque escrito está: *Yo destruiré la sabiduría de los sabios, y abatiré la prudencia de los prudentes*» (Montaigne, *Essais*, II, XII). N. del A.

(33) El duque de La Rochefoucauld, *Maximes*, 223.—N. del. T.

(34) Cuando se trata de objetos tan generales como las costumbres y las maneras de un pueblo, conviene no apoyar los puntos de vista en ejemplos particulares, medio seguro de no descubrir jamás el origen de las cosas. Para saber si la cortesía debe razonablemente atribuirse á la cultura de las letras, importa poco averiguar si tal ó cual sabio es hombre fino: lo que hay que examinar son las relaciones que pueden existir entre una cosa y otra, y ver cuáles son los pueblos en que se hallan unidas ó separadas. Otro tanto digo del lujo, de la libertad, de todo cuanto influye en las costumbres de una nación y sobre lo que oigo á diario razonar lo más lamentablemente del mundo. Examinarlo en pequeño y considerando algunos individuos tan sólo, es perder tiempo y reflexiones, porque se puede conocer á fondo á Fulano ó Mengano, y haber realizado escasos progresos en el conocimiento de los hombres (a) —N. del A.

(a) A mi juicio, Rousseau se equivoca en este punto. Porque si es difícil realizar el *nosce te ipsum*, lo es más todavía el conocer á los demás, que ni se conocen á sí mismos, ni se dejan conocer fácilmente. El conocimiento de las acciones de alguno de nuestros semejantes cuesta mucho

esfuerzo, porque, en este orden, las acciones se realizan á grandes profundidades y á veces nacen del capricho. En cuanto al conocimiento del hombre «en general», á que Rousseau se refiere, no es más que una vaguedad ó una abstracción, sin el de los individuos «en particular».—N. del T.

(35) Mucho me admiraría que alguno de mis críticos no partiese del elogio que hice de algunos pueblos ignorantes y virtuosos, para oponerme las tropas de bandidos que han inficionado la tierra, siendo hombres muy sabios por lo común. Yo les exhorto de antemano á no fatigarse en esta investigación, á menos que no la estimen necesaria para ostentar erudición á costa mía. Si yo hubiese dicho que basta ser ignorante para ser virtuoso, no valdría la pena responderme, y, por la misma razón, muy dispensado me creería de responder, por mi parte, á los que perdiesen el tiempo en sostener lo contrario. Véase el *Timon* de Voltaire.—N. del A.

(36) El ya citado filósofo dice que «quedarán los vicios y que tendremos la ignorancia de añadidura.» En las pocas líneas que ese autor ha dedicado á tan grande asunto, se advierte que volvió los ojos de este lado y que vió muy lejos.—N. del A.

(37) Trátase del mismo rey Estanislao.—N. del T.

(38) Rousseau no respondió á Bordes más que una sola vez, pero había ya respondido al rey de Polonia, y llama á esta respuesta la última, para advertir que no respondería á nadie más.—N. del T.

(39) Hay verdades muy ciertas que, al primer golpe de vista, parecen absurdos, y que pasarán siempre por tales á los ojos de la mayoría de las gentes. Id á decir á un hombre del pueblo que el sol está más cerca de la tierra en Invierno que en Verano, y que se ha puesto antes de que dejemos de verle, y se reirá de vosotros. Sucede lo propio con la opinión que sostengo. Contra ella se revolverán siempre las personas superficiales. No espero la misma actitud de parte de los verdaderos filósofos, y si tengo la gloria de hacer algunos prosélitos, será entre los últimos. Antes de dar mis explicaciones, he meditado por largo tiempo el asunto y procurado considerarle en todos sus aspectos (a): dudo que cada uno de mis adversarios haya hecho otro tanto: al menos, no vislumbro en sus escritos esas verdades fulgurantes que hieren, tanto por su novedad como por su evidencia, y que son siempre prueba y fruto de una meditación detenida. Me atrevo á aseverar que nunca me han opuesto una objeción razonable que yo no hubiese previsto y á la que no hubiera respondido de antemano. He aquí por qué me he visto reducido á repetir siempre las mismas cosas.—N. del A.

(a) Falsa es esta aseveración, si es verdadera la versión, según la cual Diderot fué el inductor del argumento del *Discours* y Rousseau simplemente un inducido. En tal caso, tienen razón los que suponen que Rousseau se constituyó en apóstol de una idea contraria á sus convicciones, sólo porque era nueva y paradójal, y ven un rasgo del carácter de Rousseau en haber precisamente cons-

trufdo un sistema sobre un incidente fortuito.—
N. del T.

(40) *Los conocimientos hacen dulces á los hombres*, dice el filósofo ilustre, cuya obra, siempre profunda y á veces sublime, respira amor á nuestra especie en sus páginas todas, resumiendo en pocas palabras y, lo que es más raro, sin declamación, lo que jamás se haya escrito de más sólido en ventaja de las letras. Seguramente, los conocimientos hacen dulces á los hombres, pero la dulzura, que es la más amable de las virtudes, es también algunas veces una debilidad del alma. La virtud no siempre es dulce, y con gran frecuencia se arma de severidad contra el vicio y se inflama de indignación contra el crimen. El justo nunca tuvo vocación para perdonar al perverso, y pertinente fué la contestación que un rey de Lacedemonia dió á los que exaltaban en presencia suya la extrema bondad de su colega Carrillo, diciendo que no podía ser bueno quien no sabía ser terrible con los malos. *Quod malos boni oderint, bonos oportet esse*. Bruto no era un hombre dulce, y ¿quién se atrevería á decir que no era virtuoso? Al contrario, hay almas flojas y pusilánimes, que no tienen fuego ni calor, y cuya dulzura significa indiferencia para el bien y el mal. Tal es la dulzura que inspira á las naciones el gusto de las letras.—
N. del A.

(41) Lo que á Sócrates costó la vida, fué precisamente el haber dicho las mismas cosas que yo. En su proceso, uno de los acusadores alegó por los artistas, otro por los poetas, otro por los oradores ó retóricos, todos por la supuesta causa de

las divinidades. Los artistas, los poetas, los oradores ó retóricos y los fanáticos que hablaban en nombre de los dioses, triunfaron, y Sócrates pereció. Y, en conclusión, temo mucho haber hecho demasiado honor á mi siglo, asegurando que en él Sócrates no hubiese bebido la cicuta. Nótese que yo decía esto en 1750.—N. del A.

(a) Al escribir semejantes palabras, años después de la primera edición de su discurso, Rousseau tal vez pensaba en que las crueldades de la Inquisición continuaban aún en el siglo XVIII. Voltaire tuvo que sufrir el destierro, Diderot estuvo encerrado en el Fuerte del Obispo, y el mismo Rousseau vió pendiente sobre su cabeza una orden de encarcelamiento. Veinticuatro años antes (1765) de la Revolución se perpetró en Francia uno de los crímenes religiosos más capaces de espantar á la conciencia humana: este drama sangriento es conocido en la historia con el nombre de asesinato jurídico del caballeroso de La-barre; y Dide, en la conclusión de su libro sobre *La fin des religions*, describe, en sus principales detalles, el inicuo proceso.—N. del T.

(42) Nunca asisto á la representación de una comedia de Molière sin tener ocasión de admirar la delicadeza de los espectadores. Una palabra algo libre, una expresión más bien grosera que obscena, todo hiere sus castos oídos, y estoy seguro de que los más corrompidos son siempre los más escandalizados. Sin embargo, si se comparan las costumbres del siglo de Molière con las del nuestro, no somos por cierto nosotros quienes salimos ganando en la comparación. Cuando la ima-

ginación se ha mancillado una vez, todo se convierte para ella en motivo de escándalo. Cuando sólo lo exterior ó decorativo parece bueno, se toman los cuidados más exquisitos para conservarlo.—N. del A.

(43) Se me ha opuesto el lujo de los asiáticos por la misma razón que se me han opuesto los vicios de los pueblos ignorantes. Empero, por una desgracia que á mis adversarios persigue, se equivocan hasta en los hechos que nada prueban contra mi opinión. Sé muy bien que los pueblos de Oriente son más ignorantes que nosotros, mas eso no impide que sean tan vanos y escriban casi tantos libros. Los turcos, que son los que, entre ellos, menos cultivan las letras, contaban hasta quinientos ochenta poetas clásicos á mediados del siglo anterior (a).—N. del A.

(a) Los musulmanes, en general, se consideran como más hábiles en el arte oratorio ó retórico que los demás pueblos, y lo tienen á gran vanagloria. El talento de espresarse con facilidad y elegancia se mira, entre ellos, con la mayor estimación. Aun en los discursos ordinarios, las personas de elevado nacimiento se complacen en hacer frecuentes y exactas citas, sacadas de los poetas de renombre. Véase á Sale (*Observations historiques et critiques sur le mahométisme*, 474) y á Letourneau (*L'évolution littéraire dans les diverses races humaines*, 273).—N. del T.

(44) No me propongo lisonjear á las mujeres, y consiento en que me den el calificativo de pedante, tan temido por nuestros galantes filósofos; soy grosero, mazorrall é impolítico por principios,

y no transijo con predicadores de encomios: sólo soy fácil para decir la verdad. Ahora bien: el hombre y la mujer han nacido para amarse y unirse; pero, pasada esta unión legítima, todo comercio de amor entre ellos es una fuente afrentosa de desórdenes en la sociedad y en las costumbres. Cierto que las mujeres por sí solas podrían renovar el honor y la probidad entre nosotros, mas como desdeñan recibir de manos de la virtud un imperio que quieren deber únicamente á sus encantos, traen consigo el mal y encuentran en su preferencia su castigo. Trabajo cuesta concebir cómo, en una religión tan pura como la nuestra, la castidad haya podido llegar á ser considerada como una virtud baja y monacal, capaz de hacer ridículo al hombre y de la que apenas si se permite vanagloriarse á la mujer, al paso que, entre los paganos, esa virtud era honrada universalmente, mirada como propia de los grandes hombres y admirada en los héroes más ilustres. Tres puedo nombrar, que no ceden el uno al otro, y que, sin que la religión en ello se mezclase, dieron ejemplos memorables de continencia: Ciro, Alejandro y Escipión el Joven. De todas las rarezas que encierra el gabinete del rey, tan sólo quisiera contemplar el escudo de oro que fué regalado á este último por los pueblos de España, y sobre el cual hicieron éstos grabar el triunfo de su virtud. A los romanos correspondió someter á los pueblos, tanto por el esfuerzo de sus armas, como por la veneración debida á sus virtudes, y así es como la ciudad de Falisca fue subyugada y Pirro vencedor expuísado de Italia. Recuerdo haber leído en

alguna parte una muy adecuada respuesta del poeta inglés Dryden á un joven lord, que le reprochaba que, en una de sus tragedias, Cleómenes se entretenía en conversar digna y noblemente con su amante, en lugar de acometer alguna empresa digna de su amor. «Cuando estoy al lado de una bella, le decía el joven lord, sé aprovechar mejor el tiempo.» A lo que contestó Dryden: «Lo creo, señor; pero habréis de convenir asimismo en que vos no sois un héroe.»—N. del A.

(45) Dificil me es dejar de reir al ver que tantos hombres sabios como me honran con sus críticas limitanse á oponerme los vicios de los pueblos ignorantes, como si esto atañese al fondo de la cuestión. De que la ciencia engendre necesariamente el vicio, ¿se sigue que la ignorancia engendre necesariamente la virtud? Estas maneras de argumentar pueden ser buenas para los retóricos ó para los niños, por los cuales se me ha hecho refutar en mi país, pero los filósofos deben razonar de otra suerte.—N. del A.

(46) El lujo alimenta á cien pobres en nuestras ciudades y hace perecer á cien mil en nuestras campiñas. El dinero que circula en manos de los ricos y de los artistas para proveer á sus superfluidades, es dinero perdido para la subsistencia del labrador. El solo despilfarro de las materias que sirven para la manutención de los hombres, basta para hacer el lujo odioso á la humanidad (*a*). Felices pueden llamarse mis adversarios, de que la culpable delicadeza de nuestro idioma me impida meterme en detalles que avergonzarían la causa que defienden. Si tantos enfermos carecen de caldo, es

por exceso de jugos en nuestra cocina. Si el paisano no bebe más que agua, es por sobrar licores en nuestra mesa. Si una multitud de pobres no tiene pan, es por la abundancia de polvos en nuestra peluca.—N. del A.

(a) Contra el lujo se ha escrito mucho, y todo lo que á este propósito declama Rousseau, es una sarta de lugares comunes, que no cabe admitir sin reservas. Laveleye, en su libro sobre *Le luxe*, y Baudrillart, en su *Histoire du luxe*, han propuesto toda una técnica y una preceptiva de evitar el lujo, para lo cual es la religión necesaria, como depone la experiencia. Say, Hervé-Bazin, Liberatore y Antoine, en sus respectivos tratados de economía política, censurando el lujo, han deducido que el único remedio contra sus excesos está en los sentimientos religiosos, que inspiran la templanza, el horror á la vanidad y á los falsos goces y el amor á la beneficencia. Las potestades civiles y políticas han fracasado en este punto, como lo demuestra la historia. Hubo tiempos, así antiguos como modernos, en que la autoridad pública quiso poner un freno al lujo, dando leyes suntuarias, que medían el tamaño y la riqueza de los adornos, la calidad de las telas, el corte de los vestidos. Todo inútil: esas leyes no consiguieron su objeto, y el lujo pudo más que las pragmáticas. Un medio más reciente y seguro consiste en la coacción indirecta, que grava con pesados impuestos los objetos de lujo; pero aun este medio tiene pocas probabilidades de éxito, si es que no sirve para excitar más todavía la pasión por el lujo: ¿no sostiene el mismo Rousseau, siguiendo á Rabelais,

que una de las causas de que, siendo buenos por naturaleza, seamos malos en sociedad, es que la educación individual y la civilización colectiva nos llevan á emprender siempre cosas prohibidas y apetecer lo que se nos niega? ¿Se podrá extrañar, por ende, que sabios como Mac Culloch (*Principles, of political economy*, IV, XXI), Mauricio Block (*Le progrès* II, XXXV) y Leroy-Beaulieu (*Revue des Deux-Mondes*, 1894, CXXVI, 72, 547) hayan tomado la defensa del lujo, y, condenándolo severamente ante el tribunal de la moral, lo hayan absuelto ante el areópago de los economistas? Y bien mirado, el aumento de necesidades es un estímulo para el ingenio y el esfuerzo de los hombres, una levadura de progreso y de prosperidad social. Yo respeto la sobriedad individual de los altruistas, pero no reputo tal la que estriba en no regalarle con nada y vegetar en una precaria situación. Un pueblo compuesto de unos hombres que se satisficieran con un trozo de pan y un sorbo de agua y un pedazo de tierra donde tenderse al sol ó á la sombra, según las estaciones, acabaría por retroceder al estado salvaje. Esto es, en efecto, lo que parece desear Rousseau, quien confunde con el lujo el fomento dado por un hombre rico á las artes, á las letras, á las ciencias, empleando una parte notable de su fortuna en encargar estatuas y cuadros y en formar colecciones de objetos preciosos. En este uso de la riqueza, nada hay que no sea muy racional, como tampoco son propiamente lujo los gustos consagrados á la higiene y á la comodidad de la vida por los que tienen medios para ello. Entiéndese por lujo, tomada esta palabra en

su acepción más estricta, el uso irracional de cosas supérfluas, raras y caras. Si el uso es racional y está encerrado en sus justos límites, entonces no cabe el lujo, y si alguna vez lo hubiere, será en el sentido de magnificencia, como ocurre con el culto religioso, el esplendor urbano y el desarrollo artístico de una nación. En tal caso dado lo noble y elevado del objeto, el lujo antes constituye una virtud que un vicio. Por lo demás, el lujo es una costumbre relativa á lugares y á tiempos, para el cual no hay medida absoluta en una sociedad dada.—N. del T.

(47) Empiezo por advertir que esta nota va dirigida á los filósofos, no al resto de los mortales, y afirmo que si el hombre es naturalmente malo, las ciencias sólo pueden contribuir á hacerle peor. Por esta sola suposición, nos hallamos ante una causa perdida. Mas aunque el hombre sea naturalmente bueno, como yo creo, y me complazco en repetir, no se sigue de ello que las ciencias le sean saludables, porque toda posición que pone á un pueblo en el caso de cultivarlas, anuncia necesariamente un comienzo de corrupción que ellas aceleran bien pronto. Entonces el vicio de la constitución realiza todo el mal que hubiera podido hacer el de la naturaleza, y los malos prejuicios se convierten en perversas inclinaciones.—N. del A.

(48) Pericles tenía mucha elocuencia, gran talento, magnificencia y gusto, y embelleció á Atenas con edificios suntuosos, modelos excelentes de escultura y obras maestras en todas las artes: ¡por eso le ha encomiado tanto la vasta multitud de los escritores! Con todo, queda por saber si Pe-

ricles fué un buen magistrado, porque, en la conducta de los Estados, no se trata de levantar estatuas, sino de gobernar bien á los hombres. No me entretendré en desarrollar los motivos secretos de la guerra del Peloponeso, que fué la ruina de la república; no decidiré si el consejo de Alcibiades estaba bien ó mal fundado, y si Pericles fué justa ó injustamente acusado de malversación: tan sólo preguntaré si los atenienses se hicieron mejores ó peores bajo su gobernación, y rogaré se me cite alguno entre los ciudadanos, entre los esclavos, entre sus propios hijos, que deba á sus cuidados el haber sido hombre de bien. He aquí, sin embargo, lo que me parece la primera función de un soberano, pues el más corto y seguro medio de procurar la felicidad de los hombres, no es adornar, ni siquiera enriquecer sus ciudades, sino hacerles buenos.—N. del A.

(49) «Veo á la mayoría de los talentos de mi época mostrarse ingeniosos en obscurecer la gloria de las bellas y generosas acciones antiguas, dándoles una interpretación vil y atribuyéndolas á ocasiones y causas vanas. ¡Gran sutileza! Déseme la acción más excelente y pura, y podré, para explicarla, proporcionar cincuenta intenciones viciosas. Sólo Dios sabe qué diversidad de imágenes sufre nuestra voluntad íntima. Al ser tan mal pensados, esos ingeniosos no tanto pecan de malicia como de grosería y torpeza. Yo emplearía en ensalzar el mismo trabajo y aun la misma licencia que ellos emplean en disminuir. A las raras figuras, puestas de ejemplo al mundo por consentimiento de los sabios, no temería recargarlas de honor,

tanto como mi invención me lo permitiese, en interpretación y favorable circunstancia. Hasta creo que los esfuerzos de nuestra concepción se hallan muy por debajo de su mérito. Misión de los hombres de bien es pintar la virtud cuan más bellamente puedan, y no nos engañáramos ni aun cuando la pasión nos pusiese en favor de formas tan santas.» No es Rousseau quien dice todo esto, sino Montaigne. (*Essais*, I, xxxvi). Sabido es que Montaigne, á quien Rousseau tan frecuentemente cita, hizo de su desdén por las ciencias el *leit motiv* de sus *Essais* (I, xxiv, II, xiii, III, xii), coincidiendo con él su discípulo Charron (*De la sagesse*, III, xiv). La misma doctrina se encuentra en las *Lettres persannes* de Montesquieu y en la llamada comedia italiana de *L'ile des esclaves* (1725) y la llamada comedia francesa de *Petits hommes ou Vile de la raison*, ambas de Marivaux, sin contar la segunda parte de la *Histoire des troglodites*, la *Progymnasma adversus litteras et litteratos* (1551) de Giraldi y el tratado *De vanitate é incertitudine scientiarum* (1521) de Cornelio Agripa. Cajet pudo, ciertamente, escribir toda una obra sobre *Les plagiats de Rousseau*.—N. del T.

(50) Curio, al rechazar los presentes de los samnitas, decía que quería más mandar á los que tienen oro que tenerlo él mismo. Se hallaba en lo cierto. Los que aman las riquezas están hechos para servir, y los que las desprecian, para mandar. Lo que esclaviza á ricos y á pobres, no es la fuerza del oro, sino el querer á toda costa poseerlo. Sin esto, serían necesariamente los amos.—N. del A.

(51) La altanería de mis adversarios me condu-

ciría al colmo de la indiscreción, si perseverase en discutir contra ellos, que creen imponerse con su desdén hacia los pequeños Estados. ¿No temen que yo les pregunte, una vez siquiera, si es bueno que los haya grandes?—N del A.

(52) Esta cita latina corresponde á Séneca, *De Providentia*, II.—N. del T.

(53) Si Tito no hubiese sido emperador, jamás hubiésemos oído hablar de él, porque hubiese continuado viviendo como los demás, y no se convirtió en hombre bueno sino cuando, dejando de recibir el ejemplo de su siglo, pudo darle él mismo un ejemplo mejor. Léase á Suetonio (*In Titum*, I, VII): *Privatus atque etiam sub patrie principe, ne odio quidem, nedum vituperatione publica caruit.,. At illi ea fama pro bono cessit, conversaque est in maximas laudes.*—N. del A.

(54) No hay para qué preguntar si los padres y los maestros estarán dispuestos á separar mis escritos peligrosos de los ojos de sus hijos y sus discípulos. ¡Qué indecente, afrentoso y desordenado sería, en efecto, que sus hijos y sus discípulos desdeñasen tantas cosas bonitas y prefiriesen la virtud al saber! Esto me recuerda la respuesta de un preceptor lacedemonio á quien se preguntaba por burla lo que enseñaría á su educando: «Le enseñaré á amar la honestidad» (a). Si encontrase á tal hombre entre nosotros, le diría al oído: «Guardaos de hablar así, porque no tendréis alumnos jamás; pero aseguradles que les enseñaréis á charlar agradablemente, y os respondo de vuestra fortuna.»—N. del A.

(a) La frase del lacedemonio, reproducida por

Rousseau, se encuentra al final del tratadito de Plutarco: *Que la virtud puede enseñarse.*—N. del T.

(55) Se me preguntará acaso qué mal puede hacer al Estado un ciudadano de este género. Hace mal á los demás por el mal ejemplo que les proporciona y por los vicios que á él va á buscar. De todos modos, la ley debe prevenirse contra él, pues más vale que se le ahorque que no que sea perverso.—N. del A.

(56) Pásame por la cabeza un nuevo sistema de defensa, y no respondo de que no tenga la debilidad de ejecutarlo algún día. Esta defensa no se compondría más que de razones sacadas de los filósofos, de donde se seguiría, ó que han sido todos ellos unos charlatanes, como pretendo yo, si se encuentran sus razones malas, ó que he ganado mi causa, si se las encuentra buenas.—N. del A.

(57) La obra de Melon, á que Rousseau alude, se intitula *Essai politique sur le commerce*. La segunda edición apareció en 1736, en un dozavo.—N. del T.

(58) Hasta las pequeñas hojas críticas redactadas para diversión de la juventud parece que me hacen el honor de acordarse á menudo de mí. No las he leído, y seguramente no las leeré; pero nada me impide hacer de ellas el caso que merecen, y no dudo que todo esto no sea muy entretenido.—N. del A.

(59) Se me asegura que Gautier me hizo el honor de replicarme, aunque yo no le hubiese respondido, y hasta habiendo yo expuesto mis razones para no hacerlo. En apariencia, Gautier no en-

cuenta esas razones buenas, puesto que se ha tomado la molestia de refutarlas. Comprendo que es preciso ceder ante Gautier, y convengo de muy buen grado en la sinrazón en que caí al no responderle. Estamos, pues, de acuerdo en absoluto. Lo que lamento es no poder reparar mi falta, pues, por desgracia, ya no es tiempo y nadie sabría de qué quiero hablar.—N. del A.

(60) El verdadero autor de esta refutación era un tal Lecat, secretario perpetuo de la Academia de Rouen.—N. del T.

(61) Si el autor me hace el honor de refutar esta carta, no hay duda que me prueba, en una bella y docta demostración, sostenida con muy graves autoridades, que no es un crimen ser propietario de un terreno. En efecto: puede que no lo sea para otros, pero lo sería para mí.—N. del A.

(62) Puede verse, en el *Discours de Lyon*, un hermoso modelo del modo cómo conviene á los filósofos atacar y combatir sin personalismos y sin invectivas. Me lisonjeo de que se encontrará también en mi respuesta un ejemplo del modo cómo se puede defender lo que se cree verdadero, con la fuerza de que se es capaz y sin acritud contra los que la atacan y combaten.—N. del A.

(63) Si dijese que tan extraña cita proviene de alguien á quien el *Méthode grecque* de Clénard es más familiar que el *De officiis* de Cicerón, y que, por tanto, parece conducirse asaz gratuitamente para ser defensor de las buenas letras, y si añadiese que hay profesiones, como la cirugía, donde se emplean tantos términos derivados del griego, que ponen á los que las ejercen en la nece-

sidad de poseer algunas nociones elementales de esa lengua, ello equivaldría á tomar el tono del nuevo adversario, y responder como hubiera podido hacerlo en lugar mío. Respondo, pues, que, cuando aventuré la palabra *investigación*, quise hacer un servicio á la lengua, introduciendo en ella un término dulce y armonioso, cuyo sentido es ya conocido, y que no tiene sinónimo en francés. A lo que entiendo, hay en esto todas las condiciones que se exigen para autorizar libertad tan saludable.

Ego cur, acquirere pauca.

Si possum, invideor, cum lingua Catonis et Enni Sermonem patrium ditaverit? (a). Pretendí sobre todo expresar exactamente mi idea. No ignoro que la primera regla de nuestros autores es escribir correctamente, ó, como dicen, hablar francés. Es que ellos tienen pretensiones y quieren pasar por modelos de corrección y elegancia. Para mí, que no me cuido en modo alguno de lo que se piense de mi estilo, la primera regla es hacerme entender. Nunca dudaré en emplear diez solecismos, si con su ayuda puedo expresarme más enérgica ó más claramente, y siempre que sea bien entendido de los filósofos, abandonaré gustosamente á los puristas la empresa de correr tras las palabras.—N. del A.

(a) Esta cita que hace Rousseau es de Horacio (*De arte poética*, 55).—N. del T.

(64) En el prefacio de la comedia *Narcisse*, compuesta á los diez y ocho años de edad (1733), estrenada el 18 de Diciembre de 1752 é incluida en el tomo V de las *Œuvres complètes*, Rousseau

ha resumido toda esta discusión. En el *Mercure de France* de Agosto de 1752, se puede ver la denegación de la Academia de Dijón á propósito de cierto escrito falsamente atribuido por el autor á uno de los miembros de esa Academia, y en el susodicho prefacio la defensa de Rousseau contra los que pretendían que él no creía una palabra de las supuestas verdades de que se había erigido en sostenedor, y que al demostrar una proposición cualquiera, no dejaba de creer en la contraria, es decir, que probaba cosas tan extravagantes, que no podía mantenerlas por convicción ó en serio, sino por juego ó en broma. No tengo aquí por cargo mío hablar de este último esfuerzo de Rousseau para mantener sus absurdas concepciones de la moral social, reservando semejante tarea para lo introducción crítica á mi traducción de su discurso sobre el origen de la desigualdad entre los hombres, que Voltaire, con su maligno graceja, llamaba, en su respuesta del Verano de 1755, *un nouveau libre contre le genere humain*, invitando irónicamente al autor á que fuese á su posesión de las *Delicias* á restablecer su salud vacilante, con los puros aires de la campiña y á beber en él la leche de sus vacas y ramonear sus yerbas. De aquí nació la enemistad de Rousseau con Voltaire, quien, ante las enormidades lanzadas por el sofista de Ginebra, le escribía irónicas felicitaciones y le decía: «En obra alguna se ha empleado jamás tanto talento como en la vuestra para tratar de hacernos bestias del campo. Al leerlos, me dan ganas de andar en cuatro pies. Por desgracia, como tengo más de 60 años, he perdido la costumbre.»

Pero esto es tal vez poco serio, y, para terminar, me limitaré á advertir cuán mezquino resulta en Rousseau, frente á las enseñanzas de la sociología inductiva moderna, el concepto de la civilización que reduce la historia humana á una degeneración sucesiva de las costumbres, producida por el progreso literario y cultural.—
N. del T.

FIN

INDICE

	<u>Páginas.</u>
Advertencia del traductor.....	5
Advertencia del autor.....	17
Prefacio.....	19
Discurso.....	21
Primera parte.....	23
Segunda parte.....	37
Carta al abate Raynal, autor del <i>Mercure de France</i>	55
Carta á Grimm sobre la refutación del <i>Discours</i> por Gautier, profesor de Matemáticas y de Historia, y miembro de la Academia Real de Bellas Letras de Nancy..	59
Carta al rey de Polonia, duque de Lorena, sobre la refutación del <i>Discours</i> , hecha por este príncipe.....	75
Ultima respuesta á Bordes.....	103
Carta sobre una nueva refutación del <i>Discours</i> , hecha por un académico de Dijón.	135
Notas del traductor y del autor.....	143

B.P. de Soria



61169222
DR 2469

COLECCION "SELECTA"

La Editorial **Mundo Latino** se propone difundir, por medio de la *Colección Selecta*, los más elevados frutos de la cultura occidental. La *Colección Selecta* será una de las bibliotecas más económicas y de mejor presentación á la vez, y en ella se darán á conocer los libros de los más celebrados autores, así nacionales como extranjeros, así clásicos como novísimos. En su amplio plan abarcará: poesía y novela; estética, crítica literaria y biografías de grandes hombres; filosofía en todas sus ramas; historia política y religiosa; derecho, economía y sociología; estudios científicos de carácter y popular.

La Dirección tiene ya preparado un grupo de traductores excelentes y escritores distinguidos, empeñados en que su labor cultural arraigue profundamente en la península y trascienda á las repúblicas de Hispano-américa.

OBRAS PUBLICADAS:

Tomás de Quincey

LOS ÚLTIMOS DÍAS DE KANT

Lorenzo Sterne

VIAJE SENTIMENTAL DE UN INGLÉS Á FRANCIA

Luciano Samosatense.

LA DIOSA DE SIRIA

J. J. Rousseau.

CIENCIAS, ARTES Y COSTUMBRES

Francisco Delicado

LA LOZANA ANDALUZA (Dos tomos).

EN PREPARACIÓN:

Kalidasa.

EL RECONOCIMIENTO DE SAKUNTALA

Straus (D. F.)

VOLTAIRE.—SEIS DISCURSOS

J. J. Rousseau.

ORIGEN DE LA DESIGUALDAD DE LOS HOMBRES

Fray Francisco Alvarado. (De la Orden de Predicadores).

EL FILÓSOFO RANCIO (cartas)

Precio de cada volumen: UNA peseta.

Concesionaria exclusiva para la venta:

SOCIEDAD GENERAL ESPAÑOLA DE LIBRERÍA, DIARIOS, REVISTAS Y PUBLICACIONES (S. A.)

MADRID

BUENOS AIRES

BARCELONA

Libertad, núm. 7. Esmeralda, 378 á 384, y 374 á 376. R.º Centro, 8 y 10

J. J.

OUS S08 U.

□

CIENCIAS

ARTES

Y

COSTUMBRES

□

DR

2469